

**contra
cultura**

CUADERNOS DE COYUNTURA:

————— La cuestión
ecológica

Coordinado por Pepe del Amo
y Helios Escalante

contra cultura

Primera edición: febrero 2024

Coordinación: Pepe del Amo y
Helios Escalante

Edición y corrección: Pepe del Amo y
Helios Escalante

Diseño y maquetación: Carmen Álvarez Tola

Impresión: LA IMPRENTA CG
(Paterna, Valencia)

Contacto: ctrcultura.info@gmail.com
<http://contracultura.cc>

ISBN: 97884410033

ÍNDICE

Presentación del número	5
1. Algunas notas sobre la subjetividad fáustica y los imaginarios culturales fosilistas. -Violeta Garrido	9
2. Tumultos-hechos en la ecopolítica de los procesos migratorios -Figas Galiana	27
3. Tener presente el capitalismo al hablar de crisis ecológica -Miguel Amorós	47
4. Los caminos de nuestra crisis -Erika González y Pedro Ramiro	59
5. La «perversa trinidad» del capitalismo tardío -Ilias Alami, Jack Copley Y Alexis Moraitis	73
6. Extractivismo, logística, migraciones y exilio -Eduardo Romero	123
7. Los Nuevos amos del campo andaluz -Óscar García	143
8. ¿Raíces identitarias o vínculos con la tierra? -Clara Damiron	169
9. Estrategia ecosocialista en tiempos turbulentos -Martín Lallana	195

BOLETÍN
Levantamientos de la tierra

1. *Les Soulèvements de la Terre* **227**
-Stéphanie Chiron
2. *Fin du mois, fin du monde, même combat* **243**
-Ginés Cervantes
3. Sobre el ataque a los
«levantamientos de la tierra» en Francia **255**
-Adrián Almazán

Presentación del número

CUADERNOS DE COYUNTURA:

La cuestión ecológica

Todo tiempo incierto contiene algo de confusión de época. Y es ese, el horizonte borroso que se vuelve amenazante, en donde se mueve hoy la teoría política. Pero sobre todo la teoría revolucionaria. Tras años de derrota y décadas de desmantelamiento, las corrientes revolucionarias parecen caminar a tientas sin independencia ideológica, política y organizativa que les aguarde. Es desde esa confusión y desde esa falta de independencia desde donde nace este libro.

Desde Contracultura, tras la buena acogida que tuvieron los primeros dos números de Marx XXI, presentamos una nueva línea editorial: «Cuadernos de Coyuntura». Esta línea, menos sistematizada, pretende ser una herramienta de encuentro y discusión entre las distintas corrientes revolucionarias o aquellas que aspiran a serlo alrededor de cuestiones concretas. Es por eso que este número, si bien pretende descifrar los movimientos de época, lo hace sin una línea política cohesionada/común incluso entre los distintos artículos y evidenciando algunos de los debates en curso. El objetivo último es profundizar

en el necesario análisis de coyuntura que ha de estar presente en cualquier tipo de intervención política.

Y para estrenarnos hemos escogido uno de los mayores espacios de discusión en la actualidad: la cuestión ecológica. La centralidad de esta en la acumulación capitalista y las evidencias de una crisis global por la superación de determinados umbrales biofísicos justifica la urgencia, y tal vez cierto desorden en las posiciones que han abordado de una manera u otra la cuestión en los últimos años. No existe aquí, a semejanza de la teoría burguesa, una separación entre los planteamientos teóricos y las conclusiones políticas (estratégicas y tácticas) que se derivan de ellos. Darle la importancia que requiere es el primer paso para el rearme de una política revolucionaria efectiva en el terreno de la práctica.

Ese rearme aún por construir, y dada la ambivalencia de la cuestión, genera una fuerte dependencia con respecto a los planteamientos que ha venido a defender la nueva y antigua socialdemocracia últimamente. Propuestas como el *Green New Deal* o La Transición Ecológica Verde han establecido uno de los marcos fundamentales para pensar y operar en la crisis ecológica. Si bien profundiza en ella, no es sino una prueba más de la falta de independencia ideológica, política y organizativa que señalábamos al principio. Este libro, por tanto, ha tenido a bien no acoger ningún posicionamiento propio de la izquierda del capital, tratando de ayudar en la necesaria delimitación de campos aún por profundizar.

Para ello, hemos contado con textos muy heterogéneos entre sí desde el punto de vista político y metodológico teniendo en común el intento de complejizar el análisis sobre las herramientas teóricas, coyuntura histórica y procesos de lucha actuales en este terreno.

Quizá un elemento que da coherencia a buena parte de los textos es precisamente el carácter ambivalente y contradictorio, en su sentido dialéctico, de muchos de los elementos relacionados con las cuestiones ecológicas. En este sentido, en las distintas piezas se reflexiona sobre cuestiones como la posición de los trabajadores de las industrias extractivas, cuya actividad viene a profundizar en la fractura metabólica al mismo tiempo que genera vínculos de clase y fuertes tradiciones de lucha; sobre conceptos y discursos como el del arraigo, que pueden ser utilizados por la extrema derecha para reforzar identidades excluyentes o tener un carácter emancipador; o sobre el propio marco de la transición ecológica y energética, que por un lado se presenta como la posibilidad de superar el régimen fósil a la vez que para el capital es la oportunidad de relanzar un nuevo ciclo de acumulación sobre bases productivas renovadas.

Por otra parte, al final del número hemos decidido recoger un dossier especial sobre el movimiento de los «Levantamientos de la tierra» (*Soulevements de la Terre*) en Francia, que creemos que condensa algunas de las experiencias de lucha en la defensa del territorio más importantes de los últimos años y tiene la capacidad de hacer aflorar debates estratégicos cruciales para una perspectiva revolucionaria, como los de las alianzas que conducen a una composición del sujeto en lucha, o la articulación entre los conflictos locales y los marcos más generales. Si algo caracteriza a la falta de independencia que subrayamos anteriormente es la incapacidad para vertebrar genealogías históricas de lucha y tratar de sacar conclusiones teóricas y prácticas sobre la intervención política. Para tratar de unir el hilo revolucionario lo primero que conviene es no romperlo por el final.

A veces contradictorio, a veces ambivalente, pero siempre desde un marco abierto de posibilidad, este número pretende servir de herramienta para encuadrar la crisis ecológica dentro de la larga crisis capitalista que vivimos. Sin ello no hay táctica, ni estrategia, ni teoría revolucionaria existente. Convencidos de que eso es posible, inauguramos «Cuadernos de Coyuntura».

1. Algunas notas sobre la subjetividad fáustica y los imaginarios culturales fosilistas

Violeta Garrido @violetluxemburg

EL MARXISMO CONTRA LOS UNIVERSALES ANTROPOLÓGICOS

El recientemente fallecido Simon Clarke nos ha legado una obra muy relevante sobre el pensamiento económico marxista. Si tuviera que señalar su aportación más significativa, mencionaría, por ejemplo, la claridad con la que ha explicado que la de Marx fue una crítica integral a la concepción de la sociedad y de la historia que manejaba la economía política clásica. Su argumentación reconstruye la idea de que las relaciones sociales capitalistas tienen un carácter históricamente específico, un hallazgo que implicó una impugnación de la mirada burguesa que tradicionalmente se proyectaba sobre la realidad, según la cual el funcionamiento de la economía podía ilustrarse en virtud de leyes naturales o «positivas». La economía de mercado era simplemente un instrumento racional, un medio a través del cual los individuos podían tratar de alcanzar sus fines económicos previamente existentes. La supuesta neutralidad valorativa de la economía política clásica quedaba inmediatamente

desmentida, pues para aquella el sistema capitalista no se presentaba como un hecho, sino, en verdad, como un ideal¹. El problema era, precisamente, ese: el punto de partida del análisis lo constituía el individuo aislado maximizador de la utilidad, dotado de gustos, habilidades, motivaciones y recursos, y capaz de tomar siempre decisiones racionales en condiciones de escasez. Pero esa «racionalidad formal» atribuida al capitalismo contrastaba muy vivamente con la «irracionalidad sustantiva» que, de acuerdo con Marx, se observaba fehacientemente en el terreno de la producción, y que era lo que generaba las crisis de sobreacumulación y las profundas desigualdades propias del modo de producción capitalista².

La crítica de la economía política permitió entender que la «racionalidad económica capitalista» era, en cierto modo, el resultado de una deducción psicologista ilusoria y circular que no hacía justicia a lo que acontecía realmente en la vida económica: para explicar la tendencia típica del capitalismo hacia la maximización del beneficio, por ejemplo, se daba por supuesta la existencia de una racionalidad universal basada en dicha maximización del beneficio³. En sucesivos aquilatamientos, el marxismo propuso una interpretación inversa de los fenómenos, que descolla especialmente cuando se la confronta con otro de los grandes mitos de las ciencias sociales burguesas. En su intento por situar históricamente la emergencia de la «racionalidad económica» como orientación subjetiva a la acción característica de la sociedad moderna, Max Weber identificó en el

¹ Simon Clarke, *Marx, Marginalism and Modern Sociology*, Londres, Macmillan, 1983, p. 203.

² *Ibid.*, p. 206.

ascetismo calvinista un precedente psicológico que favoreció el modo de vida burgués; esto es, que contribuyó al desarrollo de la racionalidad económica, legal y burocrática y, en resumen, al desarrollo del capitalismo. Sin embargo, la ética protestante resulta «racional» no porque tenga ciertas cualidades inherentes que se imponen sobre los individuos que la profesan, ni porque sea una manifestación independiente de un principio puramente formal de racionalidad, sino porque, en una sociedad capitalista emergente en la que la acumulación de los productos del trabajo se convierte en la base de la producción social y en el medio para la acumulación de riqueza, el «ascetismo del mundo interior», entendido como una cierta conducta y una disposición moral a la acción, fomenta el desarrollo de las relaciones sociales capitalistas. En otro tipo de sociedad que no exigiera el concurso de una clase desposeída de sus medios de trabajo y de otra clase que debe reinvertir permanentemente sus ganancias en nuevos ciclos de acumulación de valor, principios como el trabajo duro o la frugalidad conducirían simplemente a la acumulación de cosas inútiles, que podrían dedicarse a la glorificación de Dios o al alivio de los pobres, pero que no tendrían ningún otro significado social⁴. Así pues, no fue el «espíritu» protestante lo que impulsó forzosamente la industria, sino que fueron las relaciones sociales mercantiles las que, en todo caso, propiciaron la aparición de los movimientos reformistas religiosos y su particular «racionalidad». Es solo su relación privilegiada con la actividad económica capitalista lo que hace que la designación de diferentes

³ Ellen Meiksins Wood, *El origen del capitalismo. Una mirada a largo plazo*, Madrid, Siglo XXI, 2017, p. 21.

⁴ *Ibid.*, p. 280.

valores o experiencias como «racionales» parezca apropiada.

El pensamiento burgués se distingue en lo esencial, entonces, porque: 1) explica la historia por la «vía negativa», en base a la ausencia de resistencias u obstáculos que habrían permitido desplegar una esencia siempre preexistente; y 2) en consecuencia, tiende a psicologizar la vida social, concibiéndola como una «materialización natural de tendencias omnipresentes» en quienes la integran. Describe el surgimiento de las relaciones sociales capitalistas asumiendo su existencia previa, tácita: lo que estas representan es la libre expresión de la racionalidad humana intrínseca frente a limitaciones impuestas por una naturaleza externa⁵. El mundo social se define en función de la evolución natural hacia un fin particular que solo cabe, como mucho, reprimir, pues, en su defecto, acabará mostrándose necesariamente, una vez superados los escollos existentes. Lo dicho hasta ahora no es un simple preámbulo a lo que este texto se propone abordar en relación a la crisis ecológica, sino precisamente su núcleo explicativo: al contrario de lo que, en el fondo, parecen sugerir las narrativas teleológicas sobre el Antropoceno, la crisis ecológica no puede interpretarse como el efecto de una suerte de universal antropológico o de subjetividad transhistórica de la especie humana como un todo indiferenciado que, desde la implantación de la habilidad para controlar el fuego, nos habría estado conduciendo irrefrenablemente en *cuanto especie* a la dominación de la naturaleza⁶. Si bien algunos teóricos del Antropoceno aspiran a dilucidar los términos de la transición hacia los combustibles

⁵ Ellen Meiksins Wood, *op. cit.*, pp. 22-23

fósiles que tuvo lugar con la industrialización, el marco teórico que utilizan (sobre todo los partidarios del denominado «Antropoceno temprano», pero no solo⁷) es deficiente por cuanto pretende derivar la «supremacía biosférica»⁸ alcanzada por los humanos de una «naturaleza humana» identificable analíticamente que habría estado operando prácticamente desde la aparición del *Homo sapiens*. Nos encontramos una vez más ante otro argumento circular: la destrucción de los ecosistemas consigue explicarse mediante la presuposición de la existencia de un comportamiento humano destructivo. La operación que por fuerza se lleva a cabo con el empleo de esta narrativa es paradójica: primero «desnaturaliza» el cambio climático al dejar de asociarlo a causas naturales para ligarlo a las actividades humanas; después vuelve a naturalizarlo al deducirlo de rasgos humanos innatos⁹. Así se hace muy fácil inferir que la economía fósil debe de ser una creación de la humanidad imposible de replicar para otras especies. Por el contrario, los análisis materialistas revelan que la crisis climática es el producto de un «régimen ecológico» específicamente vinculado al modo

⁶ Andreas Malm, *Capital fósil. El auge del vapor y las raíces del calentamiento global*, Madrid, Capitán Swing, 2020, p. 61.

⁷ Incluso los expertos que sitúan el inicio del Antropoceno en el siglo XIX adolecen de perspectiva histórica: oponen la «empresa humana» a las «grandes fuerzas de la naturaleza», reforzando con ello una especie de dualismo cartesiano según el cual esas unidades no son en realidad mutuamente constitutivas, aunque interactúen. No se trata solo de que las actividades humanas produzcan cambios en la biosfera, sino de que las relaciones entre los humanos se gestan en sí mismas a través de la naturaleza.

⁸ Andreas Malm y Alf Hornborg, «The geology of mankind? A critique of the Anthropocene narrative», *The Anthropocene Review*, 1(1), 2014, p. 63. .

⁹ *Ibid.*, p. 65.

de producción capitalista, que ha producido a lo largo de varios siglos «naturalezas históricas concretas» subordinadas o funcionales a la acumulación de capital¹⁰.

EL MODO DE PRODUCCIÓN CAPITALISTA Y SU CULTURA

Con todo, ¿acaso no es cierto que el metabolismo social capitalista ha logrado confeccionar una especie de psicología o de subjetividad, atravesada por una suerte de inconsciente político-cultural, una ideología «fosilista», si se nos permite llamarlo así, que ha dejado sentir sus relatos en prácticamente todos los espacios de sociabilidad existentes? En efecto, ninguna aproximación materialista a la cultura mínimamente rigurosa soslayaría la existencia de una sensibilidad, entendida en sentido amplio, que conjuga la experiencia sensorial bruta de la realidad con proyecciones imaginarias que funcionan colectivamente legitimando las consecuencias de la industrialización capitalista sobre la naturaleza, los cuerpos y la imaginación. Este proceso, en el que Jaime Vindel ha identificado una «estética fósil» y, más ampliamente, una «cultura fósil», genera al menos tres consecuencias a nivel material, político y cultural respectivamente: la explotación productiva de los combustibles fósiles, la intensificación de los ritmos productivos del trabajo y la comprensión productivista del universo¹¹. Si, siguiendo a la escuela althusseriana y al propio Marx, los seres humanos somos «portadores» (*Träger*),

¹⁰ Jason W. Moore, *El capitalismo en la trama de la vida. Ecología y acumulación de capital*, Madrid, Traficantes de sueños, 2020, pp. 190-191.

¹¹ Jaime Vindel, *Estética fósil. Imaginarios de la energía y crisis ecosocial*, Barcelona, Arcadia, 2020.

en nuestras funciones cotidianas, de unas relaciones de producción determinadas¹², parece obvio en primer lugar que no puede existir ninguna esencia humana, como venimos sugiriendo, y que, además, se darán entrelazamientos entre la economía política y los regímenes estéticos o culturales, las más de las veces con la connivencia del campo político. Los mencionados nexos entre la estructura libidinal de los individuos, configurada por el régimen estético hegemónico, y el sistema de producción tienen lugar a través del doble carácter de la economía capitalista como «medio de vida» (instrumentalidad utilitaria) y como «forma de vida» (sistema cultural), lo que quiere decir que un modo de producción no se considera solo desde la perspectiva de la reproducción orgánica de los individuos, sino que comprende asimismo la forma en la que esos individuos expresan, en un sentido lato, su forma de vida¹³. Desarrollemos esta tesis citando otra investigación de interés. Es cierto que el discurso estético, nos dice Eagleton en *La estética como ideología*, al hablar sobre el arte y sobre su impacto en los cuerpos, está en realidad ocupándose de cuestiones tan variadas como la libertad, la legalidad, la autonomía, la autodeterminación, la universalidad, etc., temas que indudablemente resuenan en el imaginario de lo que se considera constitutivo del «sujeto» como forma de individualidad histórica.

Así pues, lo estético —que es una disposición (auto) reflexiva en firme ligazón con la materialidad del cuerpo— empezó a desempeñar una función favorable a la

¹² Louis Althusser, *Para leer El capital*, México D.F., Siglo XXI, 2004, p. 194.

¹³ Andrew Feenberg, *The Philosophy of Praxis. Marx, Lukács and the Frankfurt School*, Londres, Verso, 2014, p. 68.

burguesía en las luchas de clases acontecidas en los albores del capitalismo. Una burguesía en principio profundamente atrasada e ineficaz en su lucha contra el absolutismo como la alemana, entre otras, fue capaz de desarrollar a partir del siglo XVIII una modalidad cognoscitiva que, partiendo de un dilema inherente al poder absolutista —comprenderse a sí mismo, por un lado, y, por otro, evitar la rebelión de las clases subalternas—, derivó en un nuevo concepto de legalidad y de poder político que proyectaba la visión de un orden universal de sujetos libres, iguales y autónomos que obedecían únicamente a la autoridad de su propia voluntad (justo como la obra de arte parecía encontrar la ley que la explicara en su propia identidad, sin necesidad de someterse a ningún poder externo). Eagleton plantea que la subjetividad humana moderna prosperó justamente porque las capas intelectuales vinculadas al naciente orden político capitalista no dejaron de lado el campo «tangibles de lo 'vivido', de todo lo que pertenece a la vida somática y material de una sociedad»¹⁴, sino que construyeron con ello un *sentido* que reforzaba la dinámica de la producción económica. La teoría estética, aunque se conforme a partir de muy diferentes vertientes, por lo general hace pasar al poder burgués por uno que parece estar naturalmente de acuerdo con los impulsos espontáneos del cuerpo, con su sensibilidad y sus afectos aparentemente innatos, disolviendo su carácter de ley en un hábito irreflexivo que se identifica con el bienestar del sujeto humano. Hume, por ejemplo, demostraba en sus *Ensayos políticos* cierta conciencia de la condición ficticia de la economía burguesa: consideraba

¹⁴ Terry Eagleton, *La estética como ideología*, Madrid, Trotta, 2006, pp. 58-59.

que la propiedad no es un atributo de los objetos, sino el resultado de nuestros sentimientos; pero ello es así porque la imaginación humana funciona, argumentaba, metonímicamente o a través de correspondencias, o sea, convirtiendo en permanente un estado de cosas que no es sino el resultado de una situación concreta en un momento determinado. En otras palabras: gracias a algo así como una «economía instintiva de la mente», el ser humano asocia consigo mismo los objetos que son contiguos a sus posesiones y a su espacio (como el trabajo de los siervos o los frutos de un huerto), por lo que siempre hay alguna relación precedente que fundamenta cualquier derecho de propiedad¹⁵.

De forma similar, en lo tocante a la matriz energética de las sociedades capitalistas, la modernidad se erigió, incluso estéticamente, entronizando la primera ley de la termodinámica, que proporcionaba una promesa de cambio perpetuo en la medida en que fabricaba la imagen de una producción y una riqueza en crecimiento exponencial en consonancia con los mecanismos de valorización capitalista. El régimen de acumulación capitalista instaló, pues, una relación socioambiental específica, vinculando la extracción de combustibles fósiles —una práctica que incidía en la idea de la abundancia y la disponibilidad inmediata y barata de la energía— a ciertas experiencias somáticas y afectivas. En ese sentido, no es casualidad que, en las primeras décadas del siglo XIX, se popularizara, por ejemplo, la arquitectura límpida y diáfana de los invernaderos (con un componente colonial nada desdeñable), cuyo objetivo principal pasaba por maximizar el uso de la energía calorífica; sin embargo,

¹⁵ *Ibid.*, pp. 108-109.

su crecimiento se dio en paralelo a la consolidación del modelo de explotación fósil del trabajo, en la perfecta inversión dialéctica que representaban las fábricas y las minas, estas absolutamente sórdidas y lóbregas. Tampoco fue fruto del azar que la manera en la que se alcanzó la autonomía deliberativa del sujeto moderno: sin una revolución ecológica que pusiera a su disposición una amplia gama de elecciones posibles, tanto en términos de consumo como en relación a las acciones vitales susceptibles de emprenderse, no habría calado en la misma medida la idea de que los individuos pueden autogobernarse; pero de nuevo, como en el ejemplo anterior, el asunto poseía su propia contracara: la luminosidad de los ideales de libertad e igualdad asociados al liberalismo contrastaba con la negra suciedad del petróleo, la estructura material que actuaba como verdadera condición de posibilidad de aquellos¹⁶. Como la industrialización consistió, en fin, en «poner a la Tierra, en una escala geológica, a trabajar»¹⁷ —algo que, por otra parte, fue posible gracias a la violencia extrema de lo que conocemos como acumulación originaria—, hubo de generalizarse necesariamente una nueva concepción abstracta del trabajo como actividad que materializaba los procesos de transformación de la energía. Dicha reconceptualización del trabajo en un sentido abstracto, muy distinta de la definición *transhistórica* comúnmente compartida de este como una actividad social útil que implica la transformación de lo material de un modo determinado y que es una condición indispensable para la reproducción

¹⁶ Jaime Vindel, *Cultura fósil. Arte, cultura y política entre la revolución industrial y el calentamiento global*, Madrid, Akal, 2023, pp. 39-41.

¹⁷ Jaime Vindel, *Estética fósil*, op. cit., p. 61.

de la sociedad humana¹⁸, hace emerger consigo una dimensión espacio-temporal igualmente abstracta que representa una especificidad de las formaciones sociales capitalistas. Ese espacio y ese tiempo abstractos funcionan precisamente como telón de fondo de uno de los mitos culturales occidentales que mejor ha condensado la idea de la «destrucción creativa», como la llamó Schumpeter¹⁹, y que a continuación examinaré en lo relativo a la devastación sistemática de los ecosistemas.

LA EMPRESA FÁUSTICA

La interpretación del *Fausto* de Goethe como una representación exquisita y desgarradora de la división del trabajo y, en última instancia, del desarrollo de las fuerzas productivas a causa del modo de producción capitalista es de sobra conocida y acreditada. Tal vez no se ha insistido tanto en su dimensión fosilista o, en cualquier caso, sensible a la problemática ecológica. La obra plantea en lo esencial las diatribas a las que se enfrenta un sujeto que aspira a vivir con plenitud la totalidad de las experiencias vitales, para lo cual hace un pacto con las fuerzas diabólicas. Fausto es un individuo que acaba sometido a los imperativos de la praxis: atormentado por sus límites epistemológicos, su nueva situación le permitirá explorar (y explotar) la relación cognoscente de la naturaleza y la relación entre el conocimiento y la acción. No es difícil ver en Fausto la anunciación figural de la mentalidad burguesa y del propio capital,

¹⁸ Moishe Postone, *Tiempo, trabajo y dominación social*, Madrid, Marcial Pons, 2006, p. 108.

¹⁹ Joseph Schumpeter, *Capitalismo, socialismo y democracia*. Barcelona, Orbis, 1986.

en la medida en que produce una concepción del espacio y del tiempo coherente con los movimientos de valorización y, en última instancia, con las pretensiones de dominio de la naturaleza.

En una lectura caritativa con la crítica frankfurtiana a la razón instrumental, Mefistófeles, el representante de las fuerzas oscuras, demuestra una gran clarividencia al exponer el proyecto racionalista de la burguesía a su reflejo oblicuo: «El pequeño dios del mundo sigue igual que siempre, tan extraño como el primer día. Viviría un poco mejor si no le hubieras dado el reflejo de la luz celestial, a la que él llama razón y que usa solo para ser más brutal que todos los animales»²⁰. En otro lugar, ese mismo Mefistófeles dice, mostrándose entonces cómplice con ese orden de las cosas: «Se nos exigen fines, no buenos medios»²¹, dando a entender que suscribe con actos y con palabras ese retrato instrumental del mundo. Es una reflexión que ya estaba de alguna manera presente, por poner un ejemplo, en los *Grundrisse*, donde Marx establecía una dinámica problemática a este respecto: «Las fuerzas productivas y las relaciones sociales —que son ambos aspectos diversos del desarrollo del individuo social— se le presentan al capital solo como medios, y para él son solo medios para producir»²². Da la sensación de que no puede ser de otro modo: la lógica que subyace a la reproducción sociometabólica del capital encierra paroxísticamente una dimensión sacrificial, violenta. En cierto modo, el sujeto automático que

²⁰ Goethe, *Fausto*. Barcelona, Austral, p. 56

²¹ *Ibid.*, p. 391.

²² Karl Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)*. Tomos I y II. México D.F.: Siglo XXI, 2007, p. 549.

proyecta su movimiento de valorización *ad infinitum*, y que Marx creía impersonal, no es otro que Fausto, a quien Berman apoda «el Desarrollista»²³ no por casualidad: «No he hecho otra cosa que tener deseos y realizarlos, para luego volver a desear, y así, poderoso, pasé mi tumultuosa vida»²⁴. Su razón de ser es el movimiento, un movimiento desmedido y autotélico. Como el capital, que en las crisis cíclicas de sobreproducción se autopreserva aniquilando obligatoriamente una gran parte de sí mismo «suspendiendo momentáneamente el trabajo»²⁵, Fausto no es capaz de detenerse si no es autodestruyéndose: «Si alguna vez digo ante un instante: '¡Detente, eres tan bello!', puedes atarme con cadenas y con gusto me hundiré»²⁶. Dicho estado de cosas fuerza a la subordinación inconsciente de la vida humana a un movimiento acumulativo de trabajo muerto, pues, como sentencia Mefistófeles, «Al final, dependemos de las criaturas que hemos hecho»²⁷.

La visión que tiene Fausto de la naturaleza es teleológica y muy sintomática de la voluntad de humanización —«colonización», como llega a decir Mefistófeles— del medio natural. Por la vía de la prosopopeya, Fausto atribuye a la naturaleza una intencionalidad y una consciencia que son propias y exclusivas de los humanos: «Cuando la naturaleza se construyó a sí misma, el globo terráqueo tomó una perfecta forma redonda; luego se solazó creando picos y barrancos, luego plácidamente

²³ Marshal Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. Madrid, Siglo XXI, 1988.

²⁴ Goethe, *op. cit.*, p. 398.

²⁵ Karl Marx, *op. cit.*, p. 283.

²⁶ Goethe, *op. cit.*, p. 95.

²⁷ *Ibid.*, p. 261.

modeló las colinas y suavizó las pendientes en el valle»²⁸. En realidad, Fausto incurre en una identificación proyectiva, pues le concede a la naturaleza su propio «goce de crear y de actuar»²⁹ y hace de la tierra su «cuerpo inorgánico», por utilizar la expresión de Marx³⁰, «una suerte de extensión protésica» de sí mismo³¹. En lo que concierne al medio ambiente, este dinamismo productivista que conduce a la sobreproducción implica que en cada nuevo ciclo de reproducción del capital, este se apropia de mayores porciones de la naturaleza. En palabras del propio Fausto, «La esfera terrestre ofrece aún campo para grandes logros»³². Fausto «vive la naturaleza como pesar», parafraseando a Lefebvre³³, y quiere «luchar» contra las olas del mar y vencerlas reduciendo, con tierra de por medio, su impacto y sus límites. Mi interpretación es que el *Fausto*, sin utilizar términos propios de la ecología política contemporánea, insiste además particularmente en el desarrollo del *stock*, una fuente de energía, como el carbón, almacenada bajo tierra, fácilmente movilizable y desconectada de las fluctuaciones meteorológicas.

En multitud de ocasiones, tanto Fausto como Mefistófeles comentan que la riqueza se halla enterrada bajo el suelo, por lo que es necesario, para extraerla, cavar

²⁸ *Ibid.*, p. 357.

²⁹ György Lukács, «Sobre la génesis del Fausto», *La Universidad*, 1966, p. 58.

³⁰ Karl Marx, *El capital*. Tomo I, Madrid, Siglo XXI, 1975, p. 285.

³¹ Andreas Malm, *Capital fósil. El auge del vapor y las raíces del calentamiento global*, op. cit., p. 442.

³² Goethe, op. cit., p. 359.

³³ Henri Lefebvre, *La producción del espacio*. Madrid, Capitán Swing, 2013, p. 109.

y remover la tierra. Fausto consigue que el Emperador le confíe el subsuelo y entonces empieza la gran labor fáustica (que también incorpora ya la idea de la explotación de la fuerza de trabajo): poner tierra donde hay mar, crear una playa. Este proyecto aspira a la creación de un nuevo espacio abstracto; los espacios abstractos son aquellos grandes espacios vacíos comerciales, estatales o militares, centros de riqueza y de poder que tienden a la homogeneización, lugares en los que el saber se supedita al poder y que niegan instrumentalmente lo «vivido»³⁴. La mayor parte de la información sobre la obra de la playa está elidida, pues no se dan detalles sobre la manera en la que trabajan los sirvientes de Fausto —cuyo sufrimiento por tales labores sí se nos describe³⁵— pero eso permite conjeturar que la magia de Mefistófeles no está operando; parece que es la fuerza de trabajo humana la que hace avanzar la construcción y, por tanto, debe de haber alguna fuente de energía externa.

El tipo de reordenación de la naturaleza que propone Fausto solo podría llevarse a cabo haciendo uso de una fuente de energía compatible con la lógica que la anima, que pueda ser emancipada del espacio y del tiempo concreto y que circule libremente, siendo susceptible de ser concentrada y acumulada, algo que garantiza completamente el «perfil espaciotemporal del carbón», como lo llama Malm, y que por el contrario la energía hidráulica, profundamente dependiente del paisaje del que extraía

³⁴ *Ibid.*, p. 110.

³⁵ «De día e inútilmente sus servidores hacían mucho ruido con los azadones y las palas, golpe a golpe; allí donde revoloteaban pequeñas llamas por la noche, al día siguiente había un dique construido. Debí haber sacrificios sangrientos, pues durante la noche resonaban los gemidos de dolor». Goethe, *op. cit.*, p. 389.

su fuerza, no aseguraba³⁶. Fausto encarna o propaga una «imagen energética del mundo», es decir, lo concibe como un enorme contenedor de energía a disposición de los proyectos humanos³⁷. Por cierto: aunque hoy lo leamos como un todo unitario, la segunda parte del Fausto que aquí he comentado se publica en 1832, pocos años después de que comenzara en Gran Bretaña la primera crisis estructural del capitalismo industrial (que duraría hasta los años 40). Ese periodo histórico marcó la transición a la energía de vapor alimentada por carbón y fue testigo de las diversas estrategias y tentativas del capital por superar sus contradicciones, que la energía hidráulica no hacía sino agravar.

* * *

No hay duda de que las pulsiones de Fausto, que es solamente una de las tantas figuras de la cultura occidental que ha encarnado las aspiraciones de acumulación, siguen siendo representativas de las expectativas que proyectan sobre sí mismas y sobre el conjunto del planeta las sociedades capitalistas. Es preciso extraer alguna lección del desenlace de la obra: Fausto es redimido y llevado entre algodones al cielo, traicionando así el pacto con Mefistófeles. Los ángeles, enviados de Dios, son claros al respecto: «Quien siempre desea, aspira y lucha / merece recibir la salvación»³⁸. Tras tanta sangre ajena derramada, la vida de Fausto no se pone al servicio de las potencias malignas, ¡sino de las divinas!

³⁶ Andreas Malm, *Capital fósil. El auge del vapor y las raíces del calentamiento global*, op. cit., p. 197.

³⁷ Jaime Vindel, *Estética fósil*, op. cit., p. 32.

³⁸ Goethe, op. cit., p. 412.

Como si todo ello hubiera valido la pena solo porque ha permitido el robustecimiento de méritos «nobles» como la autosuperación y la realización individual. El propósito de desarrollo capitalista queda, así, amnistiado. Sin embargo, el aparato conceptual adecuado, que he pretendido presentar someramente, hace emerger los riesgos de ese espíritu productivista y desarrollista que se materializó en el mundo social y que, a día de hoy, más que volverse extemporáneo, ha extremado sus rasgos, como demuestra de forma palmaria la crisis ecosocial. Cabe preguntarse, entonces, en qué medida sigue vigente el proyecto fáustico, y cómo se ha adaptado a los tiempos presentes, configurando una subjetividad libidinalmente desbocada que solo es soportable mediante el paradigma energético fósil. Se me ocurre un ejemplo de esta transformación, que sin duda produce también otros efectos. En un momento en el que la pasmosa evidencia del cambio climático dificulta a marchas forzadas la articulación de un negacionismo climático pleno, no es absurdo pensar que la omnipotencia de Mefistófeles, que garantizaba la realización de todos los deseos, ha sido reemplazada por actitudes tecnooptimistas o de «solucionismo tecnológico»³⁹, una suerte de pensamiento mágico secularizado que permite desoír la urgencia de las tareas que hemos de afrontar colectivamente para frenar las peores consecuencias de la crisis ecológica. Depositando todas las esperanzas de solventar el cambio climático en el desarrollo de tecnologías sostenibles y no contaminantes se alimenta la peligrosa

³⁹ Evgeny Mozorov, *To Save Everything, Click Here. The Folly of Technological Optimism*, Nueva York, PublicAffairs, 2013.

creencia compartida de que la ciencia es autosuficiente y se halla emancipada de las circunstancias sociales en las que habita; pero es que, además, esta visión prometeica sostiene explícitamente la idea de que no es necesario operar ninguna modificación sobre nuestros sistemas de producción y de consumo, los causantes estructurales de la debacle ecológica.

2. Tumultos-hechos en la ecopolítica de los procesos migratorios: soberanías, transiciones y posicionamientos

Cristina Galiana Carballo @figasgaliana

Los procesos migratorios son trámites violentos y enmarañados. Jugarse la vida y ganársela son dos expresiones literales que empapan las vidas del precariado: migrante y explotado. Así como el género se construye a partir de las relaciones de poder (Butler, 1990), lo hace la migración y el llamado medio ambiente. Atravesadas por las estructuras de opresión y de división sexual-racial-territorial, sin olvidar las políticas de muerte y securitización en el Norte Global, las migraciones *ambientales* son una de las derivadas sangrantes del modelo económico colonial y extractivista chocando a la vez contra los límites biofísicos y sociales.

Las arquitecturas del poder regulan diferencialmente nuestras disposiciones afectivas en contextos mediáticos de capas múltiples. Nuestras propias vivencias y situación con respecto a los ejes de opresión nos empujan a posicionamientos en ocasiones conflictivos con respecto a nuestros hábitos, consumos o prácticas, y éstas se encuentran a su vez condicionadas histórica y territorialmente. Realidades colectivas anidan así en nudos

de contradicciones no de modo casual, que se expresan a veces de manera evidente, como la divergencia entre los discursos de securitización en los países de acogida y los marcos de protección de los derechos humanos que esos mismos países ratifican, o de manera compleja, como en relatos ecofascistas en los que es fácil caer cuando piensas que el futuro está cancelado. Disculpad los saltos de escala, es complicado acotar ecosistemas.

Los procesos migratorios en contextos mediáticos son invisibilizados, problematizados o vaciados de contenido político en función de su constitución: causas de la migración, características de la población migrante, coherencia con relatos dominantes o adecuación dentro de estrategias de grupos de presión para redirigir nuestra atención. Esto que, sin ser noticia para nadie, nos puede dejar indiferentes, es una cuestión a tener en cuenta a la hora de construir transiciones ecosociales que no vayan encapsulando tensiones por separado o dejando en la parte de atrás aquello que se encuentra en el centro de una crítica radical a nuestro presente histórico. Es por esto urgente reconsiderar las ideas con las que pensamos otras ideas (Haraway, 1995), y comenzar a desenredar los tumultos-hechos que constituyen las migraciones llamadas *ambientales*.

Quiero recorrer desde aquí algunos cruces de caminos en procesos migratorios a distintas escalas, para que lo análogo revele y lo interseccional rebele. Desenmarañar lo que se aproxima como derivada de las soberanías expropiadas, los riesgos climáticos, la escasez de recursos y los límites de acumulación-desposesión, y discutir algunos posicionamientos que resultan vías muertas a la hora de defender vidas buenas y dignas para todxs.

LOS DESASTRES NUNCA SON NATURALES

La devastación ambiental, entendiendo *ambiente* en sentido amplio; es decir, todo aquello que nos posibilita vivir —desde la estructura de la propiedad agraria, la fertilidad de los suelos y la productividad de los bosques, hasta los conocimientos ecológicos tradicionales y la salud afectiva en nuestra comunidad— ha venido identificándose dentro de los procesos migratorios como disparador y como causa cooperante a situaciones estructurales o puntuales de violencia en los territorios¹. Cabe recordar, como señala Riechmann en *Petróleo* (2018) que «nuestro ambiente más próximo son las personas de los grupos a los que pertenecemos», y que por tanto la descomposición comunitaria se encuentra íntimamente relacionada con la devastación ambiental en el «antes» y en el «después» en la trama territorial-histórica que surge de la intersección naturaleza-sociedad, o economía.

Dentro del contexto actual de escasez energética, ruptura de la globalización como proyecto y resquebrajamiento de nuestros mitos contemporáneos —progreso, meritocracia, desarrollo sostenible— lo que llamamos devastación ambiental adquiere una dimensión considerable. La devastación es hoy un precipicio al que nos asomamos de manera diferencial, pero en cualquier caso no es posible escapar de ella migrando a otro planeta o a un búnker. A las personas que opinan que esto último no es solo posible si no deseable, deberíamos dejar de llamarlas ambiciosas para considerarlas terroristas,

¹Ulloa, A. (2016) *Feminismos territoriales en América Latina: defensas de la vida frente a los extractivismos*. Nómadas no.45 Bogotá Julio/Dic. 2016

porque para que su futuro exista el de todas tiene que desaparecer. La misma élite que nos roba el presente, que llama desastre natural a intersecciones históricas y socioeconómicas, o que asume como problemática la pobreza y no la riqueza, nos cancela el futuro.

MIGRACIONES Y EXTRACTIVISMO: dispositivos culturales para la impunidad capitalista sobre la apropiación de lo vivo

No es fácil estimar cuantitativamente el alcance de los movimientos migratorios actuales o pasados², ni asignar un disparador o causa a los mismos. Tampoco va de números, si no de relato. Deberíamos hablar de causas cooperantes, y de volúmenes con toda seguridad mucho más elevados que las cifras oficiales, pero en este artículo quiero llevar la mirada al centro de la máquina de matar en la que se ha convertido el sistema económico: el juego de suma cero que desarrolla subdesarrollando a otros que luego criminaliza por escapar de él, y por qué cualquier transición que defendamos será para todas o no será para nadie.

² El contexto mediático no trata como proceso migratorio la huida bestial en el Estado español a partir de la crisis de 2008 -870.409 personas con nacionalidad española según datos del INE (2021)-. Pero sí la entrada de 612 personas en Ceuta en 2021, según datos del Ministerio de Interior. Llamamos *migraciones ambientales* al movimiento de 23,9 millones de personas en desplazamiento interno solo en 2019, un 65% más que las migraciones por conflictos y relacionadas exclusivamente con desastres nada naturales más o menos imputables al cambio climático. Es decir, excluimos de este movimiento a los desplazamientos por procesos masivos de apropiación de la tierra (p.e. turismo, conservación y especulación financiera), agotamiento productivo por sobreexplotación de los medios de subsistencia (p.e. pueblos pesqueros) o incluso sobrantes de mano de obra por agroindustrialización del territorio.

No hay sistema económico capitalista posible no extractivista, tanto por la imposibilidad física de desacoplamiento económico de la extracción de recursos o la intensidad de uso de materiales, como por encontrarse en la desposesión la lógica fundamental de la reproducción del capital. Esta afirmación es tan poderosamente explicativa como vacía por determinista, y por tanto peligrosa en cuanto que nos esconde la complejidad. Un nudo cada vez más enmarañado y cada BOE más invisible une las migraciones ambientales con nuestras políticas económicas y exteriores, nuestra cultura desacoplada, nuestras transiciones y transacciones energéticas y el capital desatado que amenaza nuestras vidas.

El extractivismo es el modelo capitalista de apropiación de lo que Polanyi (2001) y después Moore (2020) llamaron los cuatro baratos: tierra, trabajo, alimentos y energía. Lo que llamamos economía es el reparto diferencial de los costes y beneficios que de esa apropiación hacen otros. La posesión o la capacidad de decidir sobre la extracción de los *big four* (Moore, 2020) es el poder soberano de dar muerte o dar vida, lo saben bien los territorios *malditos por los recursos* (Galeano, 2004). La crítica fundamental al marxismo inicial que se ha aportado desde la ecología política y la economía ecológica es ésta: no es la propiedad de los medios de producción lo que somete o lo que libera, es la desposesión de los medios de apropiación de la naturaleza lo que nos somete a trabajar por un salario, a migrar para poder prosperar o a comprar tiempo de otras personas para satisfacer nuestras necesidades, a la vez que vendemos el propio para poder hacerlo, ya que no lo tenemos para satisfacer nuestras necesidades, porque estamos trabajando para otro.

Ciertas vidas y ciertos territorios se *desrealizan* de modo nada casual, en términos butlerianos. Contra estas vidas y estos territorios la violencia se ejerce sin daño posible ya que o bien se trata de vidas-territorios ya negados, o «deben ser negados una y otra vez (...) y deben ser eliminados desde el momento en que parecen vivir obstinadamente en ese estado moribundo» (Butler, 2004). *Ganarse la vida*, revelando que ésta para una gran mayoría de personas siempre se encuentra al filo de la cornisa. *Jugarse la vida*, para poder después ganársela, remite a un sistema de fronteras y políticas de muerte que sostiene el extractivismo sobre todo lo vivo.

Vidas y territorios sacrificables constituyen así las fronteras del progreso económico, negados en los periodos de crecimiento y ampliados en los periodos de recesión. La migración es en los territorios de sacrificio y para los cuerpos sacrificados la posibilidad de vida, negada una y otra vez por las vulneraciones continuas del derecho a migrar, una vez anulado el derecho a no migrar o derecho de arraigo.

A pesar de las disparidad internacional a partir de los resultados de indicadores socioeconómicos, la encuesta a la que refiere Schewel (2015)³ muestra la preferencia de arraigo mayoritaria en todos los países del globo, ante la pregunta «si se tuviera la oportunidad de migrar

³ Por alguna razón, los periodos de actualización del informe sobre migración internacional a países dentro y fuera de la OECD (cinco años) se superaron en 2020 sin que contemos con publicaciones más recientes. Otras encuestas internacionales si que muestran aumentos interanuales en récord histórico 2020-2021 en los movimientos migratorios internos, a consecuencia de causas principales asignadas: conflictos y desastres ambientales. Los primeros despuntan en países de África subsahariana y Oriente medio, frente a aquellos desplazamientos relacionados con desastres ambientales (Pacífico, Este y Sur asiático).

a otro país, ¿preferiría quedarse o irse?». Sin entrar en las limitaciones de la propia pregunta, que podría afinarse preguntando «si se tuviera la oportunidad de migrar en buenas condiciones de salud y seguridad, expectativas de mejora en la calidad de vida y posibilidad de contar con recursos para el arraigo en el país de destino ¿usted migraría?» E inversamente, «si se contara con las condiciones materiales y los derechos humanos garantizados en su territorio de origen ¿usted migraría?».

Las estadísticas y enfoques teórico-políticos sobre las migraciones frecuentemente olvidan incorporar el arraigo, la aspiración a *quedarse* y en especial, las posibilidades y condiciones materiales para efectivamente hacerlo (Schewel, 2015). Evidentemente, si nuestro sistema económico no estuviera basado en el expolio o suma cero, amparado por gobiernos y ejecutado por intereses privados transnacionales, estas preguntas y sus respuestas con toda seguridad cambiarían, así como nuestros dispositivos culturales para afrontar las migraciones y la devastación ambiental. ¿Querríamos o necesitaríamos migrar si nadie nos robara la tierra, el agua potable, nos asesinara o nos persiguiera?

COLONIAS INTERNAS: derrotar el realismo capitalista

Las migraciones desde las colonias internas del Estado español o «Éxodo rural» —término que refiere precisamente a la invisibilización de dicho proceso migratorio como violento y forzoso, aparejándolo a la liberación de la esclavitud bíblica— tuvieron como objetivo la construcción del proletariado verde, mano de obra urbana e industrial necesaria en el periodo desarrollista de la Dictadura franquista. Millones de personas abandonaron sus

pueblos para acudir a los polos industriales y urbanos del Estado español, o a emplearse en países centroeuropeos en condiciones de explotación. Lejos de problematizarse, este proceso migratorio contó con elementos mediáticos y políticos que apuntalaron su continuidad y aceptación social. Lxs migrantxs exteriores proporcionaban divisas, reducían el paro y la conflictividad interna y mejoraban la imagen internacional de una dictadura fascista. Las jóvenes que se iban *a servir* encontraban así una función social previa al matrimonio o una alternativa a éste, y un alivio doméstico de las economías familiares de subsistencia arruinadas durante el periodo autárquico. Desde los poderes estatales se promovió entre 1950 y 1970 la migración campesina, mediante programas formativos para la industrialización, mediante las expropiaciones masivas de la política hidráulica o a partir de las colonizaciones interiores que reubicaron comunidades enteras en otros territorios dirigidos a intensificar la producción agraria.

En este periodo se sustituyó la incertidumbre de las economías de subsistencia por la incertidumbre del salario en las economías liberales. Lejos de idealizar un pasado reciente cargado de violencia, busco encontrar un reverso en este *realismo capitalista* (Fisher, 2009), al que podemos asomarnos desde este *presente denso* (Haraway, 2019) para salir de una visión de túnel de dos direcciones: no hay futuro o el futuro mejorará si obedecemos al amo.

Me alienta pensar que una gran mayoría de personas en el Estado español no trabajaban por un salario hace solo cien años⁴. Esto que llamamos sociedad asalariada podríamos llamarlo desposeída y ha sido un parpadeo en la Historia. A lo largo de estos cien años, nosotras o personas

antes que nosotras han sido convencidas u obligadas de algún modo para abandonar los conocimientos, prácticas, derechos y medios que permitían nuestra subsistencia comunitaria y ceder nuestro tiempo, salud y expectativas a otro. Con este *algún modo* me refiero a que a partir de los años 50 del siglo pasado, en el Estado español se sucedieron una serie de políticas⁵ dirigidas a promover la *asalarización* del campesinado verde, intensificando la *desposesión*⁶ de la soberanía sobre su alimentación, sus fuentes de energía, su organización y marcos de derechos de los bienes comunes y sus relaciones familiares extensas de sostén comunitario.

⁴ Entre 1950 y 1970, los medios rurales en el Estado español exportaron cerca de 2,3 millones campesinos y se redujo a la mitad el total de sus *activos masculinos* (Nicolau, 2007). Dados los censos pasados y dentro de la Dictadura franquista, es complicado estimar la dimensión en cuanto a personas en los márgenes como mujeres o niñxs (Camarero, 1992). Cabe señalar aristas de este proceso migratorio: las pequeñas comunidades rurales resultarían en ambientes asfixiantes para muchas personas LGTBQ+ y otras disidencias, que encontrarían en las migraciones a la ciudad la vía de escape de las violencias en su lugar de origen. La estructura de propiedad de la tierra, masculinizada o reservada a élites caciquiles, así mismo supuso expulsiones de personas con capacidades diversas, mujeres, pertenecientes a etnias o colectivos discriminados históricamente, como señala Pastora Filigrana (2020).

⁵ Por citar solo algunas sobre las que cabría estudiar su repercusión actual en el desequilibrio territorial, deuda ecológica, carácter de colonia interna o conversión a territorio de sacrificio, se encuentran las políticas franquista-autárquica y franquista-desarrollista de colonización agraria, la política hidráulica y de concentración parcelaria (ver Barciela, C. (1997)). El *aperTurismo* franquista o el «sol y playa» que condenó las regiones mediterráneas. Junto con las políticas de desindustrialización y acople a la Política Agraria Común Europea (PAC) durante el gobierno de Felipe González (1982-1996).

⁶ Obviamente este proceso de desposesión no comenzó en los años 50 del S.xx. Para una revisión más extensa sobre la desposesión de la soberanía campesina ver Badal (2018).

Si en la segunda mitad del siglo xx las migraciones rurales en el Estado español tuvieron como causas principales la miseria campesina promovida desde la Dictadura franquista, durante el periodo democrático éstas se acuciaron desde la dictadura de los mercados (Bartolomé, 2022). La crisis financiera de 2008 supuso la reorganización de la división internacional del trabajo, una depredación creciente sobre los salarios y una extracción mayor de las rentas a partir del aumento de los costes de los bienes básicos para la vida —vivienda, alimentos, energía—. En este periodo destacan así mismo la liberalización y financiarización de la economía productiva como estrategias para alimentar las rentas del capital. Vaciamientos políticos del proceso migratorio se encuentran en los *jóvenes y su espíritu aventurero o la movilidad exterior* de la ministra Fátima Báñez (PP), sin olvidar que durante el mismo periodo se cocía ya la normalización del rechazo a la inmigración bajo el repulsivo *nos roban el trabajo*.

La construcción de relatos contrahegemónicos sobre estos procesos migratorios y sobre la contribución histórica de las periferias a la construcción de soberanías *sostenibles* y no mercantiles tienen un papel importante tanto para la defensa del derecho universal a migrar como para las luchas por el territorio o ecosociales, apuntando al derecho universal a no migrar o a desarrollar vidas dignas en el territorio de origen. Es decir, constituyen un doble eje que apunta a distintas causas comunes de opresión y devastación ambiental.

Este tumulto extractivista no ha sido —ni podría ser— exclusivamente interno, si no que para el desarrollo de una economía de progreso liberal y globalizada

era necesario también apropiarse de otras vidas y otros territorios. Quinientos años de colonización son quinientos años de deuda ecológica internacional y medio milenio de extractivismo⁷. En palabras de Galeano (2004) «un desarrollo, que solo ha desarrollado la desigualdad». Para ello, las políticas de muerte y frontera establecen el marco de problematización de las migraciones desde el Sur Global, adoptando los gobiernos supuestamente democráticos las estrategias de grupos de presión internos dirigidas a la búsqueda del enemigo último para lxs penúltimxs.

Si entendemos el *progreso* como un agente de doble muerte: la de la posibilidad y la del presente, a nosotrxs o a nuestrxs antepasadx alguna en el poder no solo le robó la tierra, si no le robó una manera de estar y ser en el mundo. Las experiencias latinoamericanas en la defensa anticolonial de los territorios, que incuban el Buen Vivir y los Derechos de la Naturaleza, reabren debates cruciales sobre qué transiciones, para quién y a costa de quién, formulando críticas radicales y fundamentales a incorporar a cualquier posicionamiento ecosocialista desde el Norte Global que no busque escapar de la precariedad precarizando a otras.

⁷ La labor de cuantificación y conceptualización de la deuda de cuidados por Sassen, S. (2003), y Bayas-Fernández, B. (2017), de la crisis de cuidados (Fraser, 2015) y los trabajos del Observatorio de Multinacionales de América Latina permiten aportar datos y marcos sobre el alcance del reparto de pobreza o la deuda ecológica y de cuidados entre los centros y las periferias.

TRANSICIONES Y DERIVADAS EXTRACTIVAS VERDES: ampliación de fronteras de extracción y normalización de políticas de muerte

Recientemente se ha anunciado que Armanext —empresa para la que evidentemente me falta formación para entender su actividad, más allá de intuir que su cometido consiste en dirigir capital de inversión hacia otras compañías con nombres también tenebrosos— ha remitido al Gobierno español una propuesta para instituir que las Socimis⁸ puedan dedicarse a la compra de suelo agrícola, ámbito que consideran atomizado (es decir, distribuido) y que buscan concentrar para aumentar la productividad, incrementar rentas agrarias y por supuesto generar empleo. Desmontar este relato en los medios rurales no es nada fácil, pero es urgente. Informes de Ecologistas en Acción (2021) muestran cómo la instalación de macrogranjas se correlacionan con una mayor emigración desde los pueblos donde se ubican. Autores como Camarero (1992), Nicolau (2007) y González-Molina et al. (2020) también refutan que la industrialización agraria y la concentración parcelaria —como estrategias análogas a la propuesta reciente por las corporaciones privadas para afrontar la migración rural—

⁸ Sociedades Anónimas Cotizadas de Inversión Inmobiliaria. Figura creada en 2012 tras una modificación del ministro Cristóbal Montoro (PP) de una ley de 2009 del gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero (PSOE). Por esa norma se creaba un régimen fiscal especial consistente en tributar al 0% en el impuesto de sociedades, y a repartir al menos el 80% de su beneficio en dividendos entre los accionistas. Más de 100 Socimis en la actualidad se dedican a captar 23.000 millones de inversión financiera para reventar el mercado inmobiliario en el Estado español, según Armanext.

supongan algún efecto positivo que revierta la sangría rural, el empobrecimiento progresivo del campesinado contemporáneo o la mejora de la productividad.

El precedente de la crisis de precios de la vivienda urbana, tanto en compra como en alquiler —es decir, la extracción masiva de rentas del trabajo a las personas que ahí habitan— que supuso la entrada de las Socimis en el mercado inmobiliario en 2012, señala que si esta propuesta es aprobada, un nuevo ciclo extractivista similar al urbano se inauguraría sobre la agricultura y los medios rurales del Estado español. Nuevas fronteras abiertas en la colonia interna, nuevas vueltas de tuerca sobre crisis y procesos migratorios pasados. Convencer de la inconsistencia y amenazas de la materialización de los discursos corporativos a una ciudadanía aterrada y a gobiernos secuestrados pasa seguramente por una tarea múltiple que desde todos los frentes comparta la defensa del territorio, de las vidas dignas y de economías que organicen lo común frente a lo privado. Y no hay nada más común que el futuro.

La lógica de acumulación por desposesión (Harvey, 2005), se encuentra tanto en el centro de la idea primitiva de progreso capitalista como en sus derivadas extractivas actuales, o ampliación de fronteras de extracción: capitalismo de cuidados global (Sassen, 2003), capitalismo digital (Schiller, 2018) y aquellos movimientos especulativos, violentos y de acaparación internacionales que implica el capitalismo verde o el capitalismo de agotamiento fósil y crisis climática —vease Socimis agrarias y otros megaproyectos de concentración—, que suponen un empuje extractivo acelerado sobre materiales críticos dentro de llamadas *transiciones energéticas* que buscan replicar los retornos energéticos y de capital,

estructuras de acumulación y prestaciones que ofrecieron los combustibles fósiles de mejor calidad durante el siglo XX (Moore, 2017) a partir de sistemas de generación no renovables que extraen energías renovables. Sin olvidar la deuda generada de colonización atmosférica en todo este proceso, internacional e intergeneracional.

Otra política de muerte es la apuesta estatal por el vector hidrógeno verde. Las declaraciones del actual presidente del Gobierno y de la ministra de Transición Ecológica y Reto Demográfico con respecto a los fondos NEXT-EU (MRR y REACT-EU)⁹, con respecto al vector hidrógeno y la sustitución del gaseoducto MidCat por el hidroduto BarMar —que asumen la electrificación de la demanda no solo como posible, si no como solución a la escasez energética— permiten entrever un futuro próximo delineado de exportación energética a costa tanto de materiales críticos, como de infraestructuras de concentración de energía sobre las colonias internas rurales (megaplantas solares y eólicas) que competirán a nivel estatal por el suelo fértil —un recurso escaso sobre el que ya sobrevuelan los buitres— y a nivel internacional por los materiales y minerales críticos —necesarios para una transición energética basada en infraestructuras descentralizadas—.

El capital internacional, secuestrando gobiernos y condenando territorios, se está repartiendo una tarta cada vez más pequeña, a costa de las vidas de todas.

⁹ Desde el Observatorio NextGenEu (2022) se alerta de dónde se están dirigiendo en el Estado Español los fondos europeos de recuperación y transición: *infraestructuras y construcción* (70%).

El Real Decreto Ley 6/2022 de 29 de marzo, llamado *de medidas urgentes en el marco del Plan Nacional de respuesta a las consecuencias económicas y sociales de la guerra en Ucrania* inauguran la restricción de derechos y seguridad normativa en la protección del medio ambiente en este nuevo ciclo de depredación y negacionismo, ofreciendo el marco sobre el que se delinea esta organización económica ajena a los límites físicos, sociales y territoriales. La Plataforma Aliente (2022) señala las consecuencias de la interconexión Francia-España a través del Golfo de Bizkaia: una infraestructura con un 40% de pérdidas energéticas planificadas que implica que 4 de cada 10 megaproyectos energéticos en los rurales del Estado español se destine a cubrirlas. Capitalismo del desastre, ajeno a cualquier tasa de retorno —incluso la económica— en plena estrategia de tierra quemada o «socialdemocracia verde en casa; fronteras terrestres y marítimas militarizadas; y, más allá, la extracción de recursos para crear tecnologías limpias en casa»¹⁰.

Cualquier relato político que infunda expectativas de transición, desarrollo o crecimiento sostenible del modelo económico capitalista en el Norte global es solo extractivismo deslocalizado que intensificará violencias y vulnerabilizará a un número creciente de personas, de las capas empobrecidas de las colonias internas y aquellas de los territorios del Sur Global. No comprar este marco es otra de las urgencias para las que el ecosocialismo debe construir alternativas.

¹⁰ Max Aji (2018) *Beyond the Green New Deal. The Brooklyn Rail: critical perspectives on arts, politics and culture*.

ANTE LAS CRISIS SUPERPUESTAS: construir soberanías contra el pánico y el ensimismamiento

La transacción energética, la financiarización de la tierra, los mercados de carbono y la extinción promovida del campesinado son proyectos políticos de apartheid ecológico, que persiguen resolver los problemas causados por la acumulación con más acumulación.

El cambio climático, la extinción de la biodiversidad y el agotamiento de los recursos resquebrajan la base física de nuestro sistema antisocial. El derecho a no migrar tanto como el derecho a migrar apuntan directamente a todas las crisis superpuestas que habitamos. La defensa de ambos nos arma a las desposeídas contra un escenario que amenaza lo único de lo que efectivamente somos soberanas: nuestras vidas. Ponemos nuestros cuerpos para defender nuestros territorios, porque nuestros territorios protegen a su vez nuestros cuerpos. Ponemos nuestros cuerpos para defender otros cuerpos, porque hacerse cargo es ser parte de lo vivo.

Los tumultos-hechos que implican la superposición de crisis no son ahistóricos, no se encuentran aislados ni determinados. Un posicionamiento coherente desde el ecosocialismo debe incorporar las cuestiones de universalidad del derecho a la vida, el cual a su vez recoge el derecho a migrar y no migrar como condiciones fundamentales para poder ser reconocido.

Posturas ante estas crisis como el de concluir que la superpoblación es la causa esconden fuertes contradicciones, tan graves como que la única solución sea la del decrecimiento poblacional. A partir del reparto asimétrico del poder y el valor ya podemos imaginarnos quienes serán las que supuestamente sobran.

Haríamos mejor en defender que aquí no sobra nadie, si no que sobra consumo desigual y deuda colonial —atmosférica, territorial y financiera—. Relatos salvíficos como el de la Transición energética hacia fuentes renovables omiten tanto la escasez de materiales, como los deficientes retornos de éstas y su papel en la explotación creciente de minerales críticos y competencia por otros recursos como la tierra fértil. Lo único que nos ofrece ese marco de transición es la seguridad de más escasez, más extractivismo y más reparto desigual de los costes y beneficios.

Ensimismamientos como el de considerar que las humanas somos un virus en la naturaleza externa son así mismo relatos rendidos al realismo capitalista, que solo desarrolla la desigualdad y que olvida que las humanas somos diversas, nuestros modos societarios son así mismo diversos y que es nuestra propia cultura reciente desacoplada y colonial la que produce esta vía única, extendiendo al resto la condena y la irrealidad.

Como dice Naomi Klein, el miedo paraliza solo si no sabes hacia dónde correr. Frente al adanismo, recobrar las historias dentro de la Historia que parece que han ido cayéndose por el barranco: marcos de pensamiento campesino, resistencias LGTBIQ+, luchas de comunidades emigradas, tramas de vida resistentes entre comunidades inmigradas y otras experiencias revolucionarias desde las periferias convierten en esperanzador cualquier futuro que construyamos desde la defensa de las vidas de todxs. Aprender a vincularnos con el conjunto de decisiones y estrategias que nos han traído hasta aquí y con esos otros futuros posibles aún por definir. Construir soberanías y afecto en los territorios, que descarten cualquier intención de convertir en privado lo que es común.

Los problemas más complejos y graves a los que enfrentamos desde cualquier transición materialmente viable y socialmente deseable, que permita el arraigo y proteja la migración deseada, son de naturaleza política antes que tecnológica, y por tanto o la construimos entre todas o la construyen contra todas.

REFERENCIAS

- Ajl, M. (2018). *Beyond the Green New Deal*. Obtenido de The Brooklyn Rail: critical perspectives on arts, politics and culture:
- Badal, M. (2018). *Vidas a la intemperie. Notas preliminares sobre el campesinado*. Pamplona: Pepitas de Calabaza.
- Barciela López, C. (1997). La modernización de la agricultura y la política agraria. *Papeles de economía española* (73), 112-133.
- Bartolomé, A. (2022). *Negacionismo migratorio: el contradiscurso en la producción cultural de la emigración española 1960-2020* (Vol. PhD Dissertation). Lincoln, Nebraska, EEUU.
- Bayas, B. (2017). *Deuda de cuidados: el patriarcado y el capital a la ofensiva, la economía feminista como propuesta*. Barcelona: Observatori del Deute en la Globalització.
- Butler, J. (1990). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós.
- Butler, J. (2004). *Precarious Life. The Powers of Mourning and Violence*. New York: Verso Books.
- Camarero, L. (1992). *Del Éxodo rural y del Éxodo urbano: ocaso y renacimiento de los asentamientos rurales en España* (Vol. Tesis Doctoral). Madrid: UNED.
- Fernández, G., González, E., Hernández, J., & Ramiro, P. (2022). *Megaproyectos: claves de análisis y resistencia ante el capitalismo verde y digital*. Observatorio de Multinacionales en América Latina.
- Filigrana, P. (2020). *El pueblo gitano contra el sistema mundo* (Vol. Inter pares). Madrid: Akal.
- Fisher, M. (2009). *Realismo capitalista ¿no hay alternativa?* (Vol. Futuros Próximos 03). (C. Iglesias, Trad.) Caja Negra.
- Fraser, N. (2021). Climates of capital. For a trans-environment for eco-socialism. *New Left Review*, Enero-Febrero (10), 94-127.
- Galeano, E. (2004). *Las venas abiertas de América Latina*. Madrid: Siglo XXI.
- González-Molina, M., Soto-Fernández, D., Guzmán, G., Infante-Amate, J., Aguilera, E., Vila-Traver, J., & García-Ruiz, R. (2020). *The metabolism of spanish agriculture 1900-2008: the mediterranean way towards industrialization* (Environmental History ed., Vol. 10). (M. Agnoletti, Ed.) Switzerland, Florence, Italy: Springer International Publishing. doi:10.1007/978-3-030-20900-1_6

Haraway, D. (1995). *Simians, cyborgs and women: the reinvention of nature*. Nueva York: Routledge.

Haraway, D. (2019). *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*. (H. Torres, Trad.) Bilbao, España: Consonni.

Harvey, D. (2005). *El nuevo imperialismo*. (J. Madariaga, Trad.) Barcelona: Akal.

Herrero, L. Y., Martínez, P., Riechmann Fernández, J., & Santiago Muiño, E. (2018). *Petróleo*. Barcelona: ATMARCADIA SL y MACBA Museu d'Art Contemporani de Barcelona.

Moore, J. (2020). *El capitalismo en la trama de la vida: ecología y acumulación de capital* (Vol. 1). Madrid: Traficantes de sueños. doi:ISBN: 978-84-121259-7-9

Moore, J. W. (2007). *Ecology and the rise of Capitalism* (Vol. Ph.D. dissertation). Berkeley: Department of Geography, University of California.

Nicolau, R. (2007). El declive de la población rural y agraria. *Revista Iberoamericana de Economía Ecológica*, 62-64.

Polanyi, K. (2001). *The Great Transformation: the Political and Economic Origins of Our Time*. Boston: Bacon University Press.

Riofrancos, T. (2019). *Plan, estado de ánimo, campo de batalla – Reflexiones sobre el Green New Deal*. Obtenido de Contra el Diluvio.

Sassen, S. (2003). *Contrageografías de la globalización: género y ciudadanía en los circuitos transfronterizos*. Madrid: Traficantes de sueños.

Schewel, K. (2020). Understanding immobility: Moving beyond the mobility bias in migration studies. *International Migration Review*, 54(2), 328-355.

Ulloa, A. (2016). Feminismos territoriales en América Latina: defensas de la vida frente a los extractivismos. *Nómadas* (45), 123-139.

3. Tener siempre presente el capitalismo al hablar de crisis ecológica

Miguel Amorós

Las sociedades altamente tecnificadas y financiarizadas, donde reinan las condiciones posmodernas de producción y consumo –donde la economía funciona gracias al endeudamiento, se despilfarran cantidades ingentes de energía y se acumulan millones de toneladas de residuos– llevan tiempo en una fase crítica de rendimientos decrecientes. Eso significa que han de proseguir a mayor velocidad en su lógica depredadora, sometiendo, tanto la población asalariada como el territorio, a las exigencias de la economía, con el fin de llegar a niveles de crecimiento capaces de compensar la bajada de la tasa de ganancia. La carrera de la productividad ocasionada por las dificultades de la acumulación capitalista está perturbando seriamente el planeta, deteriorando los ciclos biológicos naturales y agravando las condiciones de supervivencia de la población. Ahora mismo, la destrucción del territorio es superior a su capacidad de recuperación. La adaptación del medio a la mercantilización implica su devastadora artificialización. La crisis ecológica –hoy publicitada como calentamiento global

o cambio climático— no es más que la punta del iceberg de una crisis múltiple que abarca todas las esferas de la actividad humana y que anuncia a medio plazo lo que algunos mamporreros del Estado llaman colapso, más bien un punto de inflexión a raíz del cual el sistema se degradará de manera irreversible.

Dada la incompatibilidad absoluta entre una sociedad equilibrada y horizontal con otra desarrollista y jerarquizada, o si se quiere, entre la civilización industrial con un medio ambiente saludable o, en fin, entre el beneficio privado con la vida, la dinámica del desarrollismo, aunque sea calificada de «sostenible», no hará más que agudizar las innumerables contradicciones que siguen aflorando y profundizar las crisis. Al inflar globos crediticios, acentuar la explotación de recursos, alcanzar «picos» de todo, contaminar a discreción y devorar toda clase de energía, la humanidad entera se verá abocada inevitablemente a sufrir las consecuencias. Los agujeros financieros, parálisis institucionales, alteraciones ambientales peligrosas e irreversibles en compañía de escasez de alimentos, epidemias y descomposición social serán nuestro pan cotidiano. No hace falta mirarse en el espejo de las guerras actuales para saber que nos acercamos a un escenario de derrumbe sistémico que subraya la entrada en una época dura, de mucha más difícil adaptación, que comportará retrocesos hacia situaciones insoportables, desequilibrios agravados y crisis exacerbadas.

Un lenguaje apocalíptico ha surgido en los aspirantes a dirigentes para conjurar con palabras lo que no puede arreglarse con hechos. Crecer es acumular capital, es decir, convertir cada vez más cosas —los productos, la tierra, el ocio— en dinero. Por encima de las retóricas

declaraciones de alarma, el sistema ha de seguir creciendo –acumulando– para escapar a sus crisis, pero el crecimiento no hace más que acentuarlas. Por ejemplo, en el campo ecológico, ¿Cómo crecer sin tropezar con la polución? El cambio del mix energético es la solución según los expertos intergubernamentales. El capital siempre busca la salida en la tecnología ¿Cómo se podría reducir la emisión de gases de efecto invernadero, los principales responsables del calentamiento global? Los asesores de los gobiernos aconsejan disminuir progresivamente la dependencia de la energía fósil mediante el recurso a la energía renovable industrial, por cierto, íntimamente asociada a la fósil. La propuesta coincide con la de los ejecutivos de las empresas que promueven un capitalismo global «descarbonizado». Desde la *Cumbre de la Tierra* (Johannesburg, 2002) han surgido lobbies transnacionales que apuestan por una Nueva Economía Climática producto de una «tercera revolución industrial», o sea, de la digitalización, de la que la «transición energética» no sería más que el primer peldaño. Hace tiempo ya que las finanzas se aventuran por los negocios «ecológicos» y digitales como por ejemplo, los inmuebles «inteligentes», los techos de paneles solares, el alumbrado LED, los coches y patinetes eléctricos, las pilas de hidrógeno, las subastas de energía o los mercados de emisiones. Y entre tanto, se piensa en tasas, peajes, acciones y bonos «verdes», se calculan puestos de trabajo «verdes» y se promociona un consumismo alternativo «inserto en la matriz del Internet de las cosas». Se trata de un capitalismo «verde» 5G que promete expandirse gracias a los bajos precios de las energías renovables en el futuro mediante la creación de una «red eléctrica inteligente» a escala internacional.

Para un sector de la clase dirigente, el viraje hacia el ecologismo de mercado gracias a una «transición realista» que incluya al gas y el uranio en el paquete o, dicho de otro modo, el salto desarrollista en la línea de lo que llaman «sostenibilidad» y no lo es, significa una oportunidad para cambiar el mundo sin que nada cambie, es decir, conservando intactas las estructuras políticas y económicas actuales, y por consiguiente, no afectando un ápice los intereses creados que están tras ellas. Cabe decir que otros sectores, negacionistas, se inclinan más por el enroque nacionalista, el autoritarismo puro y la carrera armamentista.

Si consideramos el estado nefasto de las cosas desde su vertiente política, un número considerable de ejecutivos, consejeros y políticos proponen un Nuevo Pacto Verde entre las multinacionales, los gobiernos y «la parte social» (partidos, sindicatos y ONGs) que pase por la declaración de un estado de emergencia climática. Se trata de una amplia operación disciplinaria destinada a mantener bajo control suave a la población, —que no descarta pasar a los toques de queda, confinamientos y demás— preparándola para afrontar las medidas de austeridad que decretarán los gobiernos para «descarbonizar» o más bien dismantelar «el estado de bienestar» de las clases medias cuando este ya no pueda conservarse. Por ejemplo, restricciones del transporte, del suministro eléctrico y del agua, racionamiento del combustible, del azúcar, de la carne y de los productos lácteos, subida general de precios, etc. De hecho, equivaldría a la entronización de una economía de excepción sin más objetivo que el de renovar en condiciones extremadamente alteradas de supervivencia el complejo industrial y el Estado político que asegura su dominio.

Los sociólogos del poder prefieren hablar de resiliencia. No obstante, está por ver si esa clase de disposiciones remontará los obstáculos que presentarán tanto la naturaleza del sistema —hijo de los hidrocarburos— como los mecanismos de bloqueo propios de su complejidad estructural, más allá de la construcción en sus márgenes de economías tuteladas de tipo cooperativo destinadas a «reducir el coste humano del colapso», o mejor, a neutralizar el potencial explosivo de la exclusión social.

La orquestación mediática y política de las protestas adolescentes políticamente correctas contra el cambio climático apenas disimula los albores de un periodo tardío del capitalismo caracterizado tanto por el carácter eminentemente destructivo de sus fuerzas productivas, como por su dificultad en crecer lo suficiente para pagar deudas, pensiones y salarios, crear empleos, mantener una enorme burocracia y fomentar la «electrificación» total del transporte, la agricultura y la industria. Los dirigentes —particularmente los políticos— aplauden las demandas que los jóvenes manifestantes les dirigen de forma pacífica y festiva, que no cuestionan nada ni a nadie, como si el conflicto social o los mismos botellones cañeros no existieran. Así pues, no faltará quien trate de aprovechar la coyuntura, propicia al alarmismo, para montar una intermediación «verde» a través de «observatorios» subvencionados y llevar a cabo una «política de mayorías» con argumentos catastrofistas. Es más, una maniobra de legitimación del capitalismo «verde» que cualquier otra cosa. Para esa especie oportunista, el Estado sería el instrumento ideal de la transición económico-energética que impulsan las mismísimas multinacionales del petróleo y del gas. Aprovechar la nueva corriente transicionista del capitalismo global —manifiesta en el *New Green Deal*,

en los Acuerdos de París, en los trabajos del GIEC, la Agenda 2030 o en la oferta creciente de productos financieros verdes— para convertirse en su adalid parlamentario, sería como «marcar un gol en campo contrario». ¿Contrario a qué y a quién? Nos preguntamos. Como era de esperar, la «nueva» izquierda que se asoma tras especulaciones electoralistas, discursos decrecentistas y desfiles festivaleros, se confunde con la vieja «izquierda» en su defensa del capitalismo y del Estado. Esta resulta bastante transparente en lo que respecta al crecimiento a toda costa y al despilfarro. Como muestra, el botón de sus políticas de «desarrollo», sus planes de remodelación de las metrópolis y sus proyectos de ordenación del territorio. Cuando la economía encuentra a la política, el Estado se funde con el Capital. Se puede decir, al menos desde que la burguesía tomó el poder, que los Estados fueron concebidos para ello y que esa es su verdadera tarea, por más que para los autoproclamados «demócratas ecosocialistas» esta consista mejor en maquillar de verde democrático la explotación capitalista.

No existe una verdadera reacción popular, pero se la teme, ya que los antagonismos entre dirigentes y dirigidos no se han ido, y se procura que ninguna nimiedad —una burbuja inmobiliaria, una subida de precios, un problema de abastecimiento, una catástrofe natural, la retirada de un subsidio, un acto brutal de las fuerzas del orden, etc.— La desencadene. El sistema termo-industrial está globalizado, así que la avería de una zona concreta puede repercutir en todo el conjunto. Esa es la fragilidad de su enorme poderío. La decisión ha de seguir residiendo en la cúspide jerárquica, por lo que se procurará impedir la aparición de espacios autónomos donde pueda darse una discusión libre y crearse un movimiento

auto-organizado consciente de la incompatibilidad entre el Estado y la protección del entorno; un movimiento al tanto de la oposición irresoluble entre el desarrollo capitalista y la auténtica sostenibilidad, entre la acumulación y la igualdad; consciente además de la contradicción entre las economías «circulares» dentro del mercado y la ocupación de zonas resistentes fuera de la economía, diestras en la autodefensa, en las que se puedan esbozar modelos sociales de cooperación igualitarios, solidarios y no industriales. En fin, desde donde nazcan prácticas a través de las cuales recobren los individuos la decisión sobre todo lo concerniente a su existencia, a su modo de vida y al tipo de sociedad que deseen. «No hay tiempo para eso», dicen los ecociudadanistas extintores de la rebelión. Sí que lo hay, parece, para fomentar una protesta cautiva, inofensiva y superficial basada en la movilización espectacular, en la cooptación remunerada de personalidades llámense «independientes» y en el aislamiento de los radicales o «puristas». La finalidad última de tanto discurso supervivencial, tanto politiquero barato y tanta maniobra publicitaria no es otra que ejercer de puntal extra del Estado del capital: ese Estado es el asidero de los partidos que intentan ser la expresión política de las clases medias acobardadas por las crisis bajo el capitalismo tardío.

La escasez de respuestas populares a las crisis, o lo que es lo mismo, la inexistencia de un sujeto social, histórico, —de una clase realmente antagónica— es explicable por el sencillo hecho de que la mayoría de la población es rehén de la economía, depende completamente de ella y, por lo tanto, es prisionera de sus exigencias. Su imaginario y todos sus momentos vitales han sido colonizados por el capital. Bajo una lluvia de información

sesgada y una incomunicación embrutecedora, no puede pensar en otra cosa que no sea su quehacer diario. En Europa, no quedan grupos tradicionales al margen como, por ejemplo, en América, capaces de constituir una alternativa radical al sistema. El despegue capitalista se produjo gracias a la destrucción de lo que se denominaba «economía natural». Por otro lado, en la sociedad de consumo europea la clase mayoritaria no es el proletariado de la industria, muy reducido, ni el precariado, sin apenas medios de defensa, sino la clase media asalariada ligada al sector terciario no productivo: profesionales, funcionarios y empleados principalmente. Dicha clase es el pilar mayor del consumismo y la base social del parlamentarismo y de la partitocracia. No se considera antisistema ni enemiga del Estado, por más que las crisis hayan reducido sus efectivos y que la tercera parte de ellos admita encontrarse en una posición difícil. Llegado el caso, escoge la transacción frente a la intransigencia, la seguridad frente a la libertad. A pesar de la desvalorización de sus titulaciones, de la presión de las hipotecas y de la supresión de los puestos de trabajo que les correspondían, conserva su mentalidad burguesa y sus aspiraciones de ascenso, que ha sabido transmitir a su entorno. Su confianza en los gobiernos no se ha esfumado, aunque haya disminuido, con lo cual los partidos no han perdido demasiada legitimidad, y por consiguiente, la crisis política se ha estancado. En fin, dado que, de momento, tanto el colapso financiero como la crisis energética y el declive estatal han podido evitarse, las dimensiones sanitaria, demográfica, cultural y social de la crisis, aunque se han dejado ver, no se han desplegado en toda su magnitud. Los servicios públicos y los transportes regulares funcionan peor, pero están ahí.

Podemos hablar de crisis moral, de pérdida de valores, de desconfianza en las instituciones, de síntomas anómicos, de irracionalidad y violencia urbana, pero la crisis social todavía no ha llegado al límite. Se está en ello.

Sería un error pensar en un próximo hundimiento del sistema capitalista, puesto que se trata de un proceso de descomposición no lineal, que puede tomar distintos derroteros en función de los escenarios que vaya encontrando y de las etapas que vaya superando. No olvidemos lo que antes del reinado de la filosofía «de la diferencia» se llamaba «condiciones históricas específicas»: poderes fácticos, clases ilustradas, polarización social, tradiciones de lucha, peso de la casta política, conciencia social, derechos adquiridos, organizaciones, etc. Esa clase de condiciones puede acelerar el proceso o frenarlo. En general, un colapso ocurre cuando la satisfacción de las necesidades básicas ya no es posible para la mayoría y el Estado se muestra impotente ante los disturbios que ello comporta. No es ese el caso para la mayoría de Estados. La inversión no desfallece y el precio de la energía aunque alto, es asumible, por lo que la economía aún puede tratar de crecer conteniendo la exclusión con asistencia calculada y medidas de control, sobre-explotando a los inmigrantes y pisando sendas «verdes». Los motores de la civilización termo-industrial —el petróleo, el gas y el crédito— siguen incólumes. Mientras los programas de protección medioambiental creen empleos, los cree el turismo ecológico o cualquier otra actividad capaz de industrializarse, el derrumbe de la clase media puede retrasarse, la crisis ecológico-social no despertará en las masas una cólera demasiado enérgica, y, por consiguiente, no surgirán en número suficiente formas colectivas de convivencia radicalmente transformadoras.

Las protestas contra la desigualdad y el desequilibrio ambiental serán incapaces de confluir y, por consiguiente, no osarán cuestionar el Estado, ni se atreverán a apartarse de las reglas del mercado y forzar así una salida de la economía, con lo cual no se podrá revertir la exclusión, ni la metropolitanización, ni el calentamiento global, ni la degradación de los ecosistemas, ni la destrucción del territorio.

Lo que queda más claro, es que el crecimiento económico nunca podrá prescindir de la energía fósil y la nuclear, y por lo tanto, nunca dejará de envenenar el planeta. La vuelta al equilibrio con la naturaleza y la estabilidad territorial —la sostenibilidad— si todavía es posible, empieza con el fin inmediato de la producción y el consumo de energía fósil y nuclear en paralelo con el desmantelamiento de la industria, es decir el hundimiento de la economía de mercado y de la civilización termo-industrial. En definitiva, supone la subversión completa del orden mundial y el fin del capitalismo en todas sus modalidades, incluida la verde. No hay fuerza social capaz de conducir a un final de tal naturaleza, pero en cambio, la implosión del propio sistema es bastante probable. Su previsible desmoronamiento a fuego lento posibilitaría la puesta en marcha de pequeñas zonas autónomas —ya desconectadas de una economía mundial en ruina— que satisfagan las necesidades elementales del vecindario. Experiencias de ese tipo son la parte más prometedora de los escasos combates actuales. Sin la conformación de un sujeto colectivo nacido de las luchas anticapitalistas, en lugar de una transición hacia un sistema comunal, autogestionado, ecológico y descentralizado, tendremos la barbarie estatal fascista la barbarie mafiosa o ambas.

Además, ninguna transformación de esas características podrá emprenderse desde el Estado, el último refugio de todas las clases desahuciadas.

4. Los caminos de nuestra crisis: el futuro inestable del capitalismo español

Pedro Ramiro y Erika González

De los arreglos de la Transición al pinchazo de la burbuja inmobiliaria, atravesada por las crisis siempre irresueltas de nuestro modelo social y económico, la obra literaria de Rafael Chirbes transcurre en paralelo a la evolución del capitalismo español¹ Como bien ha descrito Germán Labrador, «la fortuna de Chirbes como novelista de la crisis de la democracia española tiene que ver con su capacidad para identificar anticipadamente sus fisuras, o para percibir históricamente que sus partes nunca fueron compactas. ¿Puede haber un desengaño sin un engaño previo²?».

¹ Agradecemos a Nociones Comunes la posibilidad de pensar el futuro del capitalismo hispano a partir de esta hipótesis, concretada en el grupo de lectura «Rafael Chirbes y la crisis de la democracia española. Literaturas de la Transición, la especulación y la crisis financiera», febrero-abril de 2023.

² Germán Labrador, «La marea caníbal (3): proteínas y memoria en *En la orilla* de Rafael Chirbes», 2015.

Uno de los penúltimos (des)engaños tuvo lugar en la primavera de 2010, cuando el presidente del gobierno regresó de Bruselas para ejecutar el primer *pack* de la oleada de contrarreformas que marcarían la década siguiente. Chirbes escribió entonces³:

El miércoles 12 de mayo, José Luis Rodríguez Zapatero anunciaba en el parlamento español una serie de medidas anticrisis [...] En cinco minutos, dinamitaba su retórica de presidente de los derechos sociales. Apartaba de un manotazo a los canibales del liberalismo, y se sentaba él a la mesa para comerse a los débiles con un apetito más que notable. Una semana antes, había declarado que jamás tomaría ninguna medida que implicara recortes sociales.

La salida de la crisis actual, entendiendo la policrisis que vivimos como un *sudoku* en el que no habrá solución al rompecabezas hasta que encajen todas y cada una de las dimensiones del problema⁴, aparentemente se ha planteado en otras coordenadas. Tras el estallido de la pandemia y la guerra, no ha habido recortes sino una expansión del gasto público a través del endeudamiento masivo. Eso sí, viendo hoy al Estado-empresa como garante permanente del rescate de los grandes propietarios, parece imposible no encontrar en las políticas del gobierno «más progresista de la historia» todo tipo de analogías con lo que Chirbes describía en la década anterior:

Los líderes sindicales han apoyado sin fisuras a un gobierno cuyas únicas medidas anticrisis se han sustanciado en la concesión de ayudas a las empresas automovilísticas y en una entrega de decenas de miles de millones a la banca,

³ Rafael Chirbes, «Zapatero: a la mesa con los canibales», *Sin Permiso*, 13 de junio de 2010.

⁴ Luis González Reyes, «Políticas decrecentistas», *Boletín Ecos*, nº 21, 2012.

ejecutada sin ningún control, con la excusa ideológica de que esos millones iban a servir para que las entidades dieran créditos a las familias y a los pequeños empresarios en apuros. Pero la banca, entre tanto, se ha dedicado a comprar firmas extranjeras, a conceder jubilaciones fastuosas a sus directivos y a mostrar unas brillantes cuentas de resultados a fin de ejercicio. [...] Él mismo [Zapatero] ha creído necesario anunciar precipitadamente que pronto llegarán impuestos que gravarán a los que más tienen: a la banca, a la Iglesia, a los ricos. La batidora populista vuelve a girar. A lo mejor queda alguien que se crea algo. No lo sé.

En la teatralización parlamentaria que domina la política institucional, solo se plantean dos opciones para «salir de la crisis». De un lado, frente al apocalipsis económico y la catástrofe a la que nos aboca la agenda socialcomunista —o globalista, según qué fracción de la (extrema) derecha lleve la voz cantante—, se apuesta por rebajar impuestos a los ricos, defender la seguridad jurídica de «nuestras empresas», cerrar fronteras y privatizar lo que aún quede por privatizar. Del otro, mientras se saca pecho por las medidas del «escudo social» y la «excepción ibérica» y se enarbolan los datos del aumento del crecimiento económico y el empleo, las *políticas de Estado* no son muy diferentes pero se insiste en que no volverá la austeridad presupuestaria.

Entre ambas versiones, sin embargo, sigue su curso la crisis orgánica del *spanish model*: la posición periférica de España en el sistema-mundo y su especialización económica en el ladrillo y el turismo, unidas a la imposibilidad de recomposición de las clases medias en base a un nuevo ciclo largo de expansión inmobiliario-financiera, están conduciendo al empeoramiento generalizado de las condiciones de vida de la mayoría de la población. Así, en un contexto global marcado por las crecientes tensiones geopolíticas, la mercantilización

de la democracia, la emergencia de la crisis socioecológica y el auge de los neofascismos, las perspectivas de futuro de la España-marca tienen mucho más que ver con la inestabilidad permanente y la conflictividad social que con la retórica vacía de la «recuperación, transformación y resiliencia»⁵.

ESTA VEZ (NO) SERÁ DIFERENTE

Hasta la pandemia, el capitalismo español había logrado remontar sus niveles de beneficio tras el estallido de la burbuja inmobiliaria y el *crash* de 2008 gracias a sus dos señas de identidad históricas. En primer lugar, el repunte del turismo: la llegada de turistas pulverizó todos los récords y en 2017 España fue el segundo destino turístico del mundo al recibir 82 millones de visitantes extranjeros. En segundo término, la revitalización del sector inmobiliario: no tanto con la construcción de vivienda nueva, que ya nunca volverá a alcanzar los niveles del *boom* de la última década del siglo pasado y la primera de este, sino fundamentalmente con el impulso del mercado del alquiler (residencial pero también de oficinas, locales, hoteles, centros logísticos, etc)⁶.

A ello hay que sumarle los réditos del proceso de internacionalización emprendido en las dos décadas precedentes⁷.

⁵ Nicola Scherer, Erika González y Nuria Blázquez, *Guía NextGenerationEU: más sombras que luces. Análisis de los fondos europeos de recuperación y resiliencia: oportunidades, deficiencias y propuestas*, ODG, OMAL y Ecologistas en Acción, 2021.

⁶ Pablo Carmona, *La democracia de propietarios*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2022.

⁷ Para un estudio detallado de este proceso, véase: Pedro Ramiro y Erika González, *A dónde va el capitalismo español*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2019.

Las grandes empresas españolas, que se convirtieron en multinacionales en la segunda mitad de los noventa aprovechando los procesos de privatización a los dos lados del Atlántico, vivieron su particular *década dorada* hasta que se produjo el estallido financiero. Entre 2004 y 2007, el aumento medio de los beneficios de las ocho mayores compañías fue del 150%. Cuando llegó la crisis eso les permitió vender numerosos activos y tener una batería de filiales de las que deshacerse para cubrir sus abultadas deudas.

Sin olvidar el imprescindible y siempre presente apoyo estatal, ya fuera del Banco Central Europeo (BCE) con sus programas de compras de deuda o del gobierno español con la absorción de los «activos tóxicos» y la socialización de las pérdidas empresariales⁸, así se construyó la «recuperación». En realidad, solo puede hablarse de una recuperación de las ganancias de las grandes corporaciones y fondos de inversión, puesto que los salarios se siguieron empujando a la baja; digamos, más bien, que lo primero fue posible precisamente *porque* las condiciones laborales continuaron devaluándose.

A principios de 2020 ya empezaban a atisbarse signos de agotamiento en el capitalismo español. Esa crisis larvada del «milagro español» terminó de quebrarse con el parón global de las cadenas de valor y la interrupción del modelo *just-in-time* provocado por el estallido de la pandemia. Y ahí las instituciones que nos gobiernan demostraron que, efectivamente, habían aprendido de los errores de las políticas austeritarias. Primero quedaron en suspenso los techos del gasto y las limitaciones al déficit público,

⁸ Manuel Gabarre, *Tocar fondo: la mano invisible detrás de la subida del alquiler*, Madrid, Traficantes de sueños, 2019; Carlos Sánchez Mato, "La estafa del siglo", *ElDiario.es*, 26 de marzo de 2021.

que habían sido intocables en la década anterior. Luego se procedió a la inyección masiva de fondos públicos al sector privado, vía subvenciones de costes laborales o bien mediante el despliegue de un amplio abanico de mecanismos estatales de rescate financiero. Y después se aplazaron los recortes sociales.

Los fondos *Next Generation* han sido el elemento más distintivo de las propuestas europeas para «salir de la crisis». En el caso español, 140.000 millones de euros movilizados desde el sector público, con una condicionalidad sujeta a reformas estructurales, que sobre todo se han configurado como una potente inyección para sostener las cuentas de resultados de las grandes corporaciones. La propuesta central ha sido disparar los niveles de endeudamiento público, saltándose las propias normativas de la Unión Europea que todavía continúan en *standby*. Aunque el Pacto de Estabilidad y Crecimiento ya está siendo formalmente revisado, en la práctica sigue congelado; se ha anunciado que la cláusula de salvaguarda decaerá a finales de este año, con lo que a partir de 2024 se volverán a aplicar las reglas de déficit a los Estados miembros⁹.

Las políticas públicas, en la década pasada, estuvieron marcadas por los dictados de la Troika. Aunque el Fondo Monetario Internacional, el BCE y la Comisión Europea dejaron de utilizar ese nombre para su acción conjunta tras el golpe financiero en Grecia, los «hombres de negro» apretaron las tuercas de los presupuestos públicos hasta reventar a las administraciones que se negaran a anteponer el pago de la deuda a cualquier otra consideración.

⁹ ELA, *Reforma del marco de gobernanza económica europeo: vuelven las políticas de austeridad*, Estudios n° 47, Fundazioa Manu Robles-Arangiz, 2023.

Por eso ahora, atemperada (que no resuelta) la coyuntura político-económica y estabilizado (relativamente) el sistema de partidos tras las movilizaciones sociales que en buena parte del continente se reprodujeron para enfrentar las imposiciones de las instituciones financieras, los grandes poderes que operan en la Unión Europea han tomado nota de las grietas en su estrategia para los siguientes conflictos por venir¹⁰.

A pesar de las promesas de la agenda social-liberal, por supuesto que los apoyos financieros de la UE están sujetos a condicionalidad. El desembolso inicial de los fondos europeos estaba vinculado al impulso de la reforma laboral; la reforma de las pensiones era otra condición *sine qua non* para recibir los siguientes pagos de esos mismos fondos. En lo esencial, se trata de blindar lo que resulta nuclear para los grandes poderes económico-financieros: la indemnización por despido, los salarios de tramitación, la edad de jubilación, el periodo de cómputo de la pensión. Es verdad que la reforma laboral de 2022 ha servido para transformar miles de contratos temporales en indefinidos, pero en lo fundamental lo que ha hecho es blindar los intereses de la patronal. Con la modificación de la normativa sobre pensiones ha ocurrido algo similar: mientras en Francia ardían las calles porque la edad de jubilación se quería establecer en 64 años, aquí se asumía que los 67 son irrenunciables y que es una buena noticia que los recortes se vayan a aplicar en diferido¹¹.

¹⁰ Pedro Ramiro y Erika González, "La agenda progresista de la Unión Europea en el capitalismo verde militar", *Viento Sur*, n.º 187, abril de 2023.

¹¹ ELA, «La reforma de las pensiones sí contiene recortes», 2023.

CAPITALISMO VERDE MILITAR

En la prolongada crisis estructural del capitalismo global, los aparatos estatales son la única tabla de salvación del capital transnacional. El Estado, además de para seguir reforzando la arquitectura jurídica de la impunidad, se ha convertido en determinante para que no se venga abajo todo el andamiaje económico-financiero¹². No es que haya vuelto el Estado, como se viene repitiendo a modo de mantra desde que los dogmas neoliberales hicieron *crack* con la reconstrucción post-pandémica, porque la realidad es que nunca se fue. La expansión internacional de las grandes corporaciones, como puede constatarse sin ir más lejos en el caso español, es imposible de entender sin la permanente alianza de las élites empresariales con el Estado-nación. Y en estos momentos, el Estado ha apostado por reforzar su papel en la reactivación de la economía de la mano del capital transnacional, pilotando la transición del modelo productivo hacia los nuevos nichos de negocio verdes y digitales. Esta es la única colaboración público-privada realmente existente.

La posibilidad de una transición energética guiada por criterios de mercado, con Blackrock bajando línea a la Comisión Europea y dando por sentado que «la actual descarbonización de la economía global supondrá la mayor oportunidad de inversión de nuestras vidas¹³»,

¹² Erika González y Pedro Ramiro «El Estado-empresa español en el capitalismo verde», *La Pública*, nº 1, junio de 2022.

¹³ Eso le escribió el CEO de Blackrock en su carta anual a los consejeros delegados de las empresas en las que el mayor gestor de activos del mundo tiene participación: Larry Fink, «El poder del capitalismo», 2022.

ha sido liquidada con la invasión de Ucrania. La guerra ha movido todo el escenario de los conflictos geopolíticos entre potencias imperiales y ha dado al traste con el Pacto Verde Europeo. Vuelven los combustibles fósiles, los pactos con las dictaduras que manejan las mayores reservas de hidrocarburos y los acuerdos comerciales con los países que poseen materias primas críticas. En 2022, España aumentó sus emisiones de gases de efecto invernadero un 5,7% respecto al año anterior¹⁴.

Los dueños de las grandes empresas y fondos de inversión transnacionales se han lanzado a la destrucción de cualquier derecho que impida la expansión a escala global de la dictadura de la ganancia. La incapacidad del capitalismo para reproducirse sin un marco de abundancia y bajos precios del trabajo, los alimentos, la energía y las materias primas —esos «cuatro baratos» a los que se refiere Jason Moore¹⁵: «El capital no solo debe acumular y revolucionar incesantemente la producción de mercancías; debe buscar y encontrar incesantemente formas de producir, naturalezas baratas»— resulta evidente en el contexto actual. Hoy, el capitalismo se enfrenta a un momento más que crítico: la destrucción de derechos se conecta con el hecho de que las élites tienen serias dificultades para mantener sus tasas de ganancia y acumulación, y es ahí donde se extreman sus prácticas contra los derechos humanos¹⁶.

¹⁴ Según los datos del Observatorio de la Sostenibilidad, citados en: Pablo Rivas, «De aquellas políticas, estás anomalías térmicas: España aumentó sus emisiones un 5,7% en 2022», *El Salto*, 5 de enero de 2023.

¹⁵ Jason W. Moore, *El capitalismo en la trama de la vida. Ecología y acumulación de capital*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2020.

¹⁶ Juan Hernández Zubizarreta y Pedro Ramiro, «Salir del necro-capitalismo: los derechos humanos frente al poder corporativo». *Viento Sur*, n° 182, junio de 2022.

Mientras se han desregulado fuertemente los derechos sociales, ambientales, culturales, laborales y económicos, se ha regulado con la misma intensidad los derechos del gran capital. A la vez que se han destruido buena parte de las normas que garantizan derechos sociales, se han ido promoviendo todo tipo de reglas para garantizar los negocios empresariales. Una hiperinflación normativa en favor de las elites económicas que, lejos del imaginario en el que resuena la idea de que la expansión del *business as usual* está basada en la desregulación y el fomento del «libre mercado», se sustenta sobre un ordoglobalismo en el que los Estados tienen el papel protagonista¹⁷.

La guerra se ha convertido en un eje central sobre el cual se está recomponiendo el capitalismo. Vivimos tiempos en los que las dinámicas capitalistas, patriarcales, coloniales, autoritarias, racistas y ecocidas se exacerban. La ampliación de la frontera extractiva no ha remitido en el marco del capitalismo verde y digital; al contrario, está tratando de expandirse sectorial y geográficamente, en las periferias y también en los centros del sistema¹⁸. En este marco, los derechos humanos y los derechos colectivos, incluyendo al medio natural en su conjunto, se ven sometidos a la regla de la oferta y la demanda. El derecho a la propiedad privada y a la especulación se sitúa en el vértice de la jerarquía normativa, mientras la desigualdad se consolida como el elemento central de la arquitectura jurídica de la impunidad. Hemos entrado en el tiempo del capitalismo verde militar.

¹⁷ Quinn Slobodian, *Globalistas. El fin de los imperios y el nacimiento del neoliberalismo*, Madrid, Capitán Swing, 2021.

¹⁸ Gonzalo Fernández, Erika González, Juan Hernández y Pedro Ramiro, *Megaproyectos: claves de análisis y resistencia en el capitalismo verde y digital*, OMAL, 2022.

INESTABILIDAD Y CONFLICTIVIDAD

Volviendo a Chirbes, en palabras de Labrador:

Una vez acabados los postres del hiperdesarrollo, estamos de nuevo en la casilla de salida, la de antes del comienzo de la larga marcha nacional hacia la confluencia europea. La *vuelta a la normalidad* significa el fin de la mesocracia, de las clases medias que fueron el sujeto histórico por excelencia del régimen del 78. Los personajes de Chirbes se proletarian, pierden sus ahorros o sus trabajos o sus sueños de jubilación y sus *roulottes*. Se limita su acceso corriente a la vivienda, la energía o los alimentos. Sus hijos vivirán en un mundo de pobres.

La novela de esta crisis multidimensional tampoco se va a resolver en términos capitalistas, ni a medio ni a largo plazo, lo que augura una inestabilidad permanente y un auge de la conflictividad social. Mientras se amplía la brecha entre las clases rentistas y el resto de la población que no es propietaria, se divisa una crisis de reproducción social que nunca termina. A la vez, se agudiza el proceso de descomposición de los derechos humanos que han sido desregulados, expropiados y destruidos con el fin de eliminar cualquier obstáculo ambiental y social a los beneficios empresariales. En este contexto, el derecho a la protesta también es considerado un elemento de inestabilidad que pone en riesgo la acumulación de riqueza por parte de las élites.

La pandemia del coronavirus y la guerra en Ucrania han servido de justificación para actualizar la doctrina del *shock*. De esta manera, se han acometido reformas legales y se han aprobado nuevas normas que limitan, todavía más, las libertades de expresión, asociación y reunión. Se han extendido por la Unión Europea y América Latina las leyes de seguridad ciudadana y las reformas

del código penal que no han hecho sino recrudecer la represión y aumentar la impunidad de los actores (estatales y no estatales) que cometen abusos sobre los derechos humanos¹⁹. Se ha extendido y generalizado la lógica securitaria para abordar las cuestiones políticas y sociales.

La guerra exige ampliar los requisitos excepcionales que legitiman el crecimiento de la industria militar. El precio y la escasez de alimentos excluye cualquier referencia a la soberanía alimentaria y prioriza el agronegocio. El control migratorio fomenta la industria de la seguridad y exime de facto de las obligaciones reguladas en el derecho internacional de los derechos humanos a las diferentes administraciones públicas. La crisis energética requiere reinterpretar excepcionalmente cualquier limitación de las energías fósiles y hasta recuperar la energía nuclear. La recesión económica dispensa cualquier propuesta para controlar la especulación financiera. La pandemia excluye la distribución equitativa de vacunas entre los países centrales y periféricos, y blinda jurídicamente el sistema de patentes frente al derecho universal a la salud. La creación de empleo y riqueza exime de impulsar cualquier referencia vinculante a los derechos humanos que pueda condicionar el repunte del crecimiento económico. La necesidad de continuar con el proceso de valorización del capital se construye sobre la aparente inexistencia del trabajo esclavo y de la crisis de reproducción social. Y el derecho a la protesta, base fundamental para la consecución de los derechos sociales presentes y futuros, queda enterrado bajo todo lo anterior.

¹⁹ Juan Hernández Zubizarreta, Erika González y Pedro Ramiro, *Criminalización del derecho a la protesta: patrones, actores e instrumentos*, OMAL, 2022.

En este marco, solo es cuestión de tiempo que la conflictividad social prenda. No se trata tanto de predecir cuándo se producirán sino, sobre todo, de pensar cómo podremos intervenir —con los descendientes de los personajes de las novelas de Chirbes— en esos conflictos cuando se vayan dando. Con pocas certezas pero toda la seguridad de que será imprescindible tomar partido en ellos para impedir posibles giros aún más autoritarios, racistas y patriarcales. Seguramente no se parecerán demasiado a otros estallidos sociales que hemos conocido y tendrán menos que ver con las tradicionales lógicas izquierdistas que con los nuevos sujetos de los conflictos ecosociales. Tierra, agua, alimentación, energía, transporte... por ahí pueden venir los próximos focos de confrontación vinculados a la defensa del territorio. Que puedan tener una vertiente transformadora o emancipadora, en vez de otra de carácter neofascista o rojiparda, dependerá de las fuerzas sociales que entren en juego.

En términos económicos, afrontamos un escenario prolongado de estancamiento y recesión, de la mano de unos crecientes niveles de endeudamiento y desigualdad. En términos políticos, asistimos a la privatización de la democracia y al derrumbe del Estado social. Y en términos ecológicos, enfrentamos el agotamiento de un modelo de crecimiento basado en el consumo de combustibles fósiles y en la depredación ambiental. En este escenario, cualquier posibilidad de avanzar hacia horizontes emancipadores basados en la equidad social y la justicia ambiental solo puede pasar por confrontar los discursos y las prácticas de las grandes corporaciones y las élites político-empresariales.

5. La «perversa trinidad» del capitalismo tardío: gobernar en una era de estancamiento, humanidad sobrante y colapso medioambiental

Ilias Alami, Jack Copley Y Alexis Moraitis

Traducción de Alfonso Fernández

1. INTRODUCCIÓN

«La política climática mundial [...] es probablemente el único ámbito político que no afecta al clima», observa Tadzio Müller (2021), cofundador del movimiento alemán por la justicia climática Ende Gelände. En su hipérbolo, este comentario apunta hacia una verdad crucial: en los más de treinta años transcurridos desde la creación de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, los Estados han fracasado rotundamente a la hora de detener el implacable ascenso de las emisiones mundiales de carbono (Friedlingstein et al., 2021). Sin embargo, en todo el espectro político, se entiende que los Estados son los vehículos clave para evitar la catástrofe climática: sólo el Estado puede elevarse por encima del ruido de la sociedad civil para trazar una visión vinculante a largo plazo para la descarbonización. Para las organizaciones intergubernamentales, el papel del Estado debe consistir en transformar

los incentivos del mercado para que los inversores y los consumidores puedan descarbonizar con confianza sus actividades (Copley, 2022). Para los socialdemócratas y los socialistas democráticos, los Estados están actualmente en deuda con los intereses del capital fósil y con las anticuadas doctrinas neoliberales —no tomarán las medidas climáticas necesarias a menos que se les presione (Aronoff et al., 2019). Incluso en el ala radical del movimiento climático, y para los defensores del sabotaje de las infraestructuras fósiles como Andreas Malm, el objetivo último es provocar la acción del Estado (Malm, 2020). Como señala Rübner Hansen (2021), «lo que se necesita, según Malm, no es la abolición tanto del capital como del Estado[...] sino la abolición del capital fósil por el Estado».

Existe, por tanto, una tensión entre el hasta ahora sombrío historial de la política climática estatal y la omnipresencia de las visiones estatales de la descarbonización. Esto plantea un importante rompecabezas para los estudiosos de la ecología política, la teoría política medioambiental y la economía política internacional. ¿Depende estructuralmente el Estado capitalista de la acumulación alimentada por combustibles fósiles (Altvater, 2007)? ¿O la actual dependencia fósil del Estado es meramente contingente, de modo que los fracasos pasados de la política climática no excluyen la posibilidad de que surja un verdadero «Estado verde» (Eckersley, 2004)? Un dinámico cuerpo de literatura ha trazado el espacio entre estos dos polos —descomponiendo el Estado en sus ramas constituyentes, ideologías, prácticas de gobernanza e intereses de clase en competencia, revelando así posibles aperturas para que los movimientos ecologistas ejerzan su influencia (Paterson, 2016; Newell, 2021; Death, 2016).

Estos planteamientos convergen en torno al consenso de que los inminentes trastornos sociales y económicos del cambio climático forzarán de alguna manera un «retorno» del Estado (Parenti, 2015). Sin embargo, la cuestión de la forma particular y el carácter de clase del Estado que surgirá de estas transformaciones continúa abierta (Toscano, 2020).

Esta literatura ha tendido a evaluar este rompecabezas en términos generales –indagando sobre los atributos inherentes al Estado capitalista y sus implicaciones medioambientales, abstraídas de tal o cual coyuntura histórica. Se ha prestado menos atención a cómo la capacidad ecológica del Estado está condicionada por un conjunto particular de tendencias seculares interconectadas que caracterizan el desarrollo capitalista, a saber, el colapso medioambiental, el estancamiento económico y la multiplicación de la población sobrante. Estas tres tendencias están necesariamente implícitas en el perpetuo impulso del capitalismo por aumentar la productividad del trabajo a través de la sustitución de capital variable (fuerza de trabajo) por capital constante (medios de producción)¹. Este artículo explora precisamente los desafíos únicos que estas crisis interrelacionadas de la sociedad capitalista «tardía» plantean

¹ En el primer volumen de *El capital* (1976), Marx analiza el aumento de la productividad del trabajo social en términos principalmente de a) la producción de plusvalía relativa y b) la concentración y centralización de capital y la creación de una población sobrante. Sin embargo, en los manuscritos de Marx, inéditos en vida, esta tendencia histórica al aumento de la productividad del trabajo se discute a menudo en relación con la tendencia secular a la caída de la tasa de ganancia, que entendemos que es clave para el estancamiento contemporáneo (véase Clarke, 1994: 177-178). Varios estudiosos también han señalado que esta dinámica expansionista implica el creciente agotamiento del mundo natural (Burkett, 1999; Bellamy Foster, 1992).

para los proyectos de Estado verde. Como tal, sigue los pasos del trabajo de Mann y Wainwright (2018) sobre la reconfiguración de la soberanía y la autoridad (geo)política en una era de cambio climático (Mann y Wainwright, 2018). Coincidimos con Hunter (2021: 184) en que «el catastrófico cambio climático y la degradación ecológica elevan las apuestas para la crítica del Estado capitalista». Sin embargo, añadimos que una crítica adecuada debe reconocer el capitalismo como un sistema social con un patrón *direccional* de desarrollo histórico, lo que lleva a una agravación de las tensiones en el corazón del Estado capitalista y a una reconfiguración de los dilemas a los que se enfrenta en relación con la descarbonización y la transformación medioambiental.

Planteada de este modo, la cuestión no es simplemente si el Estado puede estar a la altura del desafío del cambio climático, sino *cómo* los Estados se esfuerzan por gobernar las crisis cruzadas de la catástrofe climática, el estancamiento económico y la población sobrante. La gestión de cualquier polo individual de este trilema tiene efectos colaterales impredecibles para la gestión de los otros, lo que hace que la tarea de la gobernabilidad del Estado sea tensa y contradictoria. Frente a esta «perversa trinidad», insiste este artículo, la gobernanza tiende a desbordar cada vez más los límites de la tradición liberal. Las acciones extraordinarias y permanentes de los bancos centrales, la vigilancia militarizada de los pobres y las fuertes respuestas políticas a los llamados desastres naturales ponen de manifiesto la creciente dificultad que encuentra el Estado para desempeñar su papel mientras mantiene su forma liberal. Por lo tanto, proponemos enriquecer los debates sobre el futuro medioambiental del Estado capitalista

recurriendo a la crítica de la economía política de Marx, que se encuentra en una posición única para identificar, en el presente, las transformaciones futuras potenciales del Estado capitalista.

Este trilema de la gobernanza se ilustra con el caso del boom de la energía solar fotovoltaica (FV). La electricidad generada por energía solar fotovoltaica, ampliamente aclamada como ejemplo de la capacidad de una política inteligente y del dinamismo del mercado para impulsar conjuntamente la descarbonización, alcanzó paridad de precios con las centrales eléctricas alimentadas con combustibles fósiles en la década de 2010. Sin embargo, las mismas fuerzas que impulsaron las reducciones de precios en la electricidad generada por energía solar fotovoltaica, es decir, el aumento espectacular en la productividad y la escala de la fabricación de paneles solares, han generado condiciones de exceso de oferta y caída de la rentabilidad. Ante la lógica contraproducente de este boom energético, los Estados se ven obligados a buscar más allá de las herramientas liberales para reavivar el dinamismo de la industria solar y cumplir así los objetivos de descarbonización. Esto incluye la continuación indefinida de subvenciones solares que violan la ortodoxia presupuestaria liberal, la financiación de tecnologías de automatización solar que exacerban la superfluidad del trabajo y la redistribución de la fabricación de paneles solares a Estados con regímenes laborales autoritarios. La energía solar fotovoltaica es un microcosmos de la situación general que enfrentan los Estados en su lucha por gobernar las tendencias seculares de desarrollo del capitalismo.

2. LOS ESTADOS «VERDES» Y LAS ANTINOMIAS DE LA TRANSICIÓN DIRIGIDA POR EL ESTADO

En la confluencia de la ecología política, la teoría política medioambiental y la economía política internacional, ha surgido una vasta literatura sobre la perspectiva de las transiciones medioambientales dirigidas por el Estado. Su objetivo es responder a una apremiante pregunta: ¿puede el Estado capitalista, dada su imbricación con la lógica compulsiva de la acumulación de capital, llegar a ser «verde»? El punto de partida de estos debates es que los Estados experimentan cada vez más transformaciones ante las crisis medioambientales planetarias, lo que anuncia la aparición de Estados «verdes» o «medioambientales». El quid de la cuestión radica en el potencial progresivo de estas transformaciones estatales: ¿conducen a la reproducción de lo mismo de siempre, o indican que los Estados persiguen cada vez más transiciones hacia relaciones productivas menos destructivas para el medio ambiente?

Paterson (2016) identifica dos amplias perspectivas en estos debates. Por un lado, autores como Meadowcroft (2005), Eckersley (2004) y Dryzek et al. (2003) argumentan que los Estados, bajo la presión de los movimientos sociales y los desafíos ambientales, experimentan un proceso de modernización ecológica que los lleva a desarrollar una nueva función central de «sostenibilidad ecológica». Dicho de otro modo, los elementos antiecológicos de las prácticas del Estado capitalista se consideran contingentes históricamente y no estructurales, por lo que pueden transformarse (Paterson, 2016: 5). Esto es la «ecologización» del Estado. Duit et al. (2016: 11) resumen claramente esta perspectiva: «Al igual que la expansión

masiva de las instituciones de bienestar convirtió a los Estados de finales del siglo XX en criaturas muy diferentes de sus predecesores del siglo XIX, la aparición del Estado medioambiental en las últimas décadas señala nuevos cambios en el carácter de la política moderna».

Por otro lado, una corriente más crítica sostiene que la relación entre el Estado y la acumulación de capital es estructural, lo que plantea grandes problemas para la transición medioambiental. Como resultado, es imposible superar la «tensión sostenibilidad/acumulación» en el corazón del Estado capitalista (Paterson, 2016: 6). Del mismo modo, los planteamientos neoweberianos sostienen que el Estado se topa con un «techo de cristal» cuando la transformación socioambiental entra en conflicto con otros imperativos estatales, como la provisión de orden social, la defensa exterior, la recaudación de ingresos, la acumulación de capital y la legitimación democrática (Hausknost y Hammond, 2020; Douglas, 2020). Los enfoques de decrecimiento y poscrecimiento también tienden a considerar al Estado como un obstáculo para la transición medioambiental, aunque a menudo, paradójicamente, apelan a él políticamente (Koch 2020; Buch-Hansen y Carstensen 2021; D'Alisa y Kallis 2020). Marxistas ecologistas como Davidson (2012: 31) sostienen que la dependencia del Estado del crecimiento y la acumulación es un «imperativo insuperable» que actúa como barrera estructural para cualquier transición medioambiental. Pichler et al. (2020) añaden que la democracia liberal, en la medida en que está materialmente arraigada en el confinamiento de las decisiones sobre la naturaleza y los recursos naturales a la esfera privada de la producción y el consumo, constituye más un obstáculo que un medio para futuras transformaciones socioecológicas.

Los Estados pueden experimentar transformaciones en su forma de abordar el cambio medioambiental, pero de una manera que facilita una mayor mercantilización (neoliberal) de la naturaleza y la «legibilidad» de la naturaleza para el capital (Castree, 2008; Robertson y Wainwright, 2013). Newell (2021: 8), tomando prestado de Gramsci, se refiere a este proceso como una forma de «trasformismo», por el que «la política y las políticas refuerzan un enfoque liberal de mercado de las transiciones dentro del capitalismo en contraposición a transformaciones más radicales del mismo». Del mismo modo, Brand y Wissen (2021: 30-31) advierten sobre una «revolución pasiva» hacia el «capitalismo verde» –una transformación guiada por los poderes dominantes en las sociedades capitalistas centrales, que implica una modernización medioambiental «altamente selectiva» de las fuerzas productivas «a expensas de otras regiones del mundo» que siguen suministrando mano de obra barata y recursos naturales al centro. De este modo, los costes sociales y medioambientales del capitalismo verde se externalizarían espacial (a las periferias) y socialmente (a través de la clase, el género y la raza).

Paterson (2016: 10) traza una posición alternativa: «las respuestas neoliberales al cambio climático están dominadas, de hecho, por la mercantilización de la naturaleza como estrategia, en particular –pero [...] estas respuestas neoliberales al cambio climático abren espacio tanto para una transformación político-económica como estatal, como sugieren los autores del Estado verde». Esto se debe en parte a los intereses divergentes entre las fracciones del capital (por ejemplo, el capital fósil, los filántropos multimillonarios y los defensores de la geoingeniería y otros proyectos de ecomodernización, los capitalistas

de las energías renovables, los financieros «verdes», etc.) en relación con los problemas medioambientales, en la medida en que están expuestos de forma desigual a los riesgos medioambientales y tienen diferentes estrategias de acumulación y legitimación. Además, «esta diferenciación de los intereses empresariales ha sido fundamental para permitir que surjan estas nuevas iniciativas [iniciativas de compensación de emisiones de carbono, normativas medioambientales, etc.] y ha producido nuevas formas de alianza entre el Estado, las empresas y los actores de la sociedad civil» (Paterson, 2016: 11). Esto apunta a la necesidad de una comprensión más precisa de las transformaciones del Estado verde y sus políticas, abriendo la proverbial «caja negra» del Estado.

Diversas perspectivas se han propuesto recientemente hacer precisamente eso. Craig (2020) analiza los conflictos entre diversas agencias y ministerios dentro del Estado y hasta qué punto representan obstáculos para una transición dirigida por el Estado. Brand et al. (2011) despliegan la noción de Poulantzas del Estado como una condensación de relaciones de fuerzas sociales, subrayando que distintos aparatos estatales pueden tener relaciones diferentes y conflictivas con el crecimiento, los combustibles fósiles y la naturaleza. Eckerley (2021) recurre al neogramscianismo para desarrollar una comprensión más historicista de las transformaciones del Estado verde que supere el supuesto funcionalismo de los ecomarxistas y los enfoques críticos de la economía política. Esto también tiene intereses políticos: una atención aguda a los campos desiguales de las relaciones de poder, lo siempre incompleto de los proyectos hegemónicos y las circunstancias concretas de coyunturas específicas, permite identificar «las oportunidades (y los peligros)

políticos que se presentan para la transición ecológica, incluidos los lugares dentro del Estado y la sociedad civil o los intermediarios (partidos, redes sociales, etc.) que encierran el mayor potencial para las nuevas iniciativas de transición» (Eckersley, 2021: 255). Otros se basan en Foucault. Por ejemplo, Death (2016) conceptualiza el Estado verde en África como un conjunto de racionalidades medioambientales, discursos y tecnologías de gobierno. Esto arroja luz sobre la centralidad de la gobernanza de los recursos en la formación del Estado y sobre las múltiples formas de resistencia que configuran la gobernanza de los recursos naturales.

Esto habla de un subcampo relacionado de la geografía política -las «ecologías políticas del Estado»- que se ocupa de «cuestiones de creación de Estado, y consolidación y poder del Estado en relación con “naturalezas” múltiples y disputadas, incluida la atención a la gestión de recursos, infraestructuras o cambios» (Harris, 2017: 90). También en este caso el Estado rara vez parece monolítico, coherente o estable temporal o espacialmente (Meehan y Molden, 2015: 440; Robbins, 2008). Más bien, se concibe como el efecto de prácticas concretas cotidianas y disposiciones espaciales de materialidad humana y no humana. Un área central de investigación es la co-producción del Estado, los objetos de gobierno y las actividades diarias de los agentes estatales y no humanos, con un enfoque en la resistencia y la contestación. Como señala Robertson (2015: 463), esto «ha demostrado ser muy productivo para los ecologistas políticos que pueden entender su sitio no solo como el extremo receptor de las fuerzas nacionales y globales, sino también como constituyente de la hegemonía que permite que el poder nacional y global

funcione como tal». Sin embargo, los ecologistas políticos «han sido históricamente reacios a ser explícitos sobre lo que es el Estado en sí mismo», lo que resulta problemático en la medida en que el Estado como abstracción real (y algo más que la suma de sus burócratas y responsables políticos) constituye una formidable fuerza material para el cambio medioambiental (Robertson, 2015: 457, 564; Loftus, 2020: 139, 141). Podría decirse que este es un serio obstáculo para desarrollar una comprensión teóricamente informada de las antinomias de la transición medioambiental dirigida por el Estado.

En consecuencia, varios ecologistas políticos han recurrido a los escritos de Gramsci, con el objetivo de desfetichizar el Estado y reconocer su fuerza material al mismo tiempo, concibiéndolo como una encarnación de relaciones contradictorias, intereses y luchas socioecológicas dentro del contexto más amplio de la acumulación de capital (Ekers et al. 2009; Bridge 2014; Robertson 2015; Loftus 2020). Esto está relacionado con el reciente interés entre los ecologistas políticos por las teorías materialistas históricas del Estado, en particular el trabajo de Jessop (Whitehead et al., 2007; Pichler e Ingalls, 2021) y Holloway (Angel, 2017; Angel y Loftus, 2019). Estas teorías son útiles para que los ecologistas políticos estudien (y defiendan) las luchas socioecológicas en y contra el Estado. En la medida en que el Estado encarna esas luchas, el argumento es que las prácticas de autoorganización desde abajo tienen el potencial de transformarlo en una dirección verde. De este modo, los ecologistas políticos pueden reconocer las limitaciones estructurales del Estado capitalista y, al mismo tiempo, abrir espacio a la posibilidad de su transformación. Esto, empero, no está exento de contradicciones: como señala Loftus (2020: 144),

las luchas socioecológicas libradas en y contra el Estado «pueden tener el paradójico resultado de potenciar las propias instituciones de las que surgen formas de injusticia [ecológica]».

Este artículo contribuye a estos debates de la siguiente manera. A diferencia de los planteamientos de la modernización ecológica, no ofrecemos ni un esbozo normativo de un Estado que estaría institucionalmente más predispuesto a promover la sostenibilidad ecológica, ni una especificación de las circunstancias en las que podría surgir ese Estado verde. Por el contrario, nos alineamos con los planteamientos críticos que insisten en que el Estado capitalista liberal es la forma política de una sociedad burguesa basada en la reproducción ampliada de capital. Sin embargo, mientras que los enfoques críticos se han centrado en gran medida, en términos abstractos y generales, en la incompatibilidad de un Estado auténticamente ecológico con el crecimiento capitalista, nuestro objetivo es complicar la comprensión de las antinomias de la transición dirigida por el Estado centrándonos en las transformaciones contemporáneas concretas de la forma, el ritmo y la dirección de la acumulación de capital. Nos referimos a las múltiples crisis de la sociedad capitalista «tardía», como el estancamiento económico, el crecimiento de la población sobrante y la destrucción del medio ambiente, y a sus implicaciones para la gobernanza estatal.

Sostenemos que estas transformaciones capitalistas proporcionan un útil punto de entrada analítico al futuro político-ecológico del Estado capitalista. De hecho, el Estado capitalista ha demostrado una notable capacidad para transformarse a lo largo de la historia del capitalismo global, en respuesta a las crisis, las guerras, el malestar social

y los patrones cambiantes de acumulación de capital. Desarrollar una comprensión detallada de las antinomias de la transición dirigida por el Estado requiere examinar las contradicciones fundamentales en el corazón de la forma del Estado capitalista, al tiempo que se analiza cómo la gobernanza capitalista se ve afectada por transformaciones históricamente específicas en la dinámica de la acumulación de capital. En pocas palabras, la capacidad del Estado para abordar el cambio medioambiental está condicionada tanto por determinaciones generales abstractas (su forma, naturaleza y carácter de clase) como por el desarrollo histórico concreto y la remodelación geográfica del capitalismo global.

Este último enigma no ha recibido suficiente atención. Los ecologistas políticos que escriben sobre el Estado (incluso desde una perspectiva ampliamente histórico materialista) tienden a centrarse en las prácticas cotidianas, los discursos verdes, los proyectos hegemónicos en competencia y las luchas socioecológicas dentro y fuera del Estado, posiblemente a expensas del estudio de las condiciones estructurantes de estas luchas y prácticas, a saber, la reproducción ampliada de capital. En la medida en que la dinámica de la acumulación de capital se ha tenido en cuenta en los debates sobre las transformaciones del Estado verde, estas se han entendido principalmente en términos de un cambio de un régimen de acumulación fordista a otro posfordista (de forma regulacionista, cf. Paterson, 1996; Brand y Wissen, 2021), y en el contexto de las teorías del intercambio ecológicamente desigual, que hacen hincapié en las relaciones de intercambio material desiguales (flujos de recursos naturales, energía, residuos, etc.) entre países que ocupan diferentes posiciones en el sistema-mundo (Hornborg, 2012).

Se presta poca atención a tendencias capitalistas profundamente arraigadas, como el estancamiento económico y la multiplicación de la población sobrante, que, si bien están en el centro de los florecientes debates de economía política sobre el futuro del capitalismo (cf. Schwartz, 2021; Bernards y Soederberg, 2021), no se han tenido en cuenta en los debates académicos sobre las transiciones medioambientales dirigidas por el Estado.

Nuestro argumento es, por tanto, que la atención a la direccionalidad de la acumulación de capital permite problematizar aún más el papel del Estado en la transición medioambiental. De hecho, las múltiples crisis de la sociedad capitalista «tardía» son producto de la misma lógica de desarrollo, lo que conduce a una agravación de las tensiones en el seno del Estado capitalista y a una reconfiguración de los dilemas a los que se enfrenta en relación con la transformación medioambiental. Esto no sólo tiene implicaciones fundamentales para las perspectivas de los proyectos ecológicos dirigidos por el Estado –sino que también constituye un valioso punto de partida analítico para examinar las semillas de las futuras transformaciones del Estado capitalista en nuestro miserable presente.

3. DIRECCIONALIDAD CAPITALISTA Y ANACRONISMO LIBERAL

3.1. Apagando incendios

La forma liberal del Estado no se refiere simplemente a una variedad de gobernanza capitalista, como las «economías de mercado liberales» identificadas por la literatura de los capitalismos comparados, ni a la disposición ideológica de determinados gobiernos. Por el contrario,

el liberalismo es una dimensión estructural de todos los Estados en una sociedad capitalista. El capitalismo es históricamente novedoso porque adopta la forma bifurcada de un ámbito económico y político separados. En el ámbito económico, actores formalmente independientes con niveles de riqueza muy diferentes participan en intercambios de mercado entre sí. La economía está despolitizada en el sentido de que «la asignación social de los recursos y el trabajo» no se efectúa principalmente a través de la dirección política, la coerción jurídica o la obligación consuetudinaria, sino mediante los «mecanismos racionalistas del intercambio de mercancías» (Wood, 1981: 81). Sin embargo, este contenido político no desaparece. Por el contrario, se concentra en una arena política diferenciada, en la que estos mismos actores del mercado se saludan ahora como ciudadanos en pie de igualdad ante el Estado —una institución formalmente neutral que se sitúa por encima de la ciudadanía, buscando su consentimiento para gobernar en interés general y, a su vez, disfrutando del monopolio de la violencia para protegerse de los enemigos externos y mantener el orden social y la libertad de mercado (Clarke, 1988).

Un Estado así, divorciado de la economía y que a su vez interviene sobre ella, es estructuralmente liberal, adopte o no un estilo de gobierno liberal. De hecho, reproducir esta separación política/económica —el edificio sobre el que descansa la sociedad capitalista— puede requerir medidas políticas tanto liberales como antiliberales. El liberalismo exige la constitución de una esfera privada en la que los individuos puedan dirigir sus asuntos, perseguir sus propios fines y disponer de sus bienes con independencia de los caprichos de la autoridad pública.

Sin embargo, desde la perspectiva del Estado, la separación de lo económico y lo político no es un asunto meramente moral. Es una condición necesaria para su propia existencia material, ya que depende de la salud de la esfera privada para obtener ingresos y legitimidad. Como tales, los imperativos capitalistas desplazan las prioridades del Estado lejos de la libertad personal: apuntalar la acumulación puede incluso requerir que los individuos «se sacrifiquen por la supervivencia o el repunte del conjunto económico» (Brown, 2016: 11). Por ejemplo, como muestra Landa (2010), muchos liberales apoyaron principios de gobierno fascistas que suprimían las libertades individuales de las masas trabajadoras cuando éstas amenazaban con socavar los derechos de propiedad de los capitalistas. Así pues, las políticas que restringen los derechos y libertades liberales pueden ser decisivas para mantener la forma liberal del Estado y preservar la independencia de la economía.

No obstante, aunque el Estado liberal esté formalmente diferenciado de la esfera económica, esto no significa que sea autónomo del *capitalismo*, relativamente o no, como sugieren los relatos regulacionistas y weberianos de la política climática. Los Estados no gozan de una posición privilegiada vis-à-vis al tumulto de la sociedad capitalista que les permita construir marcos coherentes a largo plazo para gobernar el desarrollo capitalista. Más bien, el capitalismo es un sistema social holístico, tanto político como económico. El Estado es la «forma política» que asumen las relaciones sociales capitalistas (Bonefeld, 2014). De hecho, mientras que el poder estatal apunta cada momento en el circuito del capital, la acción estatal también crea accidentalmente un sistema de compulsiones abstractas que a su vez domina a los Estados.

Al insertar la economía nacional en el mercado mundial, los responsables políticos se someten involuntariamente a los dictados enajenados de la competencia global. Los gobiernos deben utilizar el aparato estatal para garantizar la competitividad internacional de su economía nacional, o enfrentarse a una serie de sanciones impersonales. Sin embargo, el Estado no puede ceder sin más a este nebuloso imperativo competitivo. Debe mantener al mismo tiempo un orden social interno estable, que contradice regularmente las exigencias de la competencia mundial. Esta es la «política de la enajenación gobernante» endémica del liberalismo: el intento del Estado de trazar un rumbo entre los interminables dictados competitivos que él mismo reproduce inconscientemente y las demandas heterogéneas de sus electores políticos (Copley y Moraitis, 2021).

Obligada a sortear esta contradicción, la gestión del Estado liberal es aleatoria y reactiva, más parecida a apagar incendios inmediatos que a forjar modelos duraderos de desarrollo económico. El historial de la política climática estatal lo ilustra bien. Los intentos de reducir las emisiones de carbono deben combinarse con estrategias para maximizar la competitividad económica nacional, a fin de generar los ingresos necesarios para financiar las transformaciones ecológicas y, al mismo tiempo, satisfacer a diversos grupos políticos, como los trabajadores de las industrias extractivas y las comunidades amenazadas por el calentamiento global. El resultado es una política desordenada, plagada de incoherencias y giros en falso, incapaz de abordar de forma coherente ninguna de estas preocupaciones. El fracaso duradero de la política climática no es simplemente un fracaso de la voluntad política, sino que refleja

la contradicción fundamental de la gobernanza liberal, a saber, que el Estado debe tratar de comprar la paz social y, al mismo tiempo, obedecer los imperativos competitivos del mercado mundial.

3.2. La lógica del desarrollo del capitalismo

Si los Estados capitalistas se ven perennemente arrastrados en direcciones opuestas por las presiones abstractas de la competencia del mercado y las demandas concretas de los electores políticos, también tienen la tarea de gobernar una formación social con una trayectoria de desarrollo definida. En su afán de expansión, la economía capitalista genera una dinámica histórica que tiende a deteriorar secularmente las condiciones de su reproducción. El desarrollo capitalista se sustenta en una tendencia a la disminución del dinamismo económico, el crecimiento secular de la población sobrante y la degradación acelerada de la naturaleza. Estas tendencias cruzadas son desencadenadas por la misma lógica de crecimiento desbocado de la productividad que impulsa la acumulación de capital.

El principio regulador central de la ley del valor es que las mercancías deben producirse dentro de los estándares de productividad promedio de sus sectores o no realizarán su valor (Marx, 1976: 129). El tiempo de trabajo invertido en la producción por los productores individuales debe ser validado como valor de cambio si se quiere que la producción siga siendo rentable (Bonefeld, 2020). Los productores que no alcanzan los niveles de productividad establecidos están más cerca de la ruina financiera. Por el contrario, cuanto más cerca estén de la frontera de la productividad, mayor será el plusvalor que puedan embolsarse.

Esta presión competitiva impulsa la productividad promedio a niveles constantemente más altos y, al hacerlo, produce una tensión cada vez más intensa entre lo que Marx llama el *proceso de trabajo* y el *proceso de valorización*. La producción capitalista es simultáneamente un proceso de «producción de utilidades» y «producción de plusvalor» (Marx, 1976: 304). Sin embargo, a medida que el capitalismo madura, estas dos funciones de la producción capitalista se desconectan cada vez más porque los aumentos de productividad amplían la cantidad de «utilidades» producidas en un período de tiempo dado, pero disminuyen su valor individual. En consecuencia, el crecimiento galopante de la productividad tiende a socavar la valorización al reducir progresivamente el *plusvalor* total representado por una suma determinada de mercancías (Ortlieb, 2013). Esta asimetría fundamental entre la producción de utilidades y de plusvalor está en el origen de las crisis entrecruzadas del capitalismo tardío. Sin embargo, de manera crucial, nuestro argumento busca ir más allá del lenguaje determinista de los relatos marxistas establecidos de la tendencia a la caída de la tasa de ganancia según los cuales el capitalismo tiende inexorablemente hacia un estado de menores rendimientos y colapso económico (véase Carchedi y Roberts, 2018). Nuestra explicación de la direccionalidad capitalista apunta a ciertas tendencias que se intensifican secularmente —dinamismo menguante, superfluidad humana y destrucción medioambiental— que se vuelven cada vez más difíciles, *aunque no imposibles*, de contrarrestar o mitigar a medida que el capitalismo madura.

Aunque las empresas individuales se ven obligadas por la ley de ganar o perder de la competencia capitalista a

aumentar continuamente la productividad laboral, esto contribuye a crear condiciones de estancamiento económico a nivel agregado (Moraitis, 2022). Las empresas tienden a compensar la disminución de las tasas de ganancias ampliando el volumen de producción, lo que en última instancia conduce a la saturación del mercado y al exceso de capacidad, haciendo que la viabilidad de estas empresas sea cada vez más precaria (Clarke, 1988). En respuesta, los inversores pueden reorientar su capital hacia sectores menos saturados. Sin embargo, esta inversión que aumenta la productividad corre el riesgo de reproducir la misma tendencia hacia el exceso de capacidad en un nuevo sector (Endnotes, 2010). En resumen, aunque el crecimiento de la productividad es una necesidad estructural impuesta por el imperativo de la valorización, constituye simultáneamente la fuente del deterioro de las condiciones de reproducción del capitalismo. Esta tendencia ha sido especialmente pronunciada en las últimas décadas, manifestándose en la desaceleración del crecimiento del PIB, la debilidad de la inversión, la intensificación de la competencia y el exceso de capacidad industrial en todos los sectores (Schwartz, 2021; Benanav, 2020).

La tendencia intrínseca del capitalismo al estancamiento amplifica los efectos de destrucción de empleo del crecimiento de la productividad. En una economía capitalista dinámica, la pérdida de puestos de trabajo en un sector concreto debido a las tecnologías que aumentan la productividad puede verse compensada por la aceleración de la inversión o el desarrollo de nuevos productos en sectores en auge (Marx, 1976: 583).

Esto se complica cada vez más en condiciones de estancamiento, en las que las empresas tienen pocos

incentivos para emprender inversiones (Benanav, 2020). Los trabajadores son expulsados de la producción a un ritmo más rápido del que pueden ser reabsorbidos. En consecuencia, se necesitan niveles excepcionalmente altos de inversión para recuperar los puestos de trabajo perdidos por la maquinaria que ahorra mano de obra (Marx, 1976: 789). El capitalismo muestra una creciente incapacidad para sostener los niveles existentes de demanda de mano de obra a medida que madura, generando así una tendencia hacia la producción de un ejército cada vez mayor de proletarios superfluos (Arzuaga, 2019). La superfluidad se manifiesta tanto en forma de desempleo masivo como de subempleo, ya que un número cada vez mayor de personas se ven obligadas a llegar a fin de mes en trabajos precarios, desde los servicios mediados por aplicaciones hasta la venta ambulante (Smith, 2020; Jones, 2021; Weiss, 2021)².

² La tendencia general hacia una mayor sobrecapacidad y superfluidad de mano de obra no excluye la posibilidad de que el estímulo estatal a una escala suficiente pueda dar lugar a subcapacidades y escasez de mano de obra en determinados sectores durante un período de tiempo. De hecho, la recuperación de la recesión de la Covid-19 –impulsada por intervenciones estatales extraordinarias– ha sido testigo de cómo las cadenas de suministro industriales no han podido seguir el ritmo de la boyante demanda, mientras que muchas empresas han tenido dificultades para encontrar trabajadores (Santacreu y Labelle, 2022). Estas condiciones pueden interpretarse fácilmente dentro de nuestro marco. Por un lado, demuestran que se necesitan medidas cada vez más excepcionales para generar un repunte del crecimiento y de la demanda de mano de obra. Por otro lado, la actual escasez de mano de obra es en parte el resultado del rechazo de la gente a volver precisamente al tipo de empleos precarios y exigentes que genera una economía caracterizada por el subempleo crónico (es decir, la llamada Gran Renuncia) (véanse Choonara et al. 2022; Causa et al. 2022).

Esta crisis del trabajo está ineludiblemente vinculada a la catástrofe medioambiental en curso, ya que el crecimiento desbocado de la productividad también genera una «compulsión ciega a dominar la naturaleza» (Cassegard, 2021: 194)³. La metáfora de Schnaiberg (1980) de la «cinta sin fin de la producción» [«treadmill of production»] es una poderosa descripción del vínculo intrínseco entre la producción capitalista y la destrucción del medio ambiente. La cinta sin fin describe un modelo de crecimiento ecocida por el que cada nueva ronda de inversión acelera tanto la *retirada* de recursos de la naturaleza para alimentar la producción, como las *adiciones* a la naturaleza en forma de residuos tóxicos o gases de efecto invernadero. Mientras que Schnaiberg atribuyó originalmente la cinta de correr al capitalismo monopolista posterior a la Segunda Guerra Mundial, nosotros sostenemos que este patrón de crecimiento ecocida expresa la tensión más profunda entre los procesos de valorización y de trabajo. En un contexto de estancamiento, la producción capitalista debe acelerar la extracción de recursos naturales sólo para obtener la misma cantidad de plusvalor que antes, ya que este plusvalor se reparte ahora entre un gran número de mercancías (Machado, 2021). El aumento de los insumos materiales —incluidas la energía y las materias primas— debe compensar el descenso de la rentabilidad. La dinámica acelerada que sustenta el crecimiento de la productividad

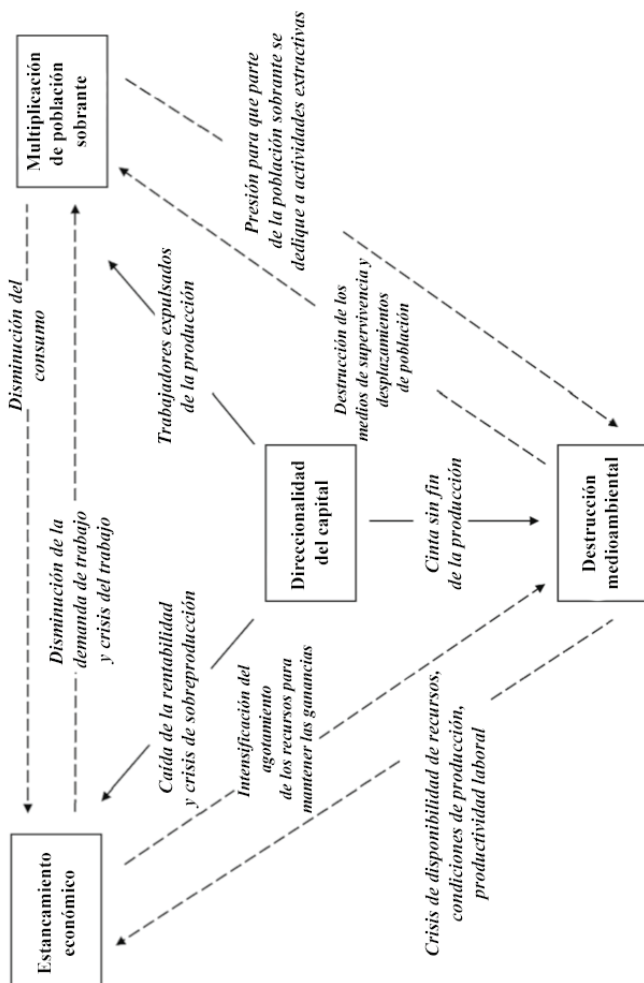
³ Siguiendo a Marx, definimos la productividad como el volumen de mercancías producidas por unidad de tiempo. Aunque los indicadores de productividad posteriores a 2008 en el mundo desarrollado y en desarrollo han mostrado signos de ralentización, miden la producción monetaria, no física, por trabajador, ocultando así el creciente consumo de naturaleza que supone lograr incluso modestas ganancias de productividad (véase Smith 2020: 84-85).

significa que el capital debe consumir el entorno material a un ritmo más rápido de lo que los recursos naturales pueden reponerse (Blumenfeld, 2022). A su vez, el deterioro medioambiental contribuye a la destrucción de los medios de subsistencia y de supervivencia, sobre todo en el Sur Global, amplificando otras formas de desplazamiento y desposesión y engrosando las filas de la población sobrante (Bernards y Soederberg, 2021). Según algunas estimaciones, para 2050 se esperan 1.200 millones de refugiados relacionados con el clima (Transnational Institute, 2021).

Para los Estados capitalistas, esta crisis multifacética adopta la forma de una «perversa trinidad» (véase Fig. 1). Cada polo de la trinidad, aunque producto de la misma lógica de desarrollo, es experimentado por los responsables políticos como una crisis distinta con su propio conjunto de retos. Sin embargo, debido a los múltiples mecanismos de retroalimentación entre los polos, las contradicciones y conflictos asociados a cada polo no pueden tratarse independientemente de los asociados a otros polos. Así, la dinámica inherente a un polo limita el margen de maniobra del Estado para abordar los otros. Esta «perversa trinidad» conduce a una agravación de las tensiones en el seno del Estado capitalista, lo que se traduce en una incapacidad cada vez mayor de este último para desempeñar su papel en la sociedad capitalista al tiempo que mantiene su forma liberal.

Fig. 1.

La «perverse trinity» de la gobernanza del capitalismo tardío.



3.3. El anacronismo de la gobernanza liberal

Frente a esta «perversa trinidad», los Estados se ven cada vez más obligados a aplicar políticas que contravienen su carácter liberal. Sin embargo, al mismo tiempo, las modalidades de gobernanza liberal —facilitar la libertad de mercado, permitir la competencia, responsabilizar a los individuos frente a los riesgos económicos y despolitizar las relaciones económicas— siguen siendo esenciales para disciplinar a los electorados nacionales de acuerdo con los imperativos globales de acumulación. Es precisamente la creciente insuficiencia, pero continua necesidad de métodos de gobierno liberales, lo que tratamos de captar con la noción de *el anacronismo de la gobernanza liberal* (Moraitis 2021).

La gobernanza liberal tiene dos caras. Su cara política está asociada a procesos de emancipación cívica, representación, participación e igualdad de derechos para todos (Landa, 2010). Su cara económica tiene que ver con la imposición de una separación clara entre lo económico y lo político, y la consolidación de un orden basado en normas para garantizar el funcionamiento de los mercados «libres» (Plant, 2010). Nuestro argumento es que la «perversa trinidad» ejerce una presión cada vez mayor sobre ambos aspectos del carácter liberal del Estado. Esto es evidente en los intentos contradictorios de los Estados para manejar las crisis en cada polo de la trinidad y sus interrelaciones.

Tomemos, por ejemplo, las formas de gobierno cada vez más coercitivas y las tecnologías represivas de contención de la mano de obra desarrolladas por los Estados, tanto en el Norte Global como en el Sur Global, para hacer frente a la multiplicación de la población sobrante.

Disciplinar y gobernar a estas últimas ha implicado pronunciadas tendencias autoritarias, desde la agresiva militarización de las fronteras, el desarrollo de sistemas de vigilancia masiva impulsados por IA, la criminalización y represión brutal de los movimientos sociales y diversas formas de disidencia (desde la insurrección de los Gilets Jaunes hasta el movimiento climático), hasta la suspensión del Estado de Derecho y las libertades civiles (Bruff y Tansel 2020). Las nociones cada vez más excluyentes de identidad nacional y ciudadanía se han utilizado para cultivar el apoyo de los de dentro y dividir a las poblaciones.

Sin duda, dentro del orden liberal, la promesa de emancipación política siempre ha estado reservada a una «comunidad de los libres» relativamente circunscrita, mientras que los excluidos de ella —esclavos, poblaciones colonizadas, mujeres y pobres— han estado sometidos a un intenso control estatal (Losurdo, 2011). Sin embargo, en un contexto de disminución de las oportunidades en el mercado laboral y de destrucción del medio ambiente, la gobernanza liberal se basa cada vez más en la exclusión de un número creciente de personas de la comunidad de los libres. La humanidad sobrante se convierte en una cuestión de control, vigilancia y encarcelamiento (Gilmore, 2007; Clover, 2019; Wacquant, 2010). En ninguna parte es esto más visible que en la elección de los países más ricos del mundo de gastar más anualmente en la seguridad de sus fronteras que en mitigar el cambio climático (*Transnational Institute*, 2021). Considere también los diversos acuerdos que la UE ha hecho con Turquía, Libia y Marruecos para subcontratar la «gestión de la migración» autoritaria, o la política del Reino Unido de enviar solicitantes de asilo a Ruanda (eufemísticamente conocida como la Alianza para la Migración y el Desarrollo Económico).

La respuesta de los Estados capitalistas liberales a la multiplicación de la población sobrante adopta la forma (anti-liberal) de una proliferación de fuerzas policiales, muros fronterizos y derechos civiles y políticos restringidos — cuando no denegados—para garantizar los intereses de una comunidad de libres que disminuye rápidamente.

Asistimos no sólo a la progresiva desfiguración del rostro político de la gobernanza liberal, sino también al vaciamiento de su núcleo económico, a medida que los responsables políticos se ven presionados a violar los principios de la política económica liberal. Por supuesto, el recurso a medidas políticas de emergencia que suspenden temporalmente o eluden la lógica de los mecanismos de mercado no es una característica nueva de la gobernanza liberal. Lo que Best (2017) denomina «excepcionalismo liberal» es, de hecho, un reflejo político recurrente que los Estados capitalistas adoptan para gestionar las tensiones sociales en tiempos de crisis, en última instancia para preservar el propio orden liberal (Mann, 2017; Sumonja, 2021). Sin embargo, en el contexto de la perversa trinidad del capitalismo tardío, hay un cambio en la escala, la intensidad y la frecuencia con la que los gobiernos recurren a tales medidas. En pocas palabras, en el capitalismo tardío, la línea que separa los periodos «normales» de gobernanza liberal y los periodos excepcionales de políticas de emergencia es cada vez más difusa.

La gobernanza económica liberal se ha convertido en muchos aspectos en una gestión permanente de crisis. Los rescates bancarios y las inyecciones masivas de liquidez tras la crisis de 2008 ya ofrecieron una idea de la magnitud de las intervenciones excepcionales y distorsionadoras del mercado que los Estados están llamados a emprender para mantener la estabilidad de

un sistema financiero frágil que ha crecido a lomos de una economía en persistente estancamiento (Tooze, 2018). La gestión de la crisis de la pandemia de COVID-19 emuló la misma lógica del «keynesianismo de emergencia» (Sumonja, 2021). Para evitar el agravamiento de los trastornos sociales que acompañaban a la crisis, los gobiernos de todo el mundo suspendieron una vez más la «normalidad del mercado» y recurrieron a una política monetaria extraordinaria, la nacionalización de empresas en dificultades, la creación de planes de suspensión de pagos y la concesión de ayudas estatales.

La gobernanza económica liberal se está transformando ante las tendencias al estancamiento económico, el exceso de capacidad industrial y la intensificación de la competencia en los mercados mundiales. Desde el cambio de milenio, los Estados, tanto en el Norte Global como en el Sur Global, se apoyan cada vez más en formas poderosas de estatismo. Han ampliado su papel como propietarios de capital y como inversores-accionistas, lo que ha dado lugar a la proliferación y creciente importancia de híbridos de capital-estado (como fondos soberanos, bancos políticos, empresas estatales) (Alami y Dixon, 2022, 2023). Experimentan con nuevas combinaciones de política tecnoindustrial, que abarcan la financiación de la I+D y la formación científico-técnica, las políticas de contratación pública, las subvenciones a los créditos, las desgravaciones fiscales, los paquetes de ayudas estatales específicas, las políticas de campeones nacionales, la inversión en grandes infraestructuras, etc. Estas políticas persiguen objetivos defensivos (proteger sectores y reestructurar industrias en declive en el país frente al estancamiento y la competencia) y ofensivos (favorecer las transiciones hacia nuevas áreas de competitividad sectorial, incluidas las energías

renovables, como veremos más adelante) (Bulfone, 2023). Estas estrategias se combinan a menudo con formas agresivas de nacionalismo económico competitivo, que incluyen restricciones al comercio y la inversión y medidas de «empobrecimiento del vecino» en los ámbitos de los tipos de cambio y la política monetaria, para trasladar la carga del ajuste económico a otros Estados.

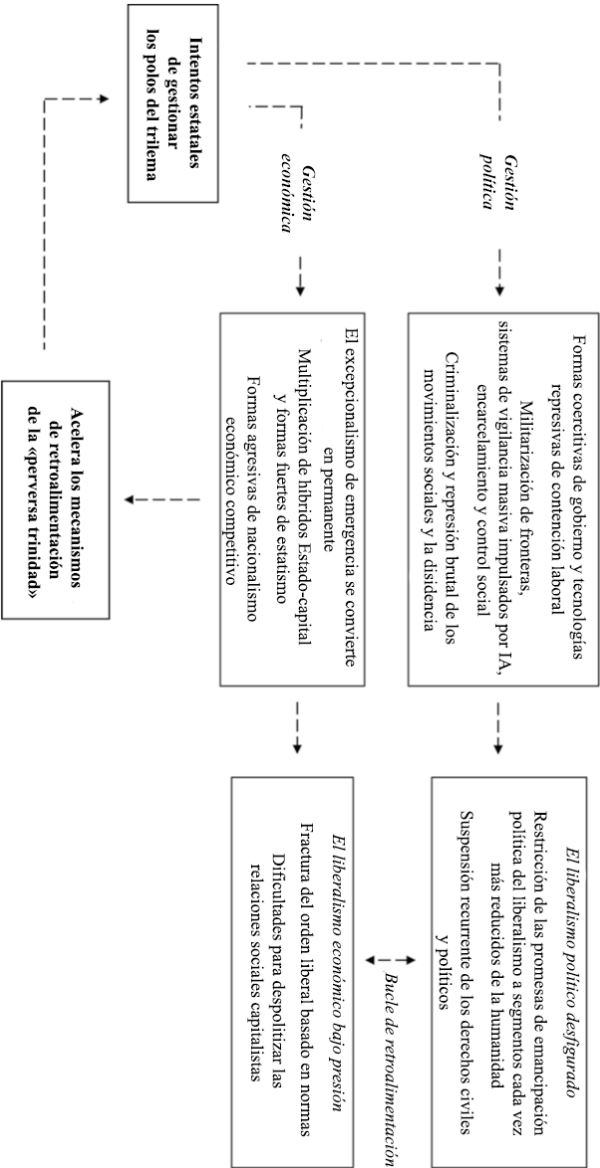
Estas transformaciones ejercen una presión considerable sobre la gobernanza económica liberal. En el plano internacional, amenazan con fracturar el orden liberal basado en normas que rige el comercio y la inversión mundiales. En el ámbito nacional, la suspensión recurrente de los principios liberales de mercado (como la libre competencia o la responsabilización individual [Davies, 2013]) hace cada vez más difícil legitimar la dicotomía política-económica. Las cuestiones económicas, antes despolitizadas, quedan más expuestas a la contestación y las luchas políticas a medida que entran en el ámbito de responsabilidad del Estado. Los Estados tienden a responder a estas últimas de las formas violentas y autoritarias comentadas anteriormente para mantener el orden, lo que ejerce más presión sobre la dimensión política del liberalismo.

Así pues, la gobernanza capitalista tiende a desbordar cada vez más los límites de la tradición liberal. Es probable que esta tendencia se acentúe en el futuro, a medida que el cambio climático intensifique las presiones sobre el Estado para que viole las ortodoxias liberales con el fin de evitar el desmoronamiento desordenado de la propia sociedad liberal. Además, al intentar remediar el estancamiento, los Estados pueden exacerbar la tendencia de la economía capitalista hacia ciclos cada vez más intensos de desplazamiento de mano de obra y desastre medioambiental. Así pues, los Estados

están directamente implicados en los mecanismos de retroalimentación de la «perversa trinidad» y son cómplices involuntarios del anacronismo de los principios de gobierno liberales.

Sin embargo, la paradoja es que el creciente anacronismo de la gobernanza liberal no implica su abandono total. La frecuente elusión y aplicación incoherente de los principios del mercado se interpreta a menudo como un signo revelador de la crisis del neoliberalismo y de su posible desaparición inminente (Kotz, 2015). Sin embargo, el excepcionalismo liberal se produce dentro de unos límites determinados por la forma capitalista del Estado (Bonefeld, 2010). Los Estados pueden «aflojar las restricciones basadas en el mercado» sobre sectores económicos específicos (a través de, por ejemplo, inyecciones de liquidez, subsidios o medidas proteccionistas) como medio para gestionar las crisis o lograr objetivos específicos (como catalizar la modernización industrial o las transiciones energéticas), pero no pueden llegar a desmantelar por completo la disciplina del mercado (Burnham, 2011). De hacerlo, se romperían las relaciones sociales que constituyen las sociedades capitalistas, saboteando la base material de la propia reproducción del Estado (de Brunhoff 1978). La disciplina del mercado es necesaria para garantizar que los actores económicos se vean obligados por el imperativo de la competencia del mercado mundial a producir de acuerdo con los estándares de productividad promedio. Así pues, las medidas liberales siguen siendo pertinentes en la medida en que permiten a los Estados mantener la competitividad exponiendo a los agentes económicos a la disciplina capitalista. La gobernanza liberal es cada vez más anacrónica e insuperable en una sociedad regida por el valor.

Fig. 2.
El anacronismo de la gobernanza liberal.



En resumen, al esforzarse por garantizar las condiciones para una acumulación sostenida, los Estados crean inadvertidamente un mundo cada vez más ingobernable por medios liberales (véase la Fig. 2). En el contexto de un planeta que se calienta, una economía en desaceleración casi permanente y una creciente población sobrante, la promesa de emancipación política del liberalismo se limita a segmentos cada vez más reducidos de la humanidad, mientras que los excluidos de la «comunidad de los libres» están expuestos a la violencia estatal. En el ámbito de la gestión económica, los principios de gobierno liberales se ven cada vez más suspendidos por las intervenciones estatales de emergencia para mantener el orden social y la acumulación de capital. Esta dinámica es visible en toda una serie de acontecimientos políticos contemporáneos, como ya se ha comentado. Sin embargo, es incluso perceptible en una de las supuestas historias de éxito de la visión liberal de la descarbonización, a saber, la revolución de la energía solar FV.

4. LAS CONTRADICCIONES DEL MILAGRO SOLAR

4.1. Una industria emergente

«El futuro de la energía solar parece brillante», observó el Foro Económico Mundial en 2020. Entre 2010 y 2019, se invirtieron casi 1,4 billones de dólares en capacidad solar en todo el mundo, lo que impulsó un rápido crecimiento de la electricidad generada por energía solar y redujo su precio en más de un 80%, haciéndola más barata que las alternativas de combustibles fósiles en la mayor parte del mundo (Frankfurt School-UNEP Centre/BNEF, 2020: 31; IRENA, 2020: 11). Dentro del sector solar más amplio, la

industria más destacada ha sido la energía solar fotovoltaica. El caso de la energía solar fotovoltaica pone en duda ciertas afirmaciones marxistas sobre el vínculo fundamental entre la acumulación de capital y los combustibles fósiles (Malm, 2016; Altvater, 2007) y, en cambio, parece confirmar los argumentos de la Modernización Ecológica sobre la maleabilidad del régimen energético del capitalismo (Mol y Spaargaren, 2000). Como señala Paterson (2021: 401), el milagro solar puede sugerir que «la dinámica tecnológica y de inversión del capitalismo significa que, en principio, puede cambiar rápidamente a energías no fósiles».

Reforzando las afirmaciones de los Estados Verdes, la transformación de los precios de la energía solar fotovoltaica no fue un fenómeno de mercado puro, sino el resultado de una intervención política específica. En el año 2000, el gobierno alemán implementó un esquema de tarifas reguladas (FIT, por sus siglas en inglés) para incentivar el crecimiento de la electricidad generada por energía solar (Hoppmann et al., 2014). Con esta política, el Estado alemán garantizó de hecho la rentabilidad de los desarrolladores solares a pequeña y gran escala concediéndoles precios subvencionados por encima del mercado por su electricidad. Se adoptaron medidas similares en Europa, Estados Unidos y, gradualmente, en el Sur Global. En 2011, «50 países habían implantado algún tipo de FIT, y más de la mitad de ellos se encontraban en países en desarrollo» (PNUMA, 2012: vi). El resultado fue una espectacular expansión de la demanda de energías renovables durante la década de 2000.

Los desarrolladores buscaron beneficiarse de estas medidas políticas, impulsando un auge en la construcción de capacidad solar y una reestructuración global de

la cadena de suministro de energía solar fotovoltaica. Si bien Japón, Alemania y EE. UU. habían dominado históricamente la producción de energía solar fotovoltaica, las economías asiáticas comenzaron a aumentar sus capacidades a mediados de la década de 2000 en respuesta a la creciente demanda (Mulvaney, 2019). Las empresas chinas, en particular, acapararon una parte creciente del mercado. Mientras los fabricantes estadounidenses abandonaban el diseño fotovoltaico estándar de silicio cristalino en favor de tecnologías más innovadoras de película fina, las empresas chinas trataban simplemente de producir paneles fotovoltaicos de silicio cristalino a costes más bajos (Mulvaney, 2019). Al hacerlo, los fabricantes chinos de paneles solares aprovecharon varias condiciones ventajosas: mano de obra barata y privada de derechos, apoyo gubernamental, redes de producción existentes para semiconductores, experiencia tecnológica de ciudadanos chinos formados en universidades occidentales, importación de líneas de producción integradas «llave en mano» de Alemania, y financiamiento de los mercados de capitales de EE. UU. (Mulvaney, 2019; Hart, 2020; Nemet, 2019). Empresas como Yingli Green Energy lograron una integración vertical en toda la cadena de suministro de energía solar fotovoltaica, desde la producción de polisilicio hasta la fabricación de paneles, lo que generó enormes economías de escala (Hopkins y Li, 2016).

A medida que la política industrial ecológica cobraba importancia en el programa del Partido Comunista Chino a mediados de la década de 2000, se canalizó una mayor financiación estatal central hacia la investigación y el desarrollo de la energía solar. Esto permitió a las empresas chinas lograr impresionantes saltos en la productividad laboral (Sandalow, 2019: 74; Hopkins y Li, 2016).

En la década de 2010, la producción de paneles solares de silicio cristalino se había convertido en una actividad altamente automatizada e intensiva en capital, en la que la mano de obra representaba solo el 3-4% de los costes de las empresas chinas, según un estudio (Platzer, 2015). En 2012, estas ventajas en costes laborales, escala y productividad hicieron que los paneles solares chinos fueran un 20% más baratos que los de sus competidores estadounidenses (Hart, 2020: 10). En consecuencia, en 2016 los productores chinos representaban el 51% de la capacidad mundial de fabricación de paneles solares, frente a solo el 7% de Europa y Estados Unidos juntos (Mulvaney, 2019: 28).

Para los desarrolladores de granjas solares, estas condiciones de precios se tradujeron en una bonanza de ganancias. Los precios de su producción de electricidad fueron fijados artificialmente altos por los FIT de los Estados, mientras que los precios de los paneles solares se redujeron por las transformaciones industriales antes mencionadas. Los «costos totales instalados para proyectos [solares] a gran escala» se redujeron en un 79% entre 2010 y 2019 (IRENA, 2020: 27). De este modo, la inversión inundó los desarrollos solares, especialmente en Europa, Estados Unidos y Asia, impulsando un rápido aumento de la capacidad (REN21, 2017: 66). En contra de las predicciones deterministas del pensamiento ecologista marxista, un conjunto de políticas estatales innovadoras parecía haber aprovechado eficazmente el dinamismo de la competencia de mercado para la des-carbonización.

4.2 Se avecina tormenta

Sin embargo, han comenzado a surgir dudas sobre el futuro dinamismo del mercado solar. La amenaza en el horizonte es el espectro de la sobreproducción. Aunque no es exclusivo del sector, «la tendencia a la sobreproducción [que] es igualmente característica de todas las ramas de la producción» se ve exacerbada por ciertas características técnicas de la energía solar a gran escala (Clarke, 1994: 283).

Las plantas solares fotovoltaicas a gran escala —constituidas por una red interconectada de paneles solares y sistemas reguladores que abarcan un amplio territorio—requieren enormes inversiones iniciales en mano de obra y capital fijo. Sin embargo, una vez construidos, el funcionamiento de los parques solares es un proceso altamente mecanizado, lo que implica unos costes de explotación muy bajos (Wiser et al., 2020). Así, cuando el proyecto está en marcha, el coste marginal de producir más electricidad solar es casi cero. En condiciones competitivas, esto confiere a la energía solar una dinámica exageradamente deflacionista (Lewis, 2020). Este problema se ve agravado por el hecho de que la electricidad solar es «no gestionable»: las centrales solo pueden generar y vender electricidad cuando brilla el sol (Sivaram y Kann, 2016). Esto inunda la red de electricidad en las horas punta del día, haciendo bajar aún más los precios y erosionando los beneficios. A medida que se construyen más centrales y entra en funcionamiento una mayor capacidad solar, estas explosiones de superproducción y las consiguientes caídas de precios se intensifican hasta que se alcanza un «punto de equilibrio, más allá del cual ya no son rentables nuevas inversiones

en energía solar fotovoltaica» (MIT Energy Initiative, 2015: 124). Este fenómeno ha sido denominado efecto de «deflación del valor» o «canibalización» por analistas de energías renovables (Blume-Werry et al., 2021; Prol et al., 2020). El peligro es que si se retiran las subvenciones estatales de este sector, y los precios de mercado llegan a reflejar las fuerzas de la oferta y la demanda en lugar de las prioridades políticas, el efecto de canibalización socavaría los argumentos comerciales a favor de la ampliación de la capacidad solar antes de que puedan alcanzarse los objetivos de descarbonización⁴.

Un estudio del MIT de 2015 (xii) capta la naturaleza del dilema: «En los mercados mayoristas de electricidad competitivos, el valor de mercado de la producción fotovoltaica disminuye a medida que aumenta la penetración de la energía fotovoltaica. Esto significa que los costes fotovoltaicos tienen que seguir disminuyendo para que las nuevas inversiones fotovoltaicas sean rentables». En otras palabras, para mantener la rentabilidad de las plantas solares, los costes de desarrollo de las plantas deben seguir cayendo al menos tan rápido como los precios de la electricidad solar, en una espiral descendente sin fin: «la competitividad de costes de la energía solar es un objetivo móvil» (Sivaram y Kann, 2016: 1). Las empresas en las etapas iniciales de la cadena de suministro solar —desde la producción de polisilicio hasta la fabricación de paneles— deben revolucionar perpetuamente sus métodos

⁴ El aumento de la capacidad de almacenamiento de energía podría mitigar esta dinámica deflacionista al permitir una mejor adaptación de la oferta y la demanda de electricidad. Sin embargo, Bistline (2017: 370) sostiene que «el almacenamiento no es una panacea para evitar la disminución de la rentabilidad» de la inversión solar, ya que su capacidad para permitir a los proveedores arbitrar los precios de la electricidad disminuye a medida que aumenta el despliegue del almacenamiento.

industriales para ofrecer paneles solares cada vez más baratos.

Sin embargo, las propias empresas de la cadena de producción se enfrentan a un enorme exceso de capacidad, precios de producción deprimidos y baja rentabilidad, lo que impide nuevas inversiones y reducciones de precios. La entrada de China en esta industria, que tanto impulsó la fortuna de los desarrolladores de plantas solares, fue desastrosa para muchos productores de paneles solares (Hart, 2020). Esta inyección de competencia impulsó la intensidad de capital de la industria, ya que las empresas de todo el mundo buscaban sobrevivir introduciendo maquinaria avanzada y logrando economías de escala (Powell et al., 2015). Las tremendas ganancias de productividad desencadenadas por estas inversiones en máquinas inundaron el mercado con paneles solares y precios reducidos, lo que redujo la tasa de ganancias en estos segmentos ascendentes (Frankfurt School-UNEP Centre/BNEF, 2020: 71). El resultado es un «entorno de alto gasto y bajo margen», en el que pocas empresas pueden sobrevivir (Buonassisi et al., 2016). Un aumento en las quiebras golpeó a la industria a principios de la década de 2010, concentrándose en Europa y los EE. UU. (OMPI, 2017). Pero incluso las empresas chinas han tenido problemas para mantenerse a flote en estas condiciones: «El margen operativo medio para un grupo de grandes fabricantes predominantemente chinos», según un estudio, «se redujo a un 40 por ciento negativo estimado en 2011» (Hart, 2020: 11). En línea con la disminución de la rentabilidad, la nueva inversión global en energía solar alcanzó su punto máximo en 2011 antes de caer en los dos años siguientes; la producción mundial de paneles aumentó vertiginosamente a fines de la

década de 2000 antes de desacelerarse en el período 2011-2014; y los precios promedio de los paneles cayeron abruptamente de 2007 a 2012 antes de estabilizarse a partir de entonces (BloombergNEF, 2019; IEA PVPS, 2021: 50; Roser y Ortiz-Ospina, 2022).

Sin embargo, justo cuando la fabricación de energía solar empezó a estancarse –agravada por los aranceles de EE. UU. y la UE sobre los paneles chinos–, fue rescatada por el Estado chino, que desarrolló un mercado fotovoltaico solar nacional masivo de 2013 a 2018 mediante generosas medidas de subvención y apoyo (Dong et al., 2020). Este enorme apoyo político catalizó otra oleada de inversiones en todos los segmentos de la cadena de valor de la energía solar fotovoltaica. No obstante, esto dio lugar una vez más a un enorme exceso de capacidad, sobre todo en la fabricación de paneles, que llevó al Estado chino a anunciar en 2018 la retirada acelerada de sus subvenciones a la energía solar (Dong et al., 2020). No está claro si, en ausencia de un apoyo tan extraordinario, los fabricantes de paneles pueden lograr una producción en continuo auge y las reducciones de precios de los paneles necesarias para mantener la rentabilidad de las plantas solares a gran escala.

La energía solar fotovoltaica en su conjunto se parece a un perro que se persigue la cola cada vez con menos vigor. Toda la industria está cada vez más deformada por un patrón de productividad creciente, exceso de capacidad y rentabilidad deprimida. Todos los segmentos de la cadena de suministro están obligados a reducir costes cada vez más para mantener los beneficios actuales. Pero estas reducciones de costes son más difíciles de conseguir a medida que los mercados saturados y los márgenes estrechos disuaden de realizar nuevas inversiones.

Esto ejemplifica la lógica direccional de la acumulación de capital comentada anteriormente. A medida que la competencia aumenta la intensidad del capital y la productividad del trabajo, la misma magnitud de valor se reparte entre un mayor número de productos, lo que crea una tendencia a la sobreproducción y a la caída de la rentabilidad. A medida que avanza la frontera de la productividad, se necesitan medidas cada vez más radicales para ampliar los mercados y recortar los costes para simplemente mantenerse a flote en términos de rentabilidad.

Aunque exacerbada por las características técnicas de la energía solar fotovoltaica a escala comercial, la sobreproducción es una característica genérica del desarrollo capitalista. Lo que los analistas energéticos consideran el singular «efecto de canibalización» de la energía solar es un caso particular del impulso universal del capitalismo hacia la autocanibalización (Jappe, 2017). De hecho, en los últimos veinte años hemos sido testigos de cómo este sector ha empezado a transformarse en una industria capitalista típica, es decir, una industria asolada por el exceso de capacidad y la baja rentabilidad (Brenner, 2006). Esto genera una serie de problemas insolubles para los responsables políticos, llevándolos a los límites de la tradición liberal.

4.3. ¿El liberalismo eclipsado?

El caso de la gobernanza estatal de la energía solar fotovoltaica arroja luz sobre varios (si no todos) los aspectos de la perversa trinidad. Con el fin de paliar la inminente catástrofe climática generada por la lógica expansionista del capitalismo, los Estados han prestado apoyo a

la energía solar fotovoltaica en un esfuerzo por catalizar una ola de inversión verde. Aunque inicialmente tuvo éxito, el dinamismo de la industria solar fotovoltaica ha amenazado con decaer como consecuencia del carácter autodestructivo de la acumulación capitalista. Para resucitar este auge verde, los Estados se ven cada vez más presionados a emprender acciones que no sólo erosionan sus fundamentos liberales, sino que corren el riesgo de exacerbar distintos polos de la perversa trinidad.

Se pretendía que las subvenciones estatales a la industria solar fueran temporales. El argumento era que subvenciones como las FIT incentivarían la inversión en la fabricación de paneles solares y la generación de electricidad, impulsando la competencia y la modernización tecnológica. Una vez que la electricidad solar pudiera competir en precio con otras fuentes de energía, las subvenciones podrían retirarse y la expansión de la energía solar continuaría sin apoyo estatal. Siguiendo esta lógica, los regímenes FIT europeos alcanzaron su punto álgido en 2009, antes de reducirse drásticamente (Sendstad et al., 2022: 5). En lugar de las FIT, el precio de la electricidad solar europea ha venido determinado cada vez más por las fuerzas del mercado, vendiéndose la electricidad a través de mercados mayoristas o de acuerdos de compra de energía (Christophers, 2022).

Sin embargo, con algunas excepciones, el mercado solar europeo no ha prosperado sin apoyo estatal. Por el contrario, las adiciones de capacidad solar europea han seguido los cambios en las subvenciones, con un ligero retraso –alcanzando su punto máximo en 2011 antes de caer bruscamente (Sendstad et al., 2022: 4). Las nuevas instalaciones solares en Europa empezaron a recuperarse a partir de 2017, aunque en 2020 aún no

habían alcanzado el máximo de 2011 (REGlobal, 2021). En el Reino Unido, por ejemplo, las subvenciones a la energía solar se redujeron drásticamente en 2015, lo que provocó un colapso de la inversión solar y la pérdida de un tercio de los puestos de trabajo en este sector (PWC, 2016). En cambio, 2020 fue un año récord para las nuevas instalaciones solares en China y Estados Unidos. Pero según REN21 –un destacado grupo de reflexión y gobernanza sobre energías renovables–, el auge de la construcción de instalaciones solares en China y EE.UU. se debió a que los promotores se apresuraron a aprovechar las subvenciones antes de que expiraran a finales de 2020 (REN21, 2021: 119-122). Como explica el Informe sobre la situación mundial de REN21: «En 2020, los fabricantes y promotores de gran parte de la industria solar fotovoltaica experimentaron bajos márgenes» (REN21, 2021: 129). Esto significaba que la «competitividad de costes» de la energía solar fotovoltaica era «insuficiente por sí sola» para perpetuar un auge de la inversión, de modo que «las políticas gubernamentales siguieron impulsando la mayor parte del mercado mundial en 2020» (REN21, 2021: 118). «Cuando se eliminó el estímulo gubernamental externo a la inversión, el caso de la inversión volvió a ser marginal», señala Brett Christophers (2021: 151). A medida que se acerquen los plazos para cumplir los objetivos climáticos, y la energía solar se muestre incapaz de prosperar en ausencia de una intervención pública extraordinaria, los Estados se verán obligados a decidir si sacrifican sus objetivos de descarbonización o sus posturas presupuestarias liberales.

Además, la UE y Estados Unidos se han visto presionados para adoptar políticas tecnoindustriales cada vez más intervencionistas hacia sus sectores fotovoltaicos

solares nacionales, principalmente en forma de financiación de la automatización. Este cambio de postura política tiene al menos dos objetivos. En primer lugar, busca revertir la aniquilación de la capacidad de fabricación de energía solar fotovoltaica europea y estadounidense por parte de la competencia china. En 2020, alrededor del 66% de la producción mundial de células solares se localizaba en China, mientras que EE.UU. y la UE contaban cada uno con aproximadamente el 1% de la producción mundial (REN21, 2021). En segundo lugar, esta estrategia busca reducir los costes de desarrollo de parques solares, con el fin de aumentar la rentabilidad de los proyectos solares y acelerar así la transición energética.

Dentro del programa de investigación e innovación Horizon 2020 de la UE, que se extendió de 2014 a 2020, se destinaron fondos a 39 proyectos de energía solar. El de mayor envergadura fue el desarrollo de una planta de fabricación automatizada de paneles solares en Catania (Italia): «El objetivo final del proyecto es [...] la creación de una línea piloto automatizada a escala real de 100 MW» para recuperar «la competitividad de la industria de fabricación fotovoltaica de la UE» (Comisión Europea, 2021). El sucesor de Horizon 2020, Horizon Europe, también ha destinado importantes fondos a la producción solar. También el Estado estadounidense ha proporcionado diversas formas de apoyo a la producción solar y al desarrollo de proyectos. Como parte de la Ley American Recovery and Reinvestment del presidente Obama, se autorizaron 12.000 millones de dólares en préstamos al sector solar entre 2009 y 2011 (Mulvaney, 2019: 52). Este apoyo federal se orientó en gran medida a la producción de paneles fotovoltaicos de película delgada y, en consecuencia, tuvo resultados decepcionantes una vez que

los baratos paneles chinos de silicio cristalino llegaron al mercado (Mulvaney, 2019). Aun así, el Departamento de Energía ha seguido ampliando la financiación de diversos proyectos solares a través de su Oficina de Tecnologías de la Energía Solar (SETO, por sus siglas en inglés). Uno de los ganadores de un premio de financiación de la SETO en 2021, RE2 Robotics, está desarrollando un brazo robótico móvil para ayudar a la construcción de parques solares «automatizando procesos que actualmente se realizan manualmente» (resquared.com, 2021). Además, la Ley America COMPETES de 2022 ha autorizado 3.000 millones de dólares para desarrollar una cadena de suministro de fabricación solar nacional –con el objetivo específico de recuperar la capacidad de producción de China (Pickerel, 2022).

Estas formas de apoyo estatal fuerte están diseñadas para ayudar a las empresas solares nacionales a triunfar en un mercado mundial saturado y poco rentable, fomentando el aumento de la productividad. Sin embargo, en su lucha por sortear las fuerzas de la crisis climática y el posible estancamiento de la energía solar fotovoltaica, estas iniciativas estatales exacerban otro polo de la perversa trinidad al socavar el potencial de la energía solar como fuente de creación de empleo. Por ejemplo, en EE.UU. en 2020, los puestos de trabajo en el sector de la energía solar disminuyeron en torno a un 7%, mientras que las instalaciones de capacidad solar aumentaron a niveles récord (SEIA, 2021). De hecho, la mayor planta solar de Estados Unidos –Copper Mountain Solar, en Nevada– creó solo cinco puestos de trabajo permanentes (power-technology.com, 2015). La expulsión de fuerza de trabajo a través de la automatización también es prominente en las actividades mineras

que producen los materiales utilizados para la energía solar fotovoltaica. Además de cuarzo, los paneles requieren metales extraídos de las minas, como cobre y zinc, así como subproductos de la fundición de estos metales, como cadmio y telurio (Mulvaney, 2019). Como describe Arboleda (2020: 20) en su relato sobre el complejo cuprífero chileno, los minerales son extraídos por «camiones y palas autónomos», antes de ser transportados por un «tren semiautomatizado» para ser refinados en «hornos informatizados» y finalmente enviados a todo el mundo a través de puertos mecanizados. De hecho, la automatización de la cadena de suministro de la energía solar fotovoltaica no sólo contribuye a la sobreproducción y a la disminución de la rentabilidad en su conjunto, sino que también agrava el problema de la población sobrante, haciendo cada vez más ilusorias las visiones de un cambio energético favorable a los trabajadores integradas en los conceptos del *Green New Deal* y la Transición Justa.

Finalmente, para combatir aún más los efectos erosionadores de los beneficios de la deflación de los precios de la energía solar, las partes de la cadena de suministro solar que requieren mucha mano de obra se han dispersado a partes del mundo donde los Estados no liberales supervisan regímenes laborales autoritarios. Lamentablemente, la región china de Xinjiang ahora produce el 45% del silicio solar del mundo (Murphy y Elimä, 2021: 8). En Xinjiang, el Estado chino obliga a los uigures y kazajos, bajo amenaza de internamiento, a trabajar en la industria solar por una miseria o sin recibir ningún pago (Murphy y Elimä, 2021). Del mismo modo, los fabricantes de paneles solares estadounidenses, europeos, surcoreanos y japoneses comenzaron a trasladar

su producción a Malasia en la década de 2010 (Bradsher, 2014). Con sus bajos salarios y sus derechos laborales restringidos, Malasia contaba con el 11% de la capacidad mundial de producción de silicio cristalino y paneles de película delgada en 2016 (Mulvaney, 2019: 28). También en Europa los fabricantes de paneles están trasladando su producción a la periferia en busca de mano de obra más barata y flexible. En los últimos años, algunos fabricantes suizos de paneles solares han trasladado su producción a Hungría, donde el Gobierno de Viktor Orbán, autodenominado «antiliberal», ha introducido una serie de leyes contra los trabajadores (Szóke, 2020).

Los Estados desencadenaron inicialmente el auge de la energía solar fotovoltaica mediante eficaces regímenes de subvenciones. Sin embargo, estas intervenciones políticas estaban destinadas a desencadenar una revolución del mercado que se autopropulsaría. De hecho, el propio motor del milagro solar fue también su perdición: la feroz competencia y el aumento de la productividad abarataron los paneles solares, pero también redujeron su rentabilidad. Para reavivar el dinamismo de la energía solar fotovoltaica –fundamental para cumplir los compromisos de descarbonización– los Estados se ven cada vez más presionados a violar las ortodoxias liberales de gobernanza, mediante el mantenimiento indefinido de las subvenciones o el apoyo a las tecnologías de automatización. Sin embargo, esta última estrategia expulsa aún más a los trabajadores de la industria, agravando el problema de la superfluidad de fuerza de trabajo. En los segmentos de la cadena de suministro de energía solar que son difíciles de automatizar, la producción se está trasladando gradualmente a Estados con regímenes laborales autoritarios, ya que las empresas tratan de mantener la rentabilidad

a pesar de la saturación de los mercados mundiales. A la hora de gobernar la energía solar fotovoltaica, los Estados siguen atrapados en el perverso trilema del capitalismo tardío –un reto para el que los marcos políticos liberales parecen ofrecer pocas soluciones.

5. CONCLUSIÓN

Este artículo contribuye a los debates en curso sobre las transiciones medioambientales dirigidas por el Estado al ofrecer una comprensión más rica de las tensiones y contradicciones que subyacen a la gobernanza del capitalismo tardío. Nuestro análisis arroja luz sobre las tendencias seculares impulsadas por el desarrollo direccional del capitalismo que están configurando los futuros ecológicos políticos del Estado capitalista: colapso medioambiental, superfluidad laboral y disminución del dinamismo económico. En particular, llamamos la atención sobre el modo en que las crisis entrecruzadas del capitalismo tardío generan nuevos dilemas irreconciliables que los Estados capitalistas deben gestionar. De hecho, incluso cuando el movimiento direccional del capitalismo produce un estancamiento económico al tiempo que se deshace de trabajadores superfluos e intensifica el daño medioambiental, la sociedad no puede permitirse una desaceleración para no sumir la economía en un desorden aún mayor. Los gestores del Estado están llamados a apagar fuegos en múltiples frentes, pero en la práctica abordar uno de los polos de crisis de la trinidad sin exacerbar otro se convierte en un objetivo difícil de alcanzar. Se necesitan intervenciones políticas cada vez más excepcionales, excluyentes y autoritarias tanto para mantener en marcha el motor económico del capitalismo

como para gestionar las emergencias socioambientales asociadas. En resumen, la «perversa trinidad» ha creado un orden social incierto, propenso a las crisis y precario que se ha vuelto casi ingobernable por medios liberales.

El caso de la industria de paneles solares ofrece una visión crucial de los retos irreconciliables que las transiciones verdes dirigidas por el Estado están destinadas a encontrar en la era de la perversa trinidad. A pesar de las cuantiosas subvenciones públicas al sector, el dinamismo de la industria solar dio paso rápidamente a una rentabilidad menguante y a un exceso de producción, al tiempo que luchaba por absorber importantes cuotas de empleo. Subyace a los callejones sin salida del sector una creciente asimetría entre el enorme volumen de medidas de desafío liberal movilizadas por los Estados y el endeble potencial del capitalismo para transformarse en una economía inclusiva y ecológica en esta coyuntura histórica concreta.

Nuestro análisis es aleccionador para las perspectivas de las iniciativas políticas que esperan aprovechar el crecimiento capitalista con fines de descarbonización –ya sean estrategias basadas en el mercado o keynesianas (Banco Mundial, 2012; Pollin, 2019). El debilitamiento del dinamismo económico plantea grandes problemas a las propuestas del Green New Deal, en la medida en que postulan el crecimiento dinámico como base material para aumentar la inversión en energías limpias y crear empleo. Además, la multiplicación de la población sobrante pone en duda la capacidad de estos planes para crear oportunidades de empleo y elevar el nivel de vida de las masas. El reto clave es, de hecho, absorber la creciente superfluidad de mano de obra producida por la direccionalidad del capital, no solo los

trabajadores que perderán su empleo cuando cierren las industrias de combustibles fósiles. Ciertos enfoques del Green New Deal y del decrecimiento también presuponen un mayor papel del Estado en inversiones de nuevas energías limpias, con el fin de reducir las exigencias de rentabilidad en los sectores energéticos y alargar los horizontes de inversión (Pollin 2019; Schor y Jorgenson 2019). Dejando de lado la cuestión de cómo los Estados movilizarían los recursos necesarios a largo plazo para socializar la inversión (sin socavar unos a otros), la alteración de los requisitos de rentabilidad no elimina la dinámica de sobreproducción alimentada por la compulsión capitalista de aumentar la productividad laboral destacada en este artículo.

Más prometedores son los elementos radicales que aparecen en algunas tendencias del Green New Deal y el pensamiento decrecentista, así como en las tradiciones ecosocialistas e indígenas, que abogan por formas de propiedad común y control democrático de los recursos energéticos (Mastini et al., 2021; Liegey y Nelson, 2020; Vettese y Pendergrass, 2022). Después de todo, desmantelar la propiedad privada y la competencia del mercado es la clave para desactivar los desastres entrelazados de la perversa trinidad. Tales iniciativas requerirían una tremenda lucha social, ya sea que busquen instrumentalizar al Estado para transformar las relaciones de propiedad o construir formas alternativas de vida comunal más allá del Estado. De hecho, una cuestión estratégica fundamental que se desprende de nuestro análisis es cómo deben relacionarse los movimientos radicales por el clima con los Estados cuyos rasgos liberales están desapareciendo a medida que se esfuerzan por reproducir las bases de la civilización capitalista frente a las

crisis entrecruzadas de la economía, el trabajo y la naturaleza. Las estrategias de los movimientos de justicia medioambiental para hacerse con el poder político deben negociar el desafío del carácter cada vez más autoritario y antidemocrático de los Estados. Pero también deben hacerlo las estrategias que ponen en primer plano modos de vida localizados y sostenibles –podrían enfrenarse al dilema de expandirse hasta el punto de invocar la represión estatal antiliberal o seguir siendo pequeñas islas sostenibles en un mar de relaciones capitalistas.

El propósito de nuestro análisis es revelar las condiciones estructurantes en las que deben tener lugar las luchas sociales. Aunque la transformación direccional del capitalismo y la consiguiente deformación del Estado liberal plantean grandes retos a los movimientos sociales emancipadores, también crean aperturas. Es importante destacar que el anacronismo de la gobernanza liberal señala la posibilidad y la necesidad de construir instituciones políticas alternativas que permitan a la sociedad regular conscientemente la vida social en lugar de permanecer sujeta a los imperativos de la producción de valor. Al desplegar medidas discrecionales, desafiantes del liberalismo y distorsionadoras del mercado, los Estados abren inadvertidamente el espacio para la politización de las relaciones económicas en direcciones más emancipadoras. En otras palabras, la crisis secular de la gobernanza liberal permite vislumbrar una sociedad cuyas manos no están atadas por los callejones sin salida del mercado capitalista. Las crisis existenciales a las que nos enfrentamos nos obligan a impulsar la trascendencia de la forma liberal del Estado y la transformación de este último «de un órgano superpuesto a la sociedad en uno completamente subordinado a ella» (Marx, 2019: 1038).

6. Extractivismo, logística, migraciones y exilio.

A propósito de la escritura de *¿Cómo va a ser la montaña un dios?*¹

Eduardo Romero

Mientras la explotación de las minas asturianas da sus últimos coletazos, buques con ciento setenta mil toneladas de carbón en sus tripas llegan periódicamente al puerto del Musel, en Gijón, procedentes del nororiente colombiano. Desde la ventana del piso donde residen temporalmente, refugiados y refugiadas observan las montañas de mineral procedente de su país de origen. El combo de exiliados se encuentra en Gijón gracias a un programa de acogida temporal, un proyecto pionero que se inició hace veintidós años y que recibe durante seis meses a líderes sociales amenazados en Colombia por sus luchas sindicales, estudiantiles, indígenas²... Algunos de ellos han tenido que salir corriendo de su país precisamente por la persecución a la que han sido sometidos por oponerse a la explotación de las enormes minas de carbón a cielo abierto de los departamentos de La Guajira y el Cesar.

¹ Libro escrito por el autor y publicado en 2022 por Pepitas de Calabaza [Nota de los Editores].

² Para más información acerca del Programa asturiano de atención a víctimas de la violencia en Colombia, véase su web.

Este es el punto de partida de la investigación que ha dado lugar al libro *¿Cómo va a ser la montaña un dios?* Puesto que mi intención era construir un artefacto literario, y no un sesudo informe de derechos humanos o una obra teórica acerca del extractivismo, la tarea consistía en imaginar y construir los hilos narrativos que ensamblaran esta historia. Santiago Alba Rico señalaba en una presentación del libro que hacer literatura es «dar rodeos». Efectivamente, para abordar esta paradoja lo apropiado es —pienso— dar muchos rodeos.

Es por ello por lo que la historia no comienza con el ocaso del mundo del carbón asturiano, sino con su auge. Y lo hace a través de las voces de un montón de personajes. Son las gentes de las barriadas mineras (en Tuilla, en Figaredo) rememorando los tiempos en los que su barriada era «como un enjambre». De lo que se trataba era de evocar la historia colectiva de estas comunidades mineras a través de ese entrelazamiento de testimonios. Como contrapunto, comparecen en el libro las genealogías de dos familias industriales asturianas: los Figaredo, adelantados de la minería, y los Alvargonzález, pioneros de la industria naviera.

Hay un momento en el que la narración se centra en un personaje que, de algún modo, resume a través de su trayectoria vital una buena porción de la historia de Asturias de los últimos noventa años. Martín nace en los años treinta en San Miguel del Río, un pueblo del Puerto Payares. En su testimonio se suceden recuerdos infantiles de la guerra, de su pronto ingreso en la mina como guaje, de su desempeño como picador en varias empresas privadas, de su tránsito a la gran empresa pública Hunosa cuando esta se crea para absorber a gran parte de las privadas durante los años sesenta, de sus dolencias asociadas a

la enfermedad típica de los mineros, la silicosis. Finalmente, a sus ochenta y siete años, nos encontramos a Martín en una cama de hospital con la cadera rota. Los médicos temen que sus pulmones no soporten la operación a la que deben someterlo.

Hay una mujer que cuida a Martín. Aparece en un secundísimo plano en los primeros capítulos del libro. Pero su presencia en esa especie de penumbra abre la historia a un universo de relaciones históricas, económicas y políticas que van a ser narradas en la segunda parte, momento en que el escenario se traslada a Colombia.

Durante este rodeo, toma protagonismo la historia de los grandes ingenios azucareros del Valle del Cauca a través de una de las familias que ha erigido su emporio mediante la plantación de un mar de cañaduzales: los Eder.

El valle en el que se ha instalado don Santiago es una bica para su sed de enriquecimiento. Su fertilidad es inigualable: en tiempos prehistóricos había sido un enorme lago sobre el que caían cenizas volcánicas procedentes de las montañas que lo circundaban. Esa historia natural acumulada se sintetiza en varios metros de capa superior del suelo de una fecundidad asombrosa. Eder prueba con la siembra de diversos cultivos: el café, el tabaco, la quina, el añil. Pero el que realmente va a provocar el despegue definitivo del negocio familiar será el de la caña de azúcar. Para ello, tendrá que abordar el problema de ese incipiente campesinado negro que, asentado en las fértiles riberas de los ríos y en las selvas, no está dispuesto a ser reclutado para las haciendas ganaderas y azucareras. Estos campesinos afros se resisten a la nueva esclavitud, la del trabajo asalariado. Hay que desposeerlos para luego explotarlos. Eder acumula y acumula tierras.

Muchos exesclavos acaban siendo sus peones, hombres, mujeres y niños que trabajan y viven en la propia hacienda, bajo un régimen paternalista heredero del imaginario colonial esclavista³.

Una parte de estas poblaciones afrocolombianas acaba trasladándose a la costa Pacífico. Allí se asienta en pueblos como Timbiquí o Guapi. Su historia y la de los hacendados del azúcar vuelve a confluir en un lugar: Buenaventura. Este muelle montado con cuatro tablas acabará convirtiéndose en una enorme infraestructura portuaria, el lugar de salida de millones de toneladas de azúcar y de otros productos derivados con destino a la exportación internacional. También será el lugar al que acudan miles y miles de habitantes de los pueblos afros de la costa en busca de empleo como muelleros. A su vez, y a medida que se produce la expansión de la ciudad, la privatización neoliberal del puerto y el acrecentamiento de la violencia hasta límites insufribles en ciertas comunas de Buenaventura, comienzan a darse diversos fenómenos de migración internacional. A la marcha como polizones de jóvenes de las comunas de la ciudad hacia Estados Unidos se la denomina norteñismo. Otro destino migratorio es Antofagasta, en Chile; allá se va mucha gente a trabajar en las minas y en los empleos que se generan en sus alrededores (como la prostitución). Las *italianas*, por último, son las mujeres porteñas que migran a Europa, casi todas encuadradas en el trabajo de cuidados o el trabajo sexual. Muchas parten con la idea de, más adelante, reagrupar a su familia en el lugar de destino.

¹ Romero, Eduardo. *¿Cómo va a ser la montaña un dios?* Logroño: Pepitas de Calabaza, 2022. A partir de ahora, las citas que no tengan referencia serán fragmentos de este libro.

Una de ellas —aunque en su caso la migración se produce desde Cali, capital del departamento— es la conexión con Martín: Yeni, que tiene familia en Timbiquí y Buenaventura, es la cuidadora del viejo minero silicótico, el engranaje que vincula a las comunidades afrocolombianas herederas de la esclavitud con los ancianos mineros asturianos que abarrotan los geriátricos.

A medida que avanzaba en la investigación, llegué a la conclusión de que Buenaventura era importante para esta historia también por otros motivos. Me interesó cada vez más pensar el papel de las infraestructuras portuarias en relación con las dinámicas extractivas. Buenaventura es un nodo fundamental y estratégico para los ingenios azucareros. También para la salida de otras muchas mercancías, incluidas el carbón y la cocaína. Más adelante, habría que dar cuenta de la historia de los puertos del Caribe desde los que salía el carbón hacia Asturias, así como de la del puerto receptor del mismo en Gijón. Caí en la cuenta de que describir los escenarios de Buenaventura y de Gijón podría permitir ahondar en el juego de espejos en que el libro se iba convirtiendo. Ambos lugares son nodos logísticos fundamentales para la circulación acelerada de las mercancías. En ambos lugares se han dado grandes inversiones infraestructurales. Algunas de las estirpes navieras han invertido en uno y en el otro lado, como es el caso de los asturianos Alvargonzález. Los escándalos por grandes negocios ilícitos vinculados a la construcción de megálomanas obras portuarias son también una característica propia de ambos enclaves, y de un sinnúmero de puertos en todo el mundo. En Asturias y en Buenaventura los

estibadores se sacan los mismos mocos negros durante días y días cada vez que desestiban el carbón. Los accidentes laborales en un contexto de gigantismo maquínico y de peligrosísimos trasvases de toneladas y toneladas de mercancías están a la orden del día. Los barrios y las comunas aledañas respiran los mismos hedores emanados de uno y de otro puerto, y los vecindarios respectivos se movilizan en ambos lugares contra la contaminación. Los estivadores han sufrido todas las dinámicas de reestructuración portuaria que han debilitado su posición sindical y, aún con ello, se dan procesos de lucha por derechos laborales a los dos lados del océano. Eso sí, los niveles de violencia disciplinadora son incomparables en uno y otro lado: en Gijón, una plataforma vecinal denuncia los niveles de polución del aire y otras toxicidades, y cuatro estivadores han llegado a ponerse en huelga de hambre durante un conflicto laboral en la empresa EBHI. También se suceden, de vez en cuando, las acciones de sabotaje en las instalaciones portuarias. En Buenaventura, los niveles de explotación de los muelleros se han desbocado tras la privatización del puerto original y la construcción de un sinfín de nuevas terminales privadas. En la ciudad ha acontecido una verdadera masacre dirigida contra cualquiera que obstaculizara la expansión portuaria: miles de personas han sido asesinadas, los desplazados se cuentan por decenas de miles, las casas han sido barridas por las excavadoras para que el puerto siguiera creciendo... Durante ese proceso, los paramilitares han hecho ostentación de la violencia más despiadada para extender el terror.

No conocí la obra de Martín Arboleda hasta después de la publicación de mi libro. Martín Lallana me la recomendó al final de una presentación en la Universidad de Zaragoza. Al leer su artículo «Circuitos de extracción: sobre los recursos naturales y la circulación del capital⁴», he comprobado que su forma de abordaje del extractivismo casa bastante bien con mis propias intuiciones a la hora de componer la narración. Dice por ejemplo Arboleda: «las operaciones mineras han transitado de un énfasis corporativo en los rajos y socavones hacia uno que también engloba la velocidad de circulación, la homeostasis de los sistemas logísticos, y el flujo ininterrumpido de los minerales». Además, y en relación con un escenario como el del puerto de Buenaventura, el artículo de Arboleda permite contextualizar su crecimiento en los últimos tiempos dentro del marco del «superciclo de materias primas en América Latina» y del «auge del océano Pacífico como el nuevo epicentro del comercio global de recursos naturales».

En nuestro contexto más cercano, otros autores, como Corsino Vela, llevan tiempo analizando este «giro logístico» del capital. En su libro *Capitalismo terminal*⁵, señala: «La acumulación de capital transcurre [...] sobre una trama de redes de transporte que combina diferentes modos

⁴ Arboleda, Martín. «Circuitos de extracción: sobre los recursos naturales y la circulación del capital». En VV. AA. *Capital y dominación social: Hacia una crítica de la economía política del espacio*, pp. 239-266. De este mismo autor, se ha publicado en castellano en la editorial Caja Negra el libro *Gobernar la utopía. Sobre la planificación y el poder popular*, en el que se abordan también cuestiones relacionadas con lo tratado en el artículo citado. También, sin traducción al castellano por el momento, *Planetary Mine*, publicado por Verso.

⁵ Vela, Corsino. *Capitalismo terminal. Anotaciones a la sociedad implosiva*. Madrid: Traficantes de Sueños, 2018..

(marítimo, aéreo, ferroviario, por carretera, fluvial), de manera que la intermodalidad —que expresa la garantía de conexión y fluidez en la circulación de las mercancías— pasa a ser un factor clave en la competitividad del transporte». En el interesantísimo cuaderno de *Echanges et mouvement* titulado *Mercancías, transporte, capital y lucha de clases*⁶ se vincula el pistoletazo de salida del enorme crecimiento del transporte internacional con la crisis capitalista de los años sesenta y setenta del siglo XX y, concretamente, con la respuesta a la crisis en forma de deslocalización industrial a grandísima escala. Este proceso solo pudo darse a condición de llevar enormes cantidades de materias primas a los nuevos centros de producción y, a su vez, y esto era lo más novedoso, trasladar las mercancías acabadas desde lugares muy lejanos a los principales centros de consumo del llamado Primer Mundo. La irrupción del contenedor, y con él de la intermodalidad, fue clave para implementar este triple salto mortal del transporte internacional.

Así, la importancia estratégica de los puertos para la circulación acelerada de las mercancías, el entrelazamiento entre economías legales e ilegales, las enormes inversiones de excedentes de capital en gigantescas infraestructuras de transporte, las afectaciones ecológicas que los trenes mineros, los barcos y las infraestructuras de transporte provocan, etc. son aspectos que cobran importancia en *¿Cómo va a ser la montaña un dios?* más allá de los lugares genuinos de producción: las minas a cielo abierto, el ingenio azucarero, etc.

⁶ Este cuaderno de *Echanges et mouvement* se encuentra de libre descarga en su versión en castellano aquí: <https://elsalariado.files.wordpress.com/2018/04/mercancias-y-transporte.pdf>

Volveremos sobre la cuestión logística un poco más adelante.

El goteo de refugiados y refugiadas que han llegado a Gijón a través del programa de acogida –algo más de ciento treinta personas en veintidós años– no se circunscribe exclusivamente a desplazamientos forzados provocados por la actividad minera o la logística. Las peripecias vitales de quienes han acabado en Asturias permiten entrelazar los diversos procesos de violencia política de los que se ha dotado el capitalismo a cara de perro que se da en el país. Así, los testimonios de quienes observan desde Gijón las montañas de carbón nos permiten recorrer otros escenarios de esa violencia, así como la historia de las resistencias populares contra diversas formas de desposesión. En el libro hay diversos personajes que protagonizan estos pasajes: el padre que persiste en su lucha por obtener justicia tras el asesinato de su hijo adolescente por parte de los escuadrones antidisturbios durante una manifestación del Primero de Mayo; el joven que, en un arrabal de Bogotá, ha estado a punto de ser reclutado para un supuesto trabajo en una zona rural, y que más tarde descubre que aquello era un engaño para que los militares los disfrazaran de guerrilleros a él y a sus compadres del suburbio para ejecutarlos y presentarlos como bajas infligidas a la guerrilla; el viejo campesino de la orilla del gran río Magdalena, líder de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos, ahora alojado –como Martín en Asturias– en un *ancianato*, y capaz de organizar, a sus ochenta y pico años, huertos agroecológicos urbanos; Luciano Romero,

perseguido por su labor sindical en la planta de Cicolac (Nestlé) y por su participación en las redes de apoyo a los presos, y que, a su vuelta a Colombia desde Asturias, fue asesinado por los paramilitares en Valledupar. Todas estas historias nos alejan por momentos de los escenarios específicos de la minería, pero pretenden componer una mirada más amplia sobre la historia colombiana reciente y, de ese modo, poner en contexto la expansión de la explotación minera a partir del gobierno de Álvaro Uribe (2002-2010).

De vuelta al «estudio de caso» de las minas de Cerrejón y Drummond en La Guajira y el Cesar, hay una cuestión que me gustaría destacar. Cuando, en los inicios del libro, se describe la barriada de Tuilla, a orillas de la vía del ferrocarril por la que discurre el tren minero, la comunidad que se crea en la barriada, conformada por las familias campesinas autóctonas que se enrolan en la actividad extractiva, así como por los migrantes del sur peninsular que arriban a Asturias, elabora todo un universo cultural propio, una trayectoria enormemente rica de identidad colectiva fraguada en las luchas obreras que protagoniza. No pretendemos idealizarla: en el capítulo en el que se la describe, aparecen somatenes (paramilitares franquistas) infiltrados en la comunidad, se habla del suicidio muchas veces ocultado, de la epidemia de enfermedades laborales, del patriarcado operando en la barriada. Pero es cierto que esta conformación de la comunidad en torno al tren puede relacionarse con esos otros pueblos que crecen en el Caribe colombiano a lo largo de la vía férrea del tren bananero, que no minero,

en la época llevada a la literatura por Gabriel García Márquez y Álvaro Cepeda, por citar a dos grandes. Aracataca, el lugar de nacimiento de Gabo, medra de la mano del tren:

En Santa Marta, las cosas habían comenzado como en cualquiera de los otros enclaves. Se trataba de una región de antiguas haciendas esclavistas venidas a menos tras la manumisión. La compañía de Keith se había hecho con miles de hectáreas y con la concesión del ferrocarril a su empresa Santa Marta Railway Company. Al avance de las vías del tren, lo seguía el crecimiento de las localidades por las que discurría la línea, o la aparición de nuevas poblaciones. No faltaban en ellas la iglesia, el prostíbulo, el casino y la cantina. El tren traía además las películas que convirtieron el cine en todo un hechizo para los habitantes de estos lugares que medraban junto a la vía.

Aracataca es uno de los pueblos que emergió con el ferrocarril. Había sido fundado poco antes por un puñado de refugiados liberales que huían de las guerras civiles, pero, con la llegada del tren, irrumpió también un aluvión de gentes de todo pelaje que la transformaron de cabo a rabo.

Sin embargo, no es posible realizar ese paralelismo entre las comunidades mineras asturianas y la actual minería colombiana de Cerrejón o Drummond. Para dar cuenta de su gigantismo, baste decir que la mina Cerrejón ocupa más terreno que la ciudad de Madrid. Ambas minas se lograron implantar a costa del desplazamiento de las comunidades arraigadas en el territorio que estas compañías multinacionales pasaron a monopolizar. Las estrategias para la expulsión de los habitantes han sido variadas: la connivencia de las estructuras paramilitares

y del Ejército colombiano con las compañías mineras está profusamente acreditada; hay comunidades afros que se situaban en el lugar ocupado por Cerrejón que han sido desalojadas por los escuadrones de antidisturbios; cuando no se han utilizado métodos tan explícitos, ha sido la degradación ambiental y las amenazas veladas las que han ido provocando el desplazamiento. Ríos desviados, acuíferos agotados, contaminación, expropiación, cierre de caminos, el estruendo del tren minero, etc. Las minas van convirtiendo la zona en un páramo. Y es aquí donde queremos traer de nuevo a colación el artículo de Arboleda. En él se señala que «durante la fase desarrollista del capitalismo del siglo xx, los asentamientos mineros se estructuraban en torno a *company towns*, que garantizaban cierta equidad y estabilidad para los trabajadores asalariados de las empresas mineras y petroleras». Sin embargo, la creciente desmesura de los proyectos mineros, a una escala en la que solo es posible que generen enormes socavones distópicos, se revela incompatible con aquel modelo «desarrollista». Los efectos de estas minas son el desmantelamiento de comunidades preexistentes sin que *nada* emerja en su lugar. El resultado es el desplazamiento forzado y el éxodo interno e internacional.

Se viene un Wanülü, tienen que marcharse, es mejor que los niños no lo vean, que no lo toquen, que estén lejos». Antropólogos y sociólogos enviados por la empresa y el gobierno —cuenta un poeta wayúu— se presentaron en las comunidades, muchas de ellas monolingües, y difundieron un relato que justificara el desplazamiento de la población. Era, además, un relato culpabilizador: el Wanülü irrumpía como castigo.

Ahora, el Wanülü ya está aquí. A las cuatro de la mañana, el suelo comienza a temblar y se viene un estruendo que despierta a toda la comunidad. El Wanülü tarda varios minutos en irse, su ruido va, poco a poco, alejándose. Regresa otras ocho veces al día.

Wanülü: desequilibrio, maldad, otredad, epidemia, destrucción, peligro.

Las vías del ferrocarril pasan a pocos metros de la comunidad. Conectan una de las mayores minas a cielo abierto del mundo, Cerrejón, con el puerto de salida del carbón, Puerto Bolívar. Bahía Portete, el lugar donde se enclava el puerto, se encuentra situado entre el Cabo de la Vela y Punta Gallinas. «Puerto Bolívar fue un regalo para El Cerrejón». Sus condiciones son perfectas: una bahía profundísima para que entren hasta la cocina los grandes buques graneleros y una línea recta que, en solo ciento cincuenta kilómetros, une la boca de mina con el puerto de salida.

Una línea recta.

Solo ciento cincuenta kilómetros.

Esa línea atraviesa el resguardo indígena wayúu de la Alta y Media Guajira.

Esa línea atraviesa comunidades, cultivos, cementerios.

Ahora hay cincuenta metros a cada lado de la vía que son de la empresa.

El «Wanülü» nos trae de nuevo al asunto logístico ya tratado a propósito del puerto de Buenaventura. Al abordar el impacto de las minas del nororiente colombiano desde la perspectiva de su relación con Asturias, toma aquí suma relevancia no solo la cuestión de la extracción del carbón a través de gigantescos tajos mineros, sino también el impacto ecológico y social de las dos

líneas férreas que llevan el mineral a Puerto Bolívar, en el caso de Cerrejón, y Puerto Drummond; así como el delirante viaje (desde el punto de vista de los impactos ecológicos) que supone trasladar el mineral hasta el puerto de Gijón para posteriormente quemarlo en una térmica asturiana. Abundando en esta cuestión, Arboleda señala:

Los procesos de transformación infraestructural e institucional que giran en torno a la construcción de puertos, flotas marítimas, sistemas ferroviarios, canales, autopistas y puentes para el rápido movimiento de las materias primas (...) rara vez son problematizados en la literatura sobre la materia. De hecho, Bridge ha planteado que el debate sobre las periferias de recursos ha descansado mayoritariamente en marcos de análisis a escala nacional, lo cual ha relegado a un segundo plano la pregunta más compleja acerca de la organización transnacional de los sistemas productivos. Recientes estudios sobre megaproyectos de infraestructura y corredores logísticos en las industrias extractivas han empezado a abordar algunos aspectos relevantes sobre el peregrinaje global de las materias primas y sus distintos entramados socio-técnicos y políticos⁷.

Nuestro viaje interoceánico asturcolombiano trata de incorporar esta perspectiva y acaba siendo una pequeña muestra de las nuevas geografías del carbón y de la economía fósil, una vez que Europa ha puesto en marcha la llamada transición energética o transición verde, proceso que se ha llevado por delante las minas asturianas. En el puerto de Gijón no solo podemos comprobar la llegada de carbón ruso, sudafricano o colombiano, sino que

⁶ Arboleda, Martín, *op. cit.*

también vemos cómo se ponen en marcha empresas de compra-venta del mineral que lo almacenan en Gijón para manipularlo y reexportarlo a lugares como Marruecos, Turquía o Vietnam:

(...) si el capital se encuentra con dificultades, abandona un territorio en busca de nuevas localizaciones dispuestas a pisar el acelerador de la economía fósil. Tras el aluvión de capital que llegó a China, la resistencia del campesinado a continuar el éxodo hacia las ciudades y el aumento de la conflictividad laboral en los gigantescos polos urbanos del país han redirigido parte de ese capital hacia otros países. Vietnam, Indonesia, Malasia, Camboya, Bangladesh han recibido la lluvia de inversión extranjera directa desviada del gigante asiático. En India, hace unos pocos años llegó a abrirse una central térmica de carbón cada dos días. Turquía es el quinto país en número de centrales térmicas en construcción o en proyecto. En definitiva, los destinos de las exportaciones colombianas —al igual que los de las partidas de carbón de NMR desde el Musel— se acoplan mágicamente con las nuevas geografías de la economía fósil.

Arboleda señala también la importancia del ámbito del transporte y la logística desde el punto de vista de las luchas laborales o de oposición al extractivismo. En el cuaderno ya citado de *Échanges et Mouvement* se analizaban dichas resistencias durante la primera gran etapa de transformaciones del transporte mundial vinculadas al proceso de deslocalización productiva: «Entre 1966 y 1986, las luchas en los puertos de los países industrializados fueron incontables. Pero eran combates de retaguardia que, si bien lograron amortiguar los efectos de

la introducción de nuevas técnicas, de manera que no fueran demasiado desastrosas para los estibadores, no pudieron impedir finalmente que estas inundaran completamente el tráfico marítimo».

Sin embargo, la vulnerabilidad de estos sistemas logísticos debido a la conflictividad social y laboral no ha podido darse por finiquitada. Corsino Vela señala en su *Capitalismo terminal*: «Los efectos desestabilizadores que las huelgas de las concentraciones industriales fordistas tenían sobre el desarrollo de la vida ciudadana y la acumulación de capital se han trasladado ahora a los conflictos en el transporte y la movilidad». Y añade: «Las vulnerabilidades de la organización del fordismo disperso, de la distribución comercial y de la movilidad, otorgan fuerza a grupos reducidos de trabajadores con funciones críticas en el ciclo de la mercancía. Estos trabajadores son capaces de colapsar la cadena de suministro o la fluidez de la movilidad (maquinistas del metro o del ferrocarril). La criminalización en nombre de la ciudadanía consumidora hay que entenderla, pues, como el recurso ideológico del capital ante la evidencia de su propia fragilidad y vulnerabilidad».

Relacionando este abordaje con la cuestión extractivista, Arboleda afirma que «el sabotaje técnico en puertos, vías férreas e infraestructura de transporte ha pasado a ser una de las tácticas más empleadas por los movimientos sociopolíticos involucrados en las disputas territoriales por la gobernanza de los recursos naturales» (...) «las operaciones extractivas a menudo se ven interrumpidas como resultado de bloqueos que tienen lugar en otros eslabones de la cadena».

En mi narración, efectivamente, las líneas férreas de las compañías mineras se convierten en lugar de disputa

fundamental. Los indígenas wayüu bloquean la vía del tren minero de Cerrejón como forma de protesta ante los impactos sobre los ecosistemas; las guerrillas atacan contra la vía del tren para boicotear la exportación del carbón; y las multinacionales son conscientes de la relevancia estratégica del tren:

Los intereses de los hacendados locales y las multinacionales mineras confluyen. Una vez más, el objetivo declarado serán las guerrillas, pero los fines reales serán mucho más amplios. Existen numerosos testimonios de paramilitares desmovilizados acerca de la coordinación entre el Ejército colombiano —que cuenta con bases contiguas a las minas, financiadas por la propia Drummond—, los paramilitares y los servicios de seguridad de las mineras, especialmente Drummond y Glencore. James Lee Adkins, gerente de seguridad de Drummond en aquella época, exagente de la CIA en Nicaragua, aparece en muchos de estos testimonios, que narran que el objetivo de la empresa era pacificar la vía de tren, terminar con los sabotajes y expulsar a las guerrillas del entorno de las minas.

Puerto Bolívar, lugar donde desemboca la vía de tren y el carbón de Cerrejón, es un búnker militarizado. Al otro lado del océano, en el puerto de Gijón, cada vez se toman más medidas de seguridad ante los episodios de sabotaje relacionados con la infraestructura logística:

Hay quien piensa que en el puerto de Gijón el incremento de la vigilancia tiene que ver también con los sabotajes internos. Algunas de esas acciones se producen de noche: barricadas para detener un tren camino del puerto, incendios y cortes de las cintas transportadoras.

En definitiva, mi intención con este libro era la de contar a la vez dos cosas que normalmente aparecen por separado, casi siempre confrontadas una con la otra: la memoria de las comunidades mineras y las consecuencias terribles del capitalismo fosilista sobre el planeta. Un discurso obrerista y otro ecologista que con frecuencia no logran entrelazarse y potenciarse entre sí. Decía hace poco un minero leonés, Juan Carlos Lorenzana, autor de un libro de relatos ambientados en la mina⁸, que ellos —los mineros— se han sentido tratados en ocasiones como terroristas ambientales. Frente a esta tentación «ecologista», tan injusta, creo que hay una vía posible de reconocer y reivindicar las luchas de los mineros y de las comunidades de las que formaban parte, sus grandes hitos y contribuciones al movimiento obrero, sin que ello signifique hacer apología del industrialismo, el desarrollismo y el extractivismo. Se puede —y se debe— desentrañar las dinámicas destructivas del capitalismo fosilista mientras se rescata la memoria de quienes, jugándose la vida, bajaban al pozo a sacar el carbón al tiempo que arrancaban a los patrones y al Estado derechos laborales y sociales. Si además se logra despatriarcalizar esa memoria, la tarea estará completada. Y para no hacerlo desde la nostalgia, sirvan las palabras de Jaime Vindel en su excelente libro *Estética fósil*⁹: «Toda forma de obrerismo industrial que pase por alto cómo se han reconfigurado las relaciones de explotación en

⁸ Lorenzana, Juan Carlos. *Relatos mineros*. León: Eolas, 2019.

⁹ Vindel, Jaime. *Estética fósil. Imaginarios de la energía y crisis eco-social*. Barcelona: Arcadia, 2020, pp. 319-320.

las últimas décadas y en las diversas geografías es una expresión identitaria como otra cualquiera».

Por lo demás, la estructura del libro busca que la historia de los mineros asturianos y de sus patrones sea el punto de partida de un hilo narrativo que haga aflorar las relaciones —en el momento colonial y en el neocolonial— entre cuestiones aparentemente tan escindidas como el extractivismo minero, la agroindustria y sus orígenes en la plantación esclavista, las redes transnacionales de cuidados, la agricultura campesina, la migración, el exilio, etc.

Por último, el libro trata de dar cuenta del carácter desmesurado del capitalismo, de su dinámica insaciable —la acumulación por la acumulación—, de la necesaria codicia de los empresarios que empujan esta lógica en cada negocio concreto. Los Figaredo y los Alvargonzález asturianos, los Eder colombianos, los Drummond norteamericanos o los directivos del gigante de las materias primas, Glencore, comparten esta filosofía: la de que, en pos del beneficio, se debe alimentar una dinámica imparable. Frente a esta religión que instrumentaliza la naturaleza hasta convertirla en un objeto exterior susceptible de ser consumido y expoliado, y que elimina cualquier obstáculo social que lo dificulta, quizás las creencias de las comunidades indígenas y afrocolombianas, esas que sacralizan la montaña o el río, son, en el fondo, y en este contexto de devastación planetaria, la propuesta más materialista posible, de una anticipación y lucidez increíble: la sacralización como límite, la montaña-dios o el río-dios como garantía de que la naturaleza, y con ella el futuro de la comunidad, no será destruida.

7. Los nuevos amos del campo andaluz: financiarización y disputa por la tierra y la energía

Óscar García

Yo no quiero na de nadie
yo sólo quiero lo mío:
aquello que me robaron
antes de haber nació.
Letra flamenca, J.L. ORTIZ NUEVO

1. LA TIERRA COMO «ACTIVO FINANCIERO»

1.1 Círculo virtuoso para el Capital, vicioso para la Vida

La economía capitalista tiene por objetivo la acumulación privada de Capital, poniendo a la Vida a su servicio. La crisis ecológica y sistémica actual replantea los campos de obtención de beneficio o absorción de rentas. Por un lado, se expande el ámbito especulativo financiero. Por otro lado, continúa la necesaria extracción de materiales y fuentes de energía (con el desarrollo complementario del complejo industrial-militar). En tercer lugar, avanza el ataque a la esfera de lo público. Y en cuarto lugar, se encuentra todo lo relacionado con el capitalismo de plataforma (datos, inteligencia artificial, robotización, automatización, comercio digital, etc.). En este artículo nos vamos a centrar en la relación entre el ámbito especulativo financiero y la extracción de materiales y energía.

La economía capitalista necesita de la escasez para obtener beneficios. De la abundancia no se obtienen beneficios empresariales. Los problemas medioambientales generan escasez y, con ella, nichos de negocio. Al mismo tiempo que genera destrucción medioambiental, la economía capitalista crea oportunidades para ganar dinero. En palabras de Francesc Reguant¹, «el mundo se está preparando para la gran batalla de los recursos naturales, y la tierra es uno de los recursos cada vez más escasos y buscados». Los especuladores son muy conscientes de ello y han empezado a invertir en este bien o «activo», incrementando su «cotización²». Es decir, la pérdida de suelo fértil provoca que el terreno agrícola productivo aumente su precio en los mercados capitalistas. La inversión en tierra se convierte de este modo en un activo «rentable» para los fondos financieros especulativos. Esta llegada al campo de la lógica especulativa financiera provoca, a su vez, una «superintensificación productiva» y, con ello, un mayor deterioro ecológico. El «círculo vicioso» está servido.

Las proyecciones de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) indican que dentro de 30 años cerca de 10.000 millones de personas habitarán nuestro planeta, unos 2.000 millones más que ahora. Se estima que para que haya comida para todas las personas en 2050, la agricultura necesitará producir el doble de alimentos con respecto a 2012, año de referencia escogido para esta estimación.

¹ Presidente de la Comisión de Economía Agroalimentaria del Col·legi d'Economistes de Catalunya. Fuente: La Vanguardia.

² En el mismo sentido, también compran tierra países como China o Arabia Saudí, sobre todo en África, o bien llegan a acuerdos de suministro de alimentos para poder hacer frente a posibles crisis de suministro futuras. Fuente: La Vanguardia.

Esta situación provoca, según Qu Dongyu, director general de la FAO: «Las presiones actuales sobre los ecosistemas de tierras y aguas son intensas y muchos de ellos están sometidos a tensiones que los están llevando a un punto crítico». Esta situación hace que «nuestra seguridad alimentaria futura dependerá de la protección de nuestros recursos de tierras, suelos y aguas»³.

Según el mismo estudio de la FAO, el aumento de la intensificación de las tierras de cultivo existentes se ve limitado por la erosión del suelo, el agotamiento del carbono, los nutrientes y la biodiversidad del suelo. El tratamiento de los fertilizantes inorgánicos no solo ha empeorado la salud del terreno sino que ha contribuido a la contaminación de las aguas dulces. Mucha agua que se usa en el riego no se consume en los cultivos y no se evapora, sino que se drena y llega a las fuentes subterráneas o a algún tipo de embalse o lago. La utilización de pesticidas y fertilizantes hace que esa agua esté contaminada⁴.

Podríamos sintetizar la situación como el «círculo vicioso de escasez, rentabilidad financiera y deterioro ecológico». La destrucción medioambiental, la degradación de los suelos y la contaminación de las aguas generan escasez y, de este modo, la oportunidad de negocio

³ Fuente: «El estado de los recursos de tierras y aguas del mundo para la alimentación y la agricultura. Sistemas al límite» (SOLAW 2021).

⁴ Según el informe de la FAO, anualmente se vierten al medio ambiente 2.250 km³ de vertidos líquidos de los cuales, 1.260 km³ (un 56% del total) se filtran en las tierras agrícolas. Según SOLAW 2021, el sector agroalimentario consume el 72% de los recursos hídricos mundiales superficiales y subterráneos. Todo ello, teniendo en cuenta que la agricultura de secano produce el 60% de los alimentos del mundo y ocupa el 80% de las tierras cultivadas, mientras que el regadío produce el 40% en el 20% de las tierras. suministro futuras. Fuente: La Vanguardia.

o generación de beneficios para el capital. Esta situación impulsa las inversiones especulativas en el campo de los fondos financieros especulativos que, a su vez, dan lugar a la intensificación de las prácticas agrícolas más destructivas lo que aumenta el deterioro medioambiental y la escasez. Mientras peor para la Vida, mejor para el Capital⁵.

1.2 El agronegocio financiero

En los últimos 15 años, los fondos de inversión especulativos («inversores institucionales» en la jerga o neolengua⁶ financiera) se han lanzado a comprar fincas agrícolas y empresas del sector primario y agroindustrial en todo el mundo. El campo como activo alternativo al tradicional ladrillo que ofrece una alta rentabilidad con relación al riesgo, se convierte en un paraguas contra la inflación y está alejado de los sobresaltos de los mercados financieros. En periodos de alta inflación aumenta el precio de las fincas pues son «productos de la economía real», indican, y se revalúan al mismo ritmo que el conjunto de la economía. «Compren tierra, que no se fabrica más», se puede leer en un portal especializado en este tipo de prácticas especulativas.

La especulación sobre el suelo agrario tiene como una de sus bases la necesidad de que la producción de alimentos crezca (entre un 60% y un 70%) para

⁵ Entrevista de Raúl Bocanegra a Manuel Delgado: «El capital financiero le ha declarado la guerra a la vida». En red en público, apartado de sociedad.

⁶ Utilizamos este término en el sentido que le dio George Orwell en su obra *1984*, como una especie de nueva lengua que sirve para intensificar el cariz manipulador de los agentes que la crean y utilizan.

poder alimentar a la población mundial de aquí a 2050. Además, es un sector que ha mostrado su resiliencia durante la Gran Recesión de 2008, la crisis sanitaria de la covid o la actual invasión de Ucrania. A esto hay que añadir el atractivo de las ayudas públicas de la Política Agraria Común (PAC). Por tanto, buscar refugio en el campo, en «activos agrícolas», es una tendencia mundial que ha calado incluso en las grandes fortunas⁷.

En los últimos años, se ha multiplicado por 10 el número de inversores que compran terrenos agrícolas, y por 15 los que entran en empresas agroalimentarias⁸. En el primer trimestre del año 2022, los fondos que han adquirido tierras alcanzan la cifra de 200, y 800 los que han protagonizado algún tipo de operación corporativa. En el mercado han entrado el fondo Nuveen (a través de Westchester, cuyo *holding* es el fondo de pensiones estadounidense TIAA), el fondo de pensiones canadiense PSP, *Climate Asset Management* (iniciativa del banco HSBC), o el *family office* español Persán. Firmas como Nuveen o PSP son de los grandes propietarios en el mundo de tierras de cultivo, fundamentalmente en América. Estos fondos están haciendo operaciones en la Península Ibérica, principalmente en el sur de Portugal, Extremadura y Andalucía. Buscan propiedades grandes (de más de 200 hectáreas) en regadío aptas para cultivos leñosos de alto valor (frutos secos, olivar o frutas tropicales). La forma más sencilla de entrar en este mercado

⁷ Bill Gates, fundador de Microsoft, se ha convertido en la persona con más tierras de cultivo en Estados Unidos (más de 100.000 hectáreas).

⁸ Según datos proporcionados por la consultora inmobiliaria CBRE

es la compra del activo y alquilarlo a un operador, normalmente en contratos con vigencia a más de 20 años. La rentabilidad de esta fórmula (*yield* en la jerga del sector) es de entre el 5% y el 6%⁹.

1.3 Política monetaria y agentes especulativos

Además, de todo lo anterior, estos fondos especulativos se han beneficiado de una determinada política monetaria impuesta en los últimos lustros por esas instituciones «neutrales» que son las autoridades monetarias o Bancos Centrales. La puesta en marcha de la «máquina de hacer billetes» ha dotado de una enorme cantidad de «municipión» a diversos agentes financieros. Lo explicamos.

Tras la quiebra de Lehman Brothers en septiembre de 2008, tuvo lugar una reunión del G-7 en Washington. El entonces presidente de la Reserva Federal estadounidense planteaba que los banqueros centrales y ministros de Hacienda de los siete países más industrializados «nos aseguraríamos de que los bancos y otras instituciones financieras tuvieran acceso a financiación por parte de los bancos centrales y a capital por parte de los gobiernos»¹⁰. Para ello, pusieron en marcha las llamadas «políticas monetarias no convencionales», siendo las principales la «flexibilización cuantitativa» (*Quantitative Easing*, QE).

⁹ Thomas Teixeira da Mota, director de *agribusiness* en el sur de Europa de CBRE, indica que el gran capital privado busca economía de escala, sumarse a las tendencias de producción de alimentos de manera local (menores importaciones) y al potencial de mejora de los procesos agrícolas. «El interés de invertir en este sector reside en la simplicidad de esta clase de activos, ya que cubren una necesidad básica de nuestra vida diaria», añade el experto de CBRE

¹⁰ Bernanke, B. (2014): «Mis años en la Reserva Federal». Deusto, Madrid.

La política de QE consistió en inyectar dinero en el sector financiero a través de la compra de bonos del Estado y de las empresas (e incluso acciones) con el fin de crear suficiente dinero en efectivo en los bancos para prestar y mantener los tipos de interés cerca de cero (o incluso por debajo) (Roberts, 2017). Posteriormente, la crisis inducida y agravada por la pandemia mundial de covid-19 provocó que los bancos centrales ampliaran sus programas de compra de activos, así como inyectaran ingentes sumas de liquidez al sistema financiero.

Autores como Sidelsky (2020) apuntan que en realidad gran parte de este dinero no llega a la economía real y termina en el sistema financiero. Esto significa que en realidad esta política no busca disminuir los tipos para aumentar la inversión productiva y el empleo, sino que la QE trataba de mantener la riqueza de los rentistas (Rochon y Vallet, 2020). En efecto, la QE impulsó una nueva burbuja especulativa en activos financieros, haciendo que los mercados de acciones y bonos subieran y, como resultado, los muy ricos se convirtieron en mucho más ricos. Para Chesnais (2017), la QE se trata de un eufemismo que designa la creación de moneda que en otro tiempo se conocía como poner en marcha la «máquina de hacer billetes».

La puesta en marcha de la «máquina de hacer billetes» ha dotado de una enorme cantidad de «munición» a diversos agentes financieros. Los agentes financieros que están detrás de la especulación agrícola en lugares como la Península Ibérica pueden describirse a partir de la siguiente tipología:

A) *Fondos de capital riesgo*. Se caracterizan por marcarse un horizonte temporal para rentabilizar la inversión («están 10 años y después salen, la venden»).

B) *Inversores inmobiliarios tradicionales* (fondos de pensiones o las aseguradoras). Operan en el denominado *sale and lease back*, compran una tierra y buscan un arrendatario que la trabaje y que abone una renta anual¹¹. «No lo dejan de ver como un activo inmobiliario más, sin riesgo».

C) *Fondos de inversión para energías renovables*. Compran terrenos para instalar megaplantillas de energías renovables, lo que está revalorizando fincas cercanas a subestaciones eléctricas con capacidad de evacuación (necesarias para los megaproyectos de energías renovables).

D) *Family office*. Sociedades patrimonialistas que canalizan fortunas familiares.

E) *Particulares que quieren fincas de recreo*. Pueden incluir explotaciones cinegéticas, agrícolas o ganaderas. Suelen buscar fincas que estén a menos de dos horas de viaje de las grandes ciudades.

2. ANDALUCÍA: LA TIERRA PARA QUIEN ESPECULA

2.1 Andalucía como economía extractiva y plataforma de obtención de beneficios del capital global

El extractivismo es secular y tiene múltiples aristas en Andalucía¹². Los campos de obtención de beneficios del capitalismo global se traducen en economías de «sacrificio» como la andaluza en procesos como los siguientes: la financiarización del campo o medio rural, con la enorme presión ejercida por los fondos de inversión

¹¹ «Sale and lease back» significa compra con arrendamiento posterior y es un tipo de operación muy frecuente en el mercado inmobiliario.

¹² Para profundizar en la marginación y dependencia de la economía andaluza, véase cualquier obra o artículo de Manuel Delgado Cabeza.

tanto en la actividad agrícola como con la llegada de megaproyectos energéticos; la consolidación de Andalucía como territorio al servicio del militarismo (presencia de las bases estadounidenses); la implantación del capitalismo digital¹³.

Este capitalismo extractivo, que aboca a la economía andaluza a la dependencia y la marginación, utiliza la administración pública para sus intereses. El neoliberalismo no es menos Estado, sino un nuevo modo de intervencionismo estatal en favor de los intereses del capital. Para ello utiliza a empresas consultoras locales y multinacionales. El gobierno y otras instancias políticas y socioeconómicas de Andalucía colaboran para poner en marcha políticas beneficiosas para el capital con empresas como KPMG. Esta empresa de «servicios de auditoría, de asesoramiento legal y fiscal, y de asesoramiento financiero y de negocio» está bien asentada en Andalucía. En Andalucía, y allí donde estén y tengan capacidad de influencia, serán útiles para aprovechar cualquier crisis para saquear y expoliar lo común en beneficio de las élites¹⁴.

En la satisfacción de la demanda energética y de materiales juegan un papel esencial los ejércitos. Y Andalucía,

¹³ Un nuevo eje de extracción de recursos es el puesto en marcha por las grandes multinacionales del capitalismo de plataforma que controlan nuestros datos. Un nuevo eje que se suma a la secular minería, contenida en ese denominado propagandísticamente «nuevo modelo productivo».

¹⁴ En Irak, KPMG fue un agente relevante del desastre sin límites que se produjo y prosigue a raíz de la guerra e invasión estadounidense. Esta empresa, nos recuerda Naomi Klein (*La doctrina del Shock*), recibió 240 millones de euros para crear un «sistema mercantilista» en el Irak, donde se redujo el sector público al mínimo y se privatizó la riqueza natural con la ayuda de subcontratas que trabajaban en una ciudad-Estado (zona verde de Bagdad) creada por Halliburton. KPMG redactaba las leyes beneficiosas para las empresas occidentales saqueadoras

mejor dicho, su suelo, es esencial en la estrategia del mayor ejército del mundo y «puño escondido» del capital global. Andalucía, al mismo tiempo que es territorio de extracción, es territorio utilizado por los extractores para poner en práctica las estrategias militares necesarias para poder extraer recursos de otros territorios. Tanto la Base aeronaval de Rota como la Base de Morón de la Frontera forman parte la vasta infraestructura militar de EE.UU., formada por más de 800 bases con sus flotas navales y aéreas. En particular, las bases estadounidenses en suelo andaluz son muy importantes para el control de África. La base de Morón se convirtió en 2015 en base operativa de Africom, el mando militar de Estados Unidos para África y el Mediterráneo. Rota es también la ruta ideal para comenzar las operaciones en el continente africano, subraya el Pentágono en su estrategia de movilidad aérea. La distancia entre la localidad gaditana y Yibuti es de poco más de 3.000 millas náuticas (5.500 kilómetros). La violencia policial y militar contra las poblaciones a menudo está relacionada con la resistencia que se ofrece ante proyectos extractivos. La organización de derechos humanos Global Witness observó en 2015 que cada semana son asesinadas tres personas por defender sus tierras, bosques y ríos en su lucha contra de las actividades extractivas.

Andalucía es un ejemplo de los muchos territorios y pueblos que sufren desde hace siglos el saqueo de sus gentes y recursos. El neoliberalismo y el capitalismo global han significado y conllevan para estas economías una agudización y profundización en los procesos de pérdida de capacidad de gestión de los recursos propios, del extractivismo, de la marginación y dependencia de capitales e intereses foráneos. En palabras de Carlos Arenas:

«Los pueblos pobres son aquellos que carecen de la libertad para gestionar sus recursos, los que carecen de los medios para desarrollar plenamente sus potencialidades¹⁵».

2.2 El campo andaluz como territorio de especulación en las tres últimas décadas

En 1984 se aprobó la Ley de Reforma Agraria de Andalucía, que vino a sustituir (o simplemente cambiar el nombre) a una ley franquista ya existente: la «Ley de fincas manifiestamente mejorables». El único cambio sustancial fue la transmisión de competencias desde el gobierno central al recién nacido gobierno autonómico. Mediante la ley se expropiaba (compraba con dinero público) a terratenientes aquellas partes de sus latifundios menos productivos y por ende infrautlizados. Parte de ese pago se realizaba en la mejora de accesos e infraestructuras (caminos, riegos, almacenes, etc.) en dichas propiedades. En la mayor parte de los casos se arreglaron las propiedades de los terratenientes y no aquellas tierras que pasaban a ser públicas. Muchas de estas tierras públicas, que llegaron a ser más de 50.000 hectáreas, nunca se entregaron a ninguna cooperativa ni ayuntamiento para que cumplieran su función social¹⁶.

Solo allí donde hubo una fuerza popular organizada se llegó a aplicar la ley hasta sus últimas consecuencias. Y solo allí donde hubo una coherencia política esta aplicación se hizo desde valores comunitarios y colectivos como es el caso de Marinaleda, donde trabajo,

¹⁵ Fuente: Carlos Arenas.

¹⁶ <https://portaldeandalucia.org/opinion/tribuna-abierta/35-anos-de-la-ley-de-reforma-agraria-de-andalucia-la-tierra-hoy-en-menos-y-peores-manos/>

producción y manufactura se llevaban y llevan a cabo de esta manera. En otros sitios donde la fuerza popular llevó a conseguir tierra, la Junta de Andalucía (PSOE) inculcó en el proceso y en el movimiento jornalero el virus del pequeño terrateniente, repartiendo pequeños lotes de tierra, llevando a los adjudicatarios a la asfixia económica y la venta de tierras que le habían sido entregadas, recayendo de nuevo en manos de terratenientes. Ya en 2010, el PSOE comenzó su liquidación: desmantelamiento del IARA (Instituto Andaluz de Reforma Agraria) y privatización de las 50.000 hectáreas que se habían hecho públicas a través de la ley.

El final de este proceso de liquidación de la Ley de Reforma Agraria vino cuando más intensos eran los procesos de concentración de la tierra en menos y peores manos. El inicio de la crisis capitalista en 2007 trajo consigo la caída de las grandes empresas constructoras y el inicio de los procesos de especulación en tierras cultivables mostradas más arriba. Algunas empresas constructoras también invirtieron en tierra y al quebrar con la crisis, sus activos pasaron a manos de los bancos. En 2015, agentes de la propiedad inmobiliaria contabilizaron que más del 30% de las grandes fincas andaluzas estaba en manos de bancos. Estos, al querer deshacerse de sus llamados «activos tóxicos» (bienes embargados de difícil venta), han acabado malvendiendo estas tierras a fondos de inversión de capital extranjero.

Con la pandemia del Covid-19, las inversiones de capital foráneo en la agricultura andaluza aumentaron. Los fondos de capitales buscan en Andalucía fincas «buenas y grandes» de 500 hectáreas o más, y con posibilidades de regadío, fundamentalmente para cultivos leñosos¹⁷. En 2021, según el Instituto Nacional de Estadística, Andalucía se situó a la cabeza de las comunidades autónomas

españolas en la lista de compraventas de fincas rústicas, con 2.211 operaciones. Durante 2022 se están alcanzando las cotas más altas de los últimos 15 años en las compraventas de fincas rústicas, según los datos que publica el Instituto Nacional de Estadística (INE). Estos fondos están detrás de las operaciones de mayor envergadura y de la mayor parte de las nuevas plantaciones, superintensivas o intensivas casi al 100%. La vinculación entre estas plantaciones, los fondos de inversión y el sector inmobiliario puede verse en el eslogan de una gran empresa de plantación de olivos: «Plantaciones llave en mano».

Las entradas de capital también son muy fuertes en empresas que formen parte de la cadena de valor agrícola¹⁸ o en la industria agroalimentaria andaluza. Es el caso de la conservera ALSUR. Los fondos de inversión *Acon Southern Europe* y Quarza Inversiones se han hecho con la mayoría de Sola de Antequera, empresa especializada en la fabricación de conservas vegetales, principalmente de alcachofa, judías, habitas y pimientos.

El traspaso de tierras de manos de los agricultores a los fondos está provocando cambios en la configuración del campo. Hay menos explotaciones agrarias, cada vez más grandes y menos familiares. En Andalucía, los fondos son los «nuevos terratenientes¹⁹».

¹⁷ Con buena parte de la actividad económica seriamente afectada por la pandemia, el olivar aumentó en 2021 su superficie en Andalucía en más de 10.000 hectáreas (cerca de un 2%, para una superficie total de 1,6 millones de hectáreas).

¹⁸ Compañías de equipamiento agrícola, de fertilizantes, de tecnología alimentaria, productores de semillas, plantones para los leñosos y productos fitosanitarios, fabricantes de tractores o cosechadoras, operadores de tierras agrícolas, firmas de agricultura de precisión, de salud de los animales o de logística.

¹⁹ «Los fondos son los nuevos terratenientes del campo español». Artículo en *El País* de Sandra López Letón de diciembre de 2022.

2.3 Intensificación productiva, neoliberalismo y uberización del campo

Los agentes especulativos tienen en cuenta tres factores «que están disparando el interés inversor»: el agua, las energías renovables y la cercanía a los grandes núcleos urbanos. Esos tres factores están relacionados con tres usos distintos: el puramente agrícola, el relacionado con las nuevas megaplantas de energías renovables, y las puramente especulativas para ocio.

En el marco de la actividad agraria, el objetivo, según un agente financiero, es «generar economías de escala y mejorar el retorno de la inversión mediante técnicas de cultivo intensivas y superintensivas». Para ello hay un factor determinante a la hora de invertir y es la seguridad en el abastecimiento de agua.

Es ahí donde interviene el gasto público «neoliberal» del gobierno andaluz. A esos procesos de especulación también contribuye con gasto público el «neoliberal» gobierno andaluz. Ante las necesidades del gran capital que «buscan fincas muy grandes, de 200 hectáreas, que estén bien comunicadas o cerca de autovías y con agua», la Junta de Andalucía se anunció en octubre de 2022 la puesta en marcha del «Plan SOS» (de soluciones y obras frente a la sequía), que contará con una inversión de 4.047 millones de euros para impulsar obras hídricas hasta el año 2027²⁰.

Respecto a las nuevas megaplantas de energías renovables, el neoliberalismo andaluz tampoco está siendo «neutro», sino que está interviniendo a favor de

²⁰ «Plan SOS» de la Junta: 4.000 millones de inversión para la lucha contra la sequía en Andalucía, *Radio Sevilla*. Octubre 2022

los intereses de las grandes empresas energéticas. Estas grandes corporaciones pertenecientes al «oligopolio energético» están llevando a cabo una apropiación y acaparamiento de tierras en muchos pueblos de Andalucía para instalar megaplantas que apenas dejarían beneficios para el conjunto de la economía y población local. Ante esta situación, decenas de ayuntamientos se organizaron para presentar una Iniciativa Legislativa de los Ayuntamientos (ILA) ante el Parlamento de Andalucía para suspender temporalmente el «tsunami de megaproyectos», iniciativa que fue frenada por el gobierno andaluz. La intervención pública en este ámbito da lugar a hablar de «burbuja especulativa con las cartas marcadas» pues las promotoras juegan con la declaración de utilidad pública y, en última instancia, conseguir que el Estado expropie los terrenos²¹.

Todos estos procesos están dando lugar a un cambio de paradigma en el modelo productivo denominado por la COAG «uberización del campo»²². Los grandes inversores, en la mayoría de las ocasiones con capital ajeno al agrario que busca sólo rendimientos económicos, ganan terreno en detrimento de los agricultores y agricultoras tradicionales. Este modelo productivo se caracteriza por una situación en la que un escaso número de empresas acaparan un gran porcentaje de la producción agrícola con un sistema de producción basado en que los agricultores asumen el riesgo productivo, mientras mantienen la propiedad de la tierra, a base de contratos de

²¹ Destaca la labor realizada por diversos colectivos ecologistas o creados expresamente ante esta situación, como Aliente (o la web la «Ruta de la Placa» andaluza, donde se da información sobre los más de 1.000 proyectos en Andalucía.

²² <http://coag.chil.me/post/la-uberizacion-del-campo-espanol-286547>

compraventa de producto a largo plazo con las empresas integradoras que les facilitan asesoramiento técnico, insumos productivos y permisos para plantar y producir (previo pago del *royalty* correspondiente) las variedades de cultivo de su propiedad. «Los precios que se pagan al agricultor cubren dichos altos costes de producción, pero con una rentabilidad supervisada y muy limitada», anota el estudio, que apunta cómo, salvo casos excepcionales, el agricultor solo puede vender la producción a la misma empresa que le vende las plantas. Si cambia de comprador, debe abandonar y arrancar el cultivo.

El sector del olivar andaluz avanza a pasos agigantados hacia un modelo ultraintensivo de olivar en seto. Esta actividad está llamada a sufrir el proceso descrito más arriba. Mientras un olivo tradicional puede llegar a ser un árbol milenario, un variedad de olivo transgénico en seto vive alrededor 20 años, para lo que necesita la aplicación intensiva de agua y de una gama de productos en cada época del año (Syngenta es líder en estos productos). La dependencia de estas multinaciones es extrema, y los problemas sociales y medioambientales para el medio rural andaluz de este modelo de producción parecen evidentes.

Para las organizaciones agrarias está en juego la supervivencia de la agricultura tradicional y familiar. Para Ramón García, secretario provincial de Coag-Sevilla: «Vienen con mucho dinero y fortaleza para hacer inversiones. El agricultor local no puede hacerles frente a esta inversión». Advierten que esto provoca que «la economía se deslocaliza» y la riqueza se deriva a otros territorios. Lo resume este dato: el 42% del valor de la producción está en manos de un 7% de grandes empresas.

3. LA CONSTRUCCIÓN DE COMUNES: Marinaleda y la creación de una comunidad energética *lcoal*

3.1 Notas previas: comunes, economía moral y cultura plebeya radical

Para Elinor Ostrom (1990), cada «común» está relacionado con un pequeño grupo de personas capaces de instaurar reglas colectivas sobre el uso que se hace de una propiedad común. Así, pone de relieve una dimensión esencial que la teoría económica estándar no permite ver: el estrecho vínculo entre la norma y la reciprocidad, la gestión democrática y la participación activa en la producción de cierto número de recursos. Un común reúne a coproductores que actúan conjuntamente dándose a sí mismos reglas colectivas. La economía política de los comunes hace de la cooperación el antídoto contra la lógica capitalista. Es ahí donde se pueden enmarcar dos alternativas de economía social transformadora que a continuación se muestran, y que hacen frente a los procesos anteriormente descritos²³.

Para avanzar en el análisis de estas propuestas el pensamiento de E.P. Thompson (2019) es relevante. En concreto su concepto de «economía moral», que designa el conjunto de valores y reglas («costumbres») que las clases subalternas inglesas del siglo xvii y xviii hizo valer para resistir los ataques desposeedores y privatizadores de la economía política capitalista contra los bienes comunes. Thompson examina la «dialéctica de la interacción entre 'economía y 'valores'» e indica que «las relaciones

²³ García Jurado, Óscar (2021): *Algunas experiencias de economía social transformadora andaluza: del desarrollo territorial neoliberal a una estrategia socioeconómica transformadora para Andalucía*. Revista Andaluza De Antropología, 1(20), 84–106.

económicas son, a la vez, relaciones morales; las relaciones de producción son al mismo tiempo relaciones, de opresión o de cooperación, entre personas». Este autor nos invita a repensar la apuesta transformadora de la economía capitalista desde una «cultura popular innovadora» pues la alternativa a la economía política capitalista llegará a partir de la «economía moral de la multitud» y la «cultura plebeya radical» que, ya en los orígenes del capitalismo, realizaba una reformulación más «reconciliada con los nuevos medios de producción», que buscaba un control social cooperativo frente al funcionamiento de la economía capitalista (Thompson, 2019).

El problema que acompañó a E.P. Thompson fue explicar la realidad de tal manera que se muestren los recursos disponibles en nuestro presente para transformar esa realidad. A continuación exponemos dos experiencias de economía social andaluza con el convencimiento de que pueden ser «recursos disponibles en nuestro presente para transformar la realidad».

3.2 Marinaleda cooperativa: la construcción de un común

El proyecto cooperativo de Marinaleda es un ejemplo de construcción de un común, de una experiencia que ha resistido a las relaciones capitalistas de poder asimétricas que destruyen los bienes comunes. Si recuperar comunes es un objetivo de cualquier estrategia socioeconómica transformadora, el proyecto cooperativo de Marinaleda es una experiencia a analizar.

En la localidad de Marinaleda (provincia de Sevilla, algo más de 2.500 habitantes) se ha puesto en marcha una política económica local basada en un proyecto cooperativo a partir de obtener, mediante la reivindicación

colectiva, el uso de 1.200 hectáreas de tierra (Finca Los Humosos). En términos globales, es un proyecto socioeconómico basado en la planificación y propiedad público-comunitaria y la gestión cooperativa.

En 2010, la Junta de Andalucía desmanteló el IARA (Instituto Andaluz de Reforma Agraria) e inició la privatización de las 50.000 hectáreas que se habían hecho públicas a través de la Ley de Reforma Agraria de Andalucía (1984). No obstante, más de una década después, las 1.200 hectáreas de la finca El Humoso, base del proyecto cooperativo de Marinaleda, continúan siendo propiedad de la administración andaluza.

La planificación pública-comunitaria del proyecto cooperativo siempre se ha guiado por realizar actividades productivas que permitan generar el mayor número de jornales posibles. La gestión (cooperativa) no tiene por finalidad la maximización de los beneficios o aumentar los salarios de unas determinadas personas, sino alcanzar los objetivos planificados de crear el máximo número de empleo posible para el pueblo. Así, en los años 2.017, 2.018, 2.019 y 2.020 se han creado 18.456 jornales anuales en la finca El Humoso, y 4.464 jornales en la fábrica de productos agroalimentarios²⁴. De este modo, el proyecto cooperativo se ha convertido en el motor económico de la localidad y herramienta fundamental para mejorar la vida de la población.

Uno de los elementos fundamentales del proyecto es la consideración de la tierra como un bien común; la tierra, por la que se luchó colectivamente, no debe ser privatizada, mercantilizada. El Humoso no es una mercancía con la que se deba especular y debe ser usado de

²⁴ Datos ofrecidos por la cooperativa.

generación en generación para la creación de empleo y riqueza distribuida. Para ello, se apuesta por la creación de una fundación, como herramienta jurídica que permite el marco jurídico vigente, para imposibilitar la privatización de la tierra; que la haga indivisible, invendible, inespeculable y gestionada por la cooperativa de Marinaleda. Se trata del uso o apropiación de la tierra, no como relación de pertenencia, sino como conveniencia o finalidad: la mejora de la vida de la gente. Un proyecto que apuesta por un control social cooperativo-colectivo frente a la economía capitalista.

Todo lo anterior ha provocado la intervención «neoliberal» del gobierno andaluz. La oferta de compra de la tierra por parte de las cooperativas para posteriormente vincularlas a una fundación recibió como respuesta una orden de desalojo²⁵. Con ello, la Junta de Andalucía quiere poner en el mercado las 1.200 hectáreas de la finca de El Humoso. Tal como se ha explicado más arriba, ofertas de fondos especulativos no les va a faltar. Frente a la creación de empleo y riqueza para todo un pueblo y su comarca, la intervención neoliberal cumplirá con su objetivo: la creación de beneficios para el capital subordinando la Vida.

3.3 La Comunidad Energética Local de Alcalá del Valle

En octubre de 2021 comienza a dar sus primeros pasos el proyecto «Alcalá con Energía». Se trata de una acción de planificación energética promovida por el ayuntamiento de la localidad, con asesoramiento externo y la

²⁵ <https://www.elsaltodiario.com/marinaleda/marinaleda-del-lati-fundio-publico-a-la-tierra-colectiva>.

participación y protagonismo de la ciudadanía. Desde el Ayuntamiento de Alcalá del Valle se impulsó un proceso por el que de manera colectiva se analizara la posibilidad de generación descentralizada de energía renovable, la búsqueda de autoconsumo colectivo de generación de energía renovable. De este modo, la ciudadanía de esta localidad gaditana inició los primeros pasos para la puesta en marcha de un proyecto de energía comunitaria o «comunidad energética local»²⁶.

Desde un principio, los objetivos del proyecto «Alcalá con Energía» fueron más allá de la generación y el consumo de energía renovable. Se tuvo en cuenta que la energía podía y puede ser un medio para poner en marcha un proyecto más completo, promoviendo la cooperación y creando comunidad, así como para poner en marcha programas y políticas de impulso de un nuevo Desarrollo Local Transformador (DLT). El objetivo general del proyecto en su inicio decía lo siguiente: «Empoderar a la ciudadanía para que sea el motor de cambio en la transición energética del pueblo en primer lugar, e iniciar un proceso que fomente e impulse un desarrollo local transformador.» Para ello se establecieron los siguientes objetivos específicos: 1) Dinamizar e impulsar la creación de una comunidad energética local; 2) Coordinar equipo técnico asesor con diversos perfiles (dinamizador comunitario, técnico especialista energías, comunicación y jurídico); 3) Gestionar una cooperativa de consumo o asociación energética ciudadana; 4) Analizar fuentes de financiación tanto convencionales como instrumentos de finanzas éticas y solidarias; 5) Realizar acciones de

²⁶ Sendra, J., Sánchez, A., García, O (2022): «Andalucía ante la transición energética.» Portal de Andalucía. En red: <https://portaldeandalucia.org/opinion/columnas/andalucia-ante-la-transicion-energetica-2/>

comunicación y aprendizaje respecto a la soberanía energética, en particular, y a la soberanía económica territorial, en general (con otras soberanías sectoriales como la alimentaria, la tecnológica o la financiera).

Como fruto principal de este proceso iniciado en Octubre de 2021 se encuentra la creación de la «Asociación La Luz del Pueblo de Alcalá» en junio de 2022, como asociación sin ánimo de lucro que tiene como principal fin fomentar la creación de una Comunidad Energética Local definida como «Persona jurídica basada en la participación abierta y voluntaria, efectivamente controlada por socios o miembros que sean personas físicas, pymes o entidades locales, que desarrolle proyectos de energías renovables, eficiencia energética y/o movilidad sostenible que sean propiedad de dicha persona jurídica y cuya finalidad primordial sea proporcionar beneficios medioambientales, económicos o sociales a sus socios o miembros o a las zonas locales donde operan, en lugar de ganancias financieras.» Esta asociación es el «embrión» o «grupo motor» de una cooperativa de consumo energético que permita la participación abierta y voluntaria, el control efectivo por las personas socias y la priorización absoluta de los beneficios medioambientales y socioeconómicos de la ciudadanía frente a las ganancias financieras.

A partir de ahí, se están realizando los estudios técnicos y financieros para poder generar la infraestructura necesaria para generar la energía que requiere la localidad. En este sentido, la infraestructura que generará la energía a partir del sol se considera como un bien común gestionado de modo cooperativo y con una propiedad colectiva. Por tanto, la cooperativa de consumo energético o comunidad energética local considera que ni el suelo o tierra donde se localiza

la infraestructura energética, ni la energía producida deban ser consideradas mercancías o activos con los que especular. Para ello, y como se plantea en el caso de Marinaleda, podría ser de interés crear una fundación y otra herramienta jurídica que permita imposibilitar la privatización de la tierra y la infraestructura energética creada: que la haga indivisible, invendible, inespeculable y gestionada por la cooperativa de personas consumidoras que ha dado lugar a la Comunidad Energética Local. Al igual que en el caso de las Cooperativas de Marinaleda, se trataría de crear un uso o apropiación de la tierra y la energía que apuesta por un control social cooperativo-colectivo frente a la especulación y propiedad privada propia de la economía capitalista.

REFERENCIAS

Arenas, C. (2022): «Lo andaluz. Historia de un hecho diferencial». El Paseo Editorial.

Bernanke, B. (2014): «Mis años en la Reserva Federal». Deusto, Madrid.

COAG (2019): «La uberización del campo español». En red: <http://coag.chil.me/post/la-uberizacion-del-campo-espanol-286547>

Delgado Cabeza, M. (1982): «Dependencia y marginación de la economía andaluza.» Caja de Ahorros de Córdoba.

Entrevista de Raúl Bocanegra en Público. En red: <https://www.publico.es/sociedad/manuel-delgado-economista-capital-financiero-le-declarado-guerra-vida.html#md=modulo-portada-fila-de-modulos:2x3;mm=mobile-big>

FAO (2021): «El estado de los recursos de tierras y aguas del mundo para la alimentación y la agricultura. Sistemas al límite». En red: <https://www.fao.org/3/cb7654es/cb7654es.pdf>

Farràs Pérez, L. (2022): «El negocio de la tierra, un recurso cada vez más escaso (y caro)». La Vanguardia. En red: <https://www.lavanguardia.com/economia/20221205/8633301/suelo-tierra-dia-mundial-economia-negocio-planeta.html>

Forner, G. y Aguaza, P. (2022): «Marinaleda, del latifundio público a la tierra colectiva». El Salto. En red: <https://www.elsaltodiario.com/marinaleda/marinaleda-del-latifundio-publico-a-la-tierra-colectiva>

García Jurado, Óscar

(2023): «Colonialismos. Andalucía saqueada». Portal de Andalucía. En red: <https://portaldeandalucia.org/opinion/colonialismos-andalucia-saqueada/>

(2022): «Nuestra economía: la financiarización del campo andaluz». Portal de Andalucía. En red: <https://portaldeandalucia.org/opinion/nuestra-economia-la-financiarizacion-del-campo-andaluz/>

(2021): Algunas experiencias de economía social transformadora andaluza: del desarrollo territorial neoliberal a una estrategia socioeconómica transformadora para Andalucía. Revista Andaluza De Antropología, 1(20), 84–106. En red: <https://doi.org/10.12795/RAA.2021.20.05https://revistascientificas.us.es/index.php/RAA/article/view/16206>

(2020): «Del latifundio al común». Portal de Andalucía. En red: <https://portaldeandalucia.org/opinion/del-latifundio-al-comun/>

López Letón, S. (2022): «Los fondos son los nuevos terratenientes del campo español». En red: <https://elpais.com/economia/negocios/2022-12-31/los-fondos-son-los-nuevos-terratenientes-del-campo-espanol.html>

Moreno, C. (2019): «35 años de la Ley de Reforma Agraria de Andalucía: la tierra hoy, en menos y peores manos». En red: <https://portaldeandalucia.org/opinion/tribuna-abierta/35-anos-de-la-ley-de-reforma-agraria-de-andalucia-la-tierra-hoy-en-menos-y-peores-manos/>

Meireles, M. (2020): «Estorbosos: Bancos demasiado grandes para quebrar», en Nexos, Economía y Sociedad.

Naomi Klein, N (2012): «La doctrina del Shock: el auge del capitalismo del desastre». Planeta.

Chesnais, F. (2017): «Deudas ilegítimas». Clave Intelectual, Barcelona.

Roberts, M. (2017): «El final de la QE». Sin Permiso. En red: <https://www.sinpermiso.info/textos/el-final-de-la-qe>

Rochon, J. P. y Vallet, G. (2019): «Economía del Ave María: El modelo teórico detrás de las políticas monetarias no convencionales». Ola Financiera, vol. 12 (No. 34) Septiembre-diciembre.

Sidelsky, R. (2020): «La fantasía monetarista terminó», El Economista.

Sendra, J., Sánchez, A., García, O (2022): «Andalucía ante la transición energética.» Portal de Andalucía. En red: <https://portaldeandalucia.org/opinion/columnas/andalucia-ante-la-transicion-energetica-2/>

8. ¿Raíces identitarias o vínculos con la tierra? Conflictos en torno a re-habitar del mundo¹

Clara Damiron

Una catástrofe amenaza directamente la habitabilidad de este mundo. Cada vez es más difícil soportar el calor, las lluvias violentas, las crisis y los conflictos sociales, a veces todo al mismo tiempo, sobre todo desde gigantescas zonas urbanas hormigonadas alimentadas por suelos agrícolas constantemente menos fiables. Si nos tomamos en serio estas amenazas, quizá lo más obvio sea transformar radicalmente nuestra forma de habitar. Rehabitar de un modo que no siga las reglas de la acumulación de valor capitalista; rehabitar cultivando respuestas a las catástrofes que nos han precedido y a las que nos esperan; rehabitar volviendo a tomar gradualmente en nuestras manos los medios de subsistencia. Para la ecología política, el reto está en incrementar el número de personas que apegadas a su territorio, estén dispuestas a defenderlo, a mantener su habitabilidad o incluso recrearla.

¹ Traducido de la revista francesa *Terrestres*, publicado bajo licencia *Creative Commons*

Al mismo tiempo, la cuestión de las formas de vinculación al territorio es uno de los principales ámbitos de conflicto para la ecología política. Desde el punto de vista de las ideas, en Europa y en Francia hemos heredado una historia política turbulenta sobre la cuestión del apego a la tierra, parte de la cual es reaccionaria, nacionalista e identitaria. En efecto, la idea de una Naturaleza originaria, de lo Local y del Arraigo son hoy temas centrales en el marco ideológico de referencia de la derecha reaccionaria. Las tendencias ecofascistas contemporáneas proponen una «ecología enraizada» o abogan por una defensa patriótica del medio ambiente, al tiempo que agitan constantemente la quimera de que la inmigración es la culpable de la catástrofe. ¿Cómo hacer frente a esta apropiación de la ecología por la extrema derecha, desde una perspectiva terrenal²? Y, a la inversa, ¿necesitamos reapropiarnos de las cuestiones que la extrema derecha ha hecho suyas, como la identidad y la pertenencia, para iniciar los cambios terrenales que necesitamos?

ÉPOCA DESENRAIZADA

El ecofascismo no surge en cualquier época. La inmensa mayoría de la población mundial depende ahora, para su subsistencia, de las infraestructuras que fueron concebidas por y para la división internacional del trabajo, sea cual sea la posición que se ocupe en esta cadena, desde la más dominada hasta la más dominante. Lo que es

² El término original «terrestres» (que da nombre también a la publicación en la que apareció el artículo) hace referencia al vínculo con la tierra en su doble sentido de medio que depende del suelo (la tierra) para existir y del planeta Tierra en su conjunto. Hemos decidido traducirlo por *terrenal* en la mayor parte de las ocasiones (NDT).

esencial para la supervivencia de la gran mayoría de las sociedades humanas en la actualidad proviene casi sistemáticamente del sistema metropolitano e industrial que hemos heredado en gran parte sin haberlo elegido. En el actual estado de cosas, prácticamente en todo el mundo, al realizar una serie de gestos cotidianos nos vemos atrapados en esta gigantesca cadena de explotación laboral desplegada a nivel internacional: incluso una simple comunicación entre dos personas pasa a través de un *smartphone* y satélites, la comida más sencilla puede contener ingredientes producidos en diferentes continentes. El capitalismo ha dispuesto el mundo de tal manera que la circulación del valor mercantil estructura la vida cotidiana: habitar el capitalismo, según la filósofa canadiense Dalie Giroux³, es vivir en una existencia casi desértica, dictada por las leyes de la creación de valor de mercado. Estas tienden a hacer de cada individuo un «ser que circula por el espacio globalizado»⁴, es decir, seres cuyas vidas están organizadas por y para el movimiento perpetuo del valor en el capitalismo. Un paisaje extraño el de nuestra experiencia contemporánea, donde o bien se circula sin límites (por el trabajo, el turismo, el ocio, los negocios) o se está asignado a un espacio (el desplazamiento implica superar obstáculos cada vez mayores cuanto más desfavorecido se es), o bien se está en una especie de precariedad móvil, propia de quienes son provisionales en todas partes y en todo momento (las personas sin hogar, sin papeles o sin dinero).

³ Ver la reseña de una de sus obras, publicada en 2019 en terrestres.org/

⁴ GIROUX, Dalie, *La généalogie du déracinement*, *Terrains Vague*, PUM (2019), p.10.

Aquí nos encontramos con los efectos existenciales del sistema capitalista: la experiencia de muchos de nosotros ha adquirido la forma «no de una vida en la Tierra, sino más bien [...] de una vida que está arraigada en un conjunto de dispositivos objetivos y performativos que arrancan a los habitantes de la Tierra⁵». Estos dispositivos de desarraigo se han infiltrado poco a poco en nuestra vida cotidiana, multiplicándose y abriendo constantemente nuevos mercados, ya que todo lo que pueda estar regido por el mercado tiende a convertirse en una fuerza de desarraigo en algún momento. La propia vivienda se ha convertido en un mero producto financiero en las «zonas tensionadas», dejando de servir como lugar para habitar para convertirse en un medio de enriquecer a los propietarios, con su valor puesto en circulación en el mercado. Y esto hace a la persona corriente, al habitante, más vulnerable a los vaivenes de la economía capitalista y a futuras catástrofes, que le exigirían por el contrario anclarse de manera más firme. El desarraigo también amenaza directamente los modos de vida: marca el fin de ciertas maneras de habitar para reemplazarlos por otra diferente, desarraigada y desarraigante, basada en la apropiación y la explotación. Por lo tanto, el desarraigo es este movimiento histórico y violento de separar a las sociedades del mundo terrenal, basado en la destrucción de ciertos vínculos y relaciones recíprocas, en beneficio de nuevas conexiones basadas en relaciones de producción violentas. Además, el desarraigo nunca es realmente completo, ya que no hay una vida que esté verdaderamente «fuera del suelo», pero parece ser el horizonte ineludible de nuestro futuro bajo el capitalismo.

⁵ *Ibid.*, p.8

Así, «habitamos dispositivos de desarraigo que no están hechos para vivir en ellos, pero los habitamos a pesar de todo. Somos como pajarillos que hacen nidos sobre los arcos de hormigón en los puentes de las autopistas»⁶. Somos, en otras palabras, personas desarraigadas. Un desarraigo no sólo material (dependemos de modos de producción absurdos, cuya violencia depredadora aumenta a medida que materias primas como los hidrocarburos, los metales raros o las cosechas se vuelven más peligrosas o su suministro más incierto), sino también simbólico e ideológico. Porque esta vida, construida en medio de los poderes del desarraigo, es también el resultado de una cierta cultura que sirve de telón de fondo a nuestros razonamientos y nuestras emociones: el desarraigo como forma de ser parece haberse extendido en el imaginario y la cultura populares. A fin de cuentas, estamos lejos de un conjunto de condiciones para poder habitar. Unas condiciones materiales, pero también emocionales, afectivas, colectivas... en definitiva, políticas, que deberían permitirnos habitar los entornos en los que estamos, y no solo «residir» en las estructuras impuestas por el capitalismo.

Estas «condiciones para habitar» son lo que también podríamos llamar «enraizamiento» o «echar raíces» en el sentido en que lo entendía la filósofa Simone Weil: es decir, una «necesidad del alma»⁷, de sentirse vinculado a algún lugar, de recibir como herencia la memoria de las

⁶ GIROUX, Dalie, presentación de *La Généalogie du Déracinement* en la librería la Port de tête, en Montréal, en febrero 2019 [disponible en línea]

⁷ WEIL, S., «Projet de prologue à l'Enracinement» in VALON, F. et AZAM, G., *Simone Weil & l'expérience de la nécessité*, 2020 (1ère éd. 2016), Coll. *Les précurseur-euses de la décroissance*, Paris, p. 119-120.

formas de vida que nos precedieron y la de los sistemas instaurados en la búsqueda de una mayor igualdad. Una forma de encantamiento del mundo que proviene del sentimiento de pertenencia a una red de vínculos, tanto tangibles como intangibles. Sin embargo, horrorizada por la visión de los obreros venidos del campo para ser contratados en las fábricas y privados de cualquier forma de autonomía en relación con el trabajo, Weil se oponía a la ideología productivista que obsesionaba a toda una parte de los socialistas de la época. En efecto, para la filósofa, como para otras voces disidentes, el proyecto de elevarse por encima de las condiciones terrenales -mediante el desarrollo de la tecnología y de las fuerzas productivas- era profundamente incompatible con el fin de las relaciones de dominación al que aspiraba.

Esto también remite a lo que Walter Benjamin llamó la tempestad del progreso, en las *Tesis sobre filosofía de la historia* que nos legó en un intento de describir las contradicciones de la modernidad y la dialéctica de la historia. Una de las principales contradicciones de los partidos y sindicatos se deriva de su fe excesiva en el progreso. Para Weil, era necesario encontrar a toda costa la manera de conciliar la emancipación de las clases trabajadoras con su (re)apego a memorias singulares, así como su recuperación del control de los medios y prácticas de subsistencia esenciales para la vida en común. Aunque Weil escribía desde un deseo de emancipación y con una franca aversión al fascismo, esto no impidió que años más tarde la derecha reaccionaria se apropiara del término «enraizamiento»; hay que decir que es un término bastante cómodo para distinguir entre nacionales y extranjeros, «verdaderos» franceses nativos e «inmigrantes». Del mismo modo, aunque Simone Weil

no pueda ser catalogada como una ecologista adelantada a su época, su enfoque de la «necesidad»⁸ y su clarividencia con respecto al sistema industrial, junto con la cuestión del arraigo, la convierten en un recurso para la ecología política actual.

LA INSTRUMENTALIZACIÓN DE LA NATURALEZA EN EL FASCISMO

Es en este panorama de desarraigo y dentro del paradigma moderno donde se ha desarrollado el ecofascismo. No se trata aquí de hacer un repaso detallado de los orígenes políticos y filosóficos del ecofascismo, pues este trabajo ya se ha realizado en otros sitios⁹. Nos limitaremos aquí a un ejemplo histórico, el del nazismo, porque es útil para nuestros propósitos, al tiempo que advertimos a los lectores de que sería tentador pero erróneo resumir el ecofascismo solo de esta manera.

Durante los años que siguieron al armisticio de 1918 en Europa, aún marcada por las consecuencias de la Primera Guerra Mundial, los nacional-socialistas encontraron las condiciones propicias para ganar poder hasta convertirse en la fuerza política gobernante. Entre finales de la década de 1920 y principios de la década de 1930, en Alemania, los nazis entraron en el juego parlamentario y ganaron votos llegando a dominar la vida

⁸ Azam G., Valon F. et Weil S., *Simone Weil et l'expérience de la nécessité, Le passager clandestin*, coll. *Les précurseur-euse-s de la décroissance*, 2020

⁹ Nos remitimos a artículos anteriores publicados sobre este tema, en particular: <https://www.terrestres.org/2020/06/26/la-tentation-eco-fasciste-migrations-et-ecologie/> así como el excelente trabajo de Zoé Carles en el seno del Colectivo Zetkin (*Fascisme fossile, L'extrême-droite l'énergie et le climat, La Fabrique*, 2020).

política de su país con el nombramiento de Hitler como canciller en 1933. Diversos analistas han investigado posteriormente las numerosas referencias a la «defensa de la naturaleza» por parte del régimen nazi, así como su supuesta «ideología ambientalista», un uso que se limitaba en gran medida a ser retórico y metafórico¹⁰. Sin embargo no fue el único, ya que los fascistas italianos¹¹ también abogaron por la «defensa de la Tierra», incluida la creación de parques nacionales para Italia, y el gobierno de Vichy¹² recurrió a una ideología «rural fascista» y propagandística en relación a la puesta en cultivo de todas las tierras agrícolas. Diversos análisis han sugerido que esta utilización de la Naturaleza o la Tierra fue efectivamente metafórica, ya que los distintos regímenes mostraron un interés exacerbado por la tecnología, el productivismo y las alianzas con los grandes industriales (Alemania, Italia), y no pusieron en práctica las grandes promesas relacionadas con la agricultura (Francia). Esto sugiere que el surgimiento de la ideología ecofascista tuvo lugar, al igual que otras ideologías reaccionarias¹³, dentro del propio paradigma moderno, evocando una naturaleza abstracta y sin una relación concreta con, por ejemplo, los modos de habitar o las relaciones humanos-naturaleza y humano-no humano.

¹⁰ https://www.cairn.info/revue-vingtieme-siecle-revue-d-histoire-2012-1-page-29.htm?fbclid=IwAR1hUGLLcRp_5qlj5azZuPFVqtX0xFB0MY6zw3pXzQQ-4Ucixq-J0xhLb6Y

¹¹ <https://www.cairn.info/revue-la-pensee-ecologique-2022-1-page-3.htm?fbclid=IwAR34FmCyhfCGZPK6MU-5fHWYG8puJwTHfyNVDbnawpDiPOI8VvKbOopifyw>

¹² https://www.cairn.info/revue-vingtieme-siecle-revue-d-histoire-2012-1-page-41.htm?fbclid=IwAR10sGar6MTxX6aNN-CPD_y6lLwybcnp7LkI8DkFdqnyrLNUc9upWjnRJv4Q#s1n3

¹³ <http://www.editionsamsterdam.fr/le-siecle-des-chefs/>

Aunque también fue así en otros contextos, quizás fuera en la Alemania nazi donde la invención de una «naturaleza fascista» se expresó con mayor claridad, dentro de lo que se conoce como la «revolución conservadora alemana» en la República de Weimar. Esta fue liderada por diversas corrientes de derecha reaccionaria, incluido el Movimiento Campesino, los Jóvenes Conservadores y el movimiento *Völkisch*. Ya en el siglo XIX, en el imperio prusiano, los precursores de lo que se convertiría en el movimiento de ideas «völkisch» establecieron un vínculo directo entre la Naturaleza y la identidad racial del pueblo germánico (el *Völk*). De esta manera, los *Völkischen* ensalzaban una existencia armónica del pueblo germánico en una naturaleza «virgen», sublimando al ser humano en su entorno y en la tierra de sus ancestros, mientras encarnaban una cierta resistencia a la modernidad y a sus fábricas que expulsaban humo, talaban bosques y desfiguraban los paisajes. La idea del deber de «restablecer» una raza pura coincidía con la idea de recuperar una Naturaleza original.

Hitler escribió en su siniestro manifiesto *Mein Kampf* que el imaginario *völkisch* había servido para difundir el imaginario nacionalsocialista en Alemania, lo que sin duda es difícil de verificar históricamente, pero muestra la importancia concedida a esta corriente y a sus imaginarios. De manera bastante evidente, la naturaleza es idealizada, representando lo inmutable y estableciéndose como la norma, lo que es y lo que debe ser, desde una perspectiva reaccionaria que pretende trabajar por su mejora (la de la raza aria, en este caso). En este sentido, este paradigma de la naturaleza es decididamente moderno, porque está imbuido no sólo de la separación moderna entre naturaleza y cultura, sino también de un

racismo especialmente metódico y exterminador, muy probablemente de origen colonial¹⁴.

Su utilización en la propaganda nazi habría favorecido el ascenso del régimen y contribuido al fervor popular generado durante sus primeros años. En la misma línea, podríamos decir que las teorías del Lebensraum («espacio vital»)¹⁵ se referían a un territorio casi «racializado», ya que se suponía que era el territorio «original» y «natural» para el «pueblo germánico», es decir, la raza aria. En una Alemania derrotada y asolada por las crisis económicas, estos grupos alimentaron y galvanizaron un cierto imaginario: el de una Nación rodeada de enemigos (un peligro para la soberanía), su integridad amenazada por un enemigo interior (en este caso, el judío o semita, pero también todos los cuerpos considerados «defectuosos» o «impuros»: personas no blancas, con discapacidad, etc.). Parte de esta retórica también parece resurgir en las tendencias ecofascistas actuales¹⁶.

¹⁴ Especialmente teorizado por H. Arendt. La masacre de los Hereros en Namibia es a menudo citada como uno de los indicios de que las violencias coloniales fueron la «antesala del Holocausto».

¹⁵ Justificación ideológica de las primeras invasiones de Alemania (Polonia, Austria), seguidas de la expansión hacia Europa del Este, con todas las consecuencias que ello conllevó.

¹⁶ Por un análisis más en profundidad de las diferentes formas de ecofascismo: *Ecofascismes*, d'Antoine Dubiau (2022), o el episodio del podcast *Avis de Tempête* sobre el tema.

¹⁷ *Ernst Bloch, Herencia de esta época* (Trad. M. Salmerón), Madrid, Tecnos, 2019. Cita comentada por A. Ouattara dans.

ARRANCAR ESTAS ARMAS DE LAS MANOS DE LA REACCIÓN

Si la modernidad ha engendrado sus propias fuerzas reaccionarias, también podemos ver que la idea de naturaleza y la del vínculo entre un grupo (lazos de «sangre») y su territorio (el «suelo») ha desempeñado, históricamente al menos, un papel importante. Los términos utilizados por Ernst Bloch en su libro *Herencia de esta época* («Quitad estas armas de las manos de la reacción»¹⁷) estaban destinados a un uso político directo por parte de los opositores al nazismo. Para Bloch, estas «armas» se referían a la instrumentalización de todos los mitos y símbolos de identificación, como el hogar, el patrimonio y las costumbres, por parte de las corrientes políticas reaccionarias-conservadoras en Alemania. Bajo la apariencia de una crítica de la modernidad, el objetivo era imponerlos contra los valores de la emancipación y contra la figura del Otro (el extranjero, el judío, etc.).

Ernst Bloch, al igual que muchos otros pensadores de la modernidad, rechazó tanto la teleología del progreso como la postura reaccionaria; pensamos aquí, por supuesto, en su contemporáneo Walter Benjamin, pero también Weil y muchos otros autores que, en conjunto, forman esta «tradición olvidada» del pensamiento político, que sólo ha salido a la luz recientemente¹⁸. Explotar estas armas significa reinvertir los ámbitos que la izquierda de la época, cegada por el progreso, ha descuidado: las formas y las huellas de las supervivencias del pasado, es decir, las prácticas llamadas «arcaicas» de su tiempo que contrarrestarían el intento de instrumentalización de las costumbres por parte de las fuerzas reaccionarias.

¹⁸ Vease, en particular S. Audier, *L'Âge productiviste : hégémonie prométhéenne, brèches et alternatives écologiques*. 2019, La Découverte.

Su libro *Herencia de esta época* examina meticulosamente acontecimientos y escenas cotidianas en busca de pruebas de la desafección generalizada, resultado de una pérdida de conexión con las costumbres de los pueblos y los entornos rurales. En opinión de Bloch, fue también esta desafección la que abrió un hueco al que se precipitó el nazismo, llenando el vacío dejado por la izquierda progresista. Y, en efecto, coincidió con el momento en que los principales órganos políticos de la izquierda socialista y del marxismo ortodoxo estaban plenamente comprometidos con el productivismo y la reestructuración territorial. También era un momento en el que la derecha reaccionaria intentaba ponerse una máscara de apariencia familiar y, sin duda, tranquilizadora para quienes temían la modernidad. Los Völkischen pretendían encarnar la resistencia a la perspectiva de un mundo cuantificable y disuelto en las matemáticas y las leyes de la física, y la restauración de lo que se había perdido con la urbanización masiva; con el desarraigo, en otras palabras.

Así, mientras que a cada crítica del progreso, el marxismo prometeico y el socialismo productivista respondían, no sin cierto desdén, diciendo que era un paso necesario hacia la libertad moderna, y mientras que el dominio de la religión retrocedía, las fuerzas reaccionarias, en cambio, se mostraban capaces de canalizar esas «irracionalidades arcaicas» integrándolas en un discurso reaccionario y luego en el «mito de la sangre». Lo que tenía que ver con lo espiritual, con la celebración de la vida colectiva, con el apego a la Tierra, al parecer no encontró un anclaje suficientemente sólido en la izquierda. Es más, la desaparición de las prácticas convivenciales, tal y como las entendía Illich, y el enrarecimiento de los espacios de autoproducción y autonomía política, no parecen

haber preocupado lo suficiente a los contemporáneos de Bloch. Sin embargo, una parte de la población mostraba signos de desafección, de desarraigo podríamos decir aquí, que Bloch llama las huellas de lo «no contemporáneo», es decir, formas de no alineación con el curso de los tiempos, legados del pasado que son la marca de una cierta resistencia/reticencia a la transformación del mundo moderno. Era, tal vez, el signo de una tensión entre modernidad y arcaísmo que él veía como un potencial revolucionario entre capas de la población, es decir, un arma que tal vez habría que pensar en aprovechar, en hacer propia, al menos en cierta medida. Quienes defendían estas ideas críticas con la religión del Progreso fueron poco escuchados por las clases populares, e incluso reprimidos tanto en la política como en las universidades.

En resumen: las fuerzas de la reacción explotaron en parte los efectos del desarraigo que existían en un contexto de profunda desestabilización, de crisis económica y de desplazamientos forzados —éxodo rural, territorios enteros afectados por la guerra, ciudades por reconstruir— que provocaron profundas transformaciones, o más bien rupturas, en las relaciones ser humano-naturaleza y ser humano-no humano. La propaganda nazi se basaba en la idea de un vínculo inmediato entre identidad y suelo, entre una comunidad y su territorio, pero sus dirigentes estaban sin embargo ferozmente comprometidos con el productivismo, e incluso contribuyeron a su aceleración (el propio Hitler se declaraba admirador del fordismo). La nostalgia provocada por el desarraigo de los trabajadores de la tierra se arraigó así en la nación, y el deseo de otras formas de vida que sin duda existía en aquella época fue explotado por un discurso revanchista y supremacista. El arraigo a un territorio y a su historia,

«primera necesidad del alma» según Simone Weil, se integró así paradójicamente en la búsqueda de absolutos y de dominación exacerbada por la propaganda nazi, más que en un movimiento revolucionario y anti-capitalista. Sobre todo, tenemos aquí un ejemplo (entre muchos otros) de los diversos momentos que configuraron la tríada raíces, identidad y raza en la extrema derecha, y contribuyeron a crear una versión racializada de las raíces que volvemos a encontrar hoy en día. Esta es una de las cuestiones que aborda claramente Ernst Bloch en *Herencia de esta época*.

COSMOLOGÍA ECOFASCISTA: el colapso ecológico y el gran reemplazo

Antes de seguir adelante, profundicemos un poco más en la cuestión de este imaginario y de estos modos de entender el mundo. Sin pretender hacer una presentación exhaustiva¹⁹, he aquí un intento de trazar lo que parece el imaginario, la cosmología ecofascista, una combinación de amor a la naturaleza y odio racial. Se trata de motivos que no deben tomarse como una caricatura, sino más bien como una ayuda para «leer» el ecofascismo.

Los motivos clásicos de la extrema derecha están presentes: en primer lugar, la existencia de un grupo «civilizacional» que supuestamente comparte un mismo linaje, una misma cultura y un mismo territorio. Dependiendo de dónde provenga el discurso, puede referirse a un grupo de diferente escala, formado bien por los

¹⁹ Recomendamos para ello la lectura de A. Dubiau, *Ecofascismoe*, Grèves, 2022. Esta serie de artículos publicados en *Reporterre* ofrece también un resumen: <https://reporterre.net/Enquete-sur-l-ecofascisme-comment-l-extreme-droite-veut-recuperer-l-ecologie#nb2>

llamados «autóctonos» de una región, bien por «el pueblo» (francés, germánico, etc.), o bien por la «civilización» (europea). Cada (eco)fascista tiene su propio punto de referencia geográfico para el grupo civilizacional. Este grupo supuestamente civilizacional y hereditario tendría un interés inmediato en unirse en el contexto de una amenaza más o menos inminente, y en apartarse de la lucha contra las relaciones de opresión dentro de ese grupo. Por otra parte, como ya se ha visto, si la globalización «desenfrenada» y la pérdida de soberanía nacional en el sistema neoliberal preocupa a los ecofascistas, es sobre todo en el plano cultural y simbólico (habría que reencantar las tradiciones y restaurar la familia como unidad básica de la sociedad para hacerle frente), ya que están muy satisfechos con el capitalismo local y elitista, siempre que esté «arraigado²⁰», es decir, que juguemos la carta de la «preferencia nacional» en términos comerciales (al menos, cuando sea rentable para la nación).

Nos encontramos entonces con la figura fantasmagórica del *Otro* (el judío «nómada», el árabe, el «emigrante»... se trata evidentemente de racismo). Se supone que esta figura acelera la catástrofe: acaparamiento de tierras, urbanización, usurpación de empleos, desnaturalización, etc. e incluso, yendo más lejos, agrava el hundimiento de la cultura europea. Las iniciativas para acoger a estas personas o apoyar sus luchas equivaldrían a una traición y demostrarían el deseo de destruir al propio grupo. Hoy, la encarnación por excelencia de este «Otro» inquietante para el ecofascismo es el refugiado climático, que amenaza con

²⁰ Institut Illiade, intervención en un coloquio de 2021 : «Témoignages croisés. Entreprises et entrepreneurs enracinés», Charles Beigbeder, Élisabeth Lefebvre et Véronique Monvoisin, sur <https://institut-iliade.com/iliade/colloque-2021/>

llegar por el sur de Europa: un miedo basado en parte en la narrativa totalmente falaz de la «colonización inversa». El ecofascista se presenta como el centinela esclarecido de un pueblo que aún no es consciente de que se dirige hacia el desastre, en una situación en la que el caos está a punto de estallar. Para defenderse, todos los medios son buenos; al menos eso es lo que ha llevado a dos hombres a cometer atentados reivindicados en nombre del ecofascismo, en Estados Unidos y Nueva Zelanda²¹.

Así pues, el ecofascismo parece resurgir, tras décadas de extremismo de extrema derecha en su inmensa mayoría escéptico respecto a la cuestión climática, en la confluencia de las teorías del Gran Reemplazo²² y la perspectiva de un inminente colapso ecológico y civilizatorio. Este último parece encajar perfectamente en la narrativa del Gran Reemplazo, ya que la crisis ecológica precipita y agrava la amenaza de «invasión» por parte de los migrantes climáticos. Por tanto, se perfilaría el escenario de una «guerra racial» en la cual se tendría que «reconquistar» el propio territorio frente a un invasor ficticio: de ahí la creación de espacios locales

²¹ El 15 de marzo de 2019, en Christchurch (Nueva Zelanda), Brenton Tarrant abrió fuego en una mezquita, matando a 51 personas e hiriendo a otras 49, tras declararse públicamente ecofascista. En El Paso, Texas (EE. UU.), Patrick Crusius mató a 23 personas e hirió a otras 26 con un arma automática en un supermercado frecuentado por hispanos, reivindicando su acción como un intento de reducir la población para preservar el futuro. El 14 de mayo de 2022, otro joven de 18 años atacó a tiros un supermercado de Buffalo, matando a diez personas, en su mayoría afroamericanos. Afirmó ser ecofascista, entre otras cosas. Las autoridades estadounidenses sólo calificaron este acto de «crimen racista».

²² Título de un libro de Renaud Camus, que es ahora la fantasía más común de la extrema derecha sobre la inmigración en Francia.

(bases autónomas sostenibles, ecoaldeas, AMAP²³, pero también bares y okupas²⁴ influenciados o dirigidos por personalidades o grupos de extrema derecha. Estos anclajes territoriales también permitirían reclutar miembros y difundir propaganda neofascista durante un «curso» o una estancia en estos lugares. Hoy en día, diferentes militantes soralianos²⁵ ensalzan las virtudes de la permacultura y proponen formarse en ella, junto a toda una serie de prácticas esotéricas. También está el Movimiento de Acción Social (MAS), que en el pasado intentó establecerse en las zonas ocupadas (la ZAD de Testet) y ahora se presenta con otros nombres.

Estas prácticas identitario-ecologistas siguen siendo marginales, pero ya se pueden prever varios espacios que podrían (o no) servir de pasarela hacia ellas, desde nuevos eventos como el «Salon du Survivalisme» de París²⁶, redes que se desarrollan muy rápidamente en torno a las teorías de la conspiración como la red Solaris (en línea), hasta ciertos «ecohabitats» o espacios de prácticas espirituales esotéricas que disimulan (a duras penas) sus orientaciones ideológicas reaccionarias. A medida que la ecología se convierte en una cuestión cada vez más política, no debería sorprendernos que

²³ Asociaciones para el Mantenimiento de una Agricultura Campesina, cooperativas de compra directa a agricultores que existen en Francia de muy diverso tipo (NDT).

²⁴ Lo hemos visto en Lyon, por ejemplo, con el bar La Traboule y una casa ocupada abierta por militantes fascistas y reservada al alojamiento de indigentes «autóctonos».

²⁵ Alain Soral es un ideólogo de extrema derecha, que ciertamente no puede calificarse de ecologista (fue escéptico climático durante mucho tiempo), pero que reúne a su alrededor a personas que se proclaman ecologistas conservadores.

²⁶ <https://survival-expo.com/> *Ce Salon s'est tenu à Paris* (La Villette) en 2021.

algunas de las nuevas generaciones se vuelvan cada vez más receptivas a los discursos de una extrema derecha «ecológica». Sobre todo cuando algunos parecen ser inicialmente difíciles de identificar: el manifiesto de los Localistas (partido fundado por Andréa Kotarac y Hervé Juvin), por ejemplo, está en línea con discursos decrecentistas y ecologistas que a menudo se suponen anclados en la izquierda, al tiempo que muestra vínculos con la extrema derecha. Todo ello en un contexto en el que muchos años de banalización mediática de la extrema derecha han permitido que sus ideólogos sean conocidos por todos. Todos estos ámbitos, desde un punto de vista estratégico, parecen al menos dignos de ser vigilados y combatidos, con nuestros medios y a veces en su propio terreno...

En resumen, la cosmología ecofascista se ocupa del desarraigo a su manera, proponiendo un reencantamiento de la cultura a través de la Tradición y un enraizamiento identitario y racializado del pueblo. Estas propuestas reposan principalmente en la perspectiva del restablecer un orden simbólico y en el mito de la sangre. Como todo discurso fascista, instrumentaliza las emociones ligadas a la pérdida de sentido, a la desorientación, al desafecto y a la desvalorización para crear adhesión exaltando la pertenencia a un grupo destinado a ascender y, en última instancia, a dominar. El proyecto político se basa en la regeneración de una comunidad de sangre, el refuerzo de sus vínculos con el entorno y se acompaña generalmente de la dominación de los cuerpos de *los Otros*. Por supuesto, a pesar de algunos vídeos en línea sobre la permacultura o el supervivencialismo, las extremas derechas²⁷ han producido sobre todo una retórica reaccionaria en una atmósfera de incitación a la guerra civil, más que propuestas realmente pertinentes de

transformación de los territorios y de los modos de vida, de eso no cabe duda: pero no por ello dejan de apoyarse en un arsenal ideológico y simbólico importante y, según parece, en proyectos políticos vinculados a la autonomía material en un territorio determinado.

Hablar de ecofascismo, por tanto, quizás no sea simplemente tratar de caracterizar «una» nueva tendencia de extrema derecha a añadir a todas las que ya existen, sino más bien contemplar el fascismo, tanto su historia como sus evoluciones y resurgimientos actuales, según la idea de Naturaleza que alberga, su proyecto relativo a la relación entre el ser humano y la Naturaleza y todo lo que se deriva de ella, lo que acabamos de hacer muy brevemente aquí. A fin de cuentas, la cuestión del enraizamiento en un territorio, en un medio de vida, que en algunos puntos se superpone a la cuestión del habitar y a la cuestión de lo terrenal, también parece ser una baza potencial en el terreno del fascismo. En resumen, puede que «habitar» se esté convirtiendo en una de las palabras clave de la ecología política, pero las cuestiones de la pertenencia, el alojamiento y los vínculos con el entorno siguen siendo terrenos de disputa, y las ideologías reaccionarias también se están apropiando de ellos. Tampoco hay que inflar artificialmente la amenaza, porque la ecología de extrema derecha está en pañales y es minoritaria, comparada con la nebulosa de la que es protagonista Eric Zemmour, por ejemplo. Tampoco está organizada a gran escala, pero incluso si lo estuviera, esto nos permitiría cuestionar nuestros propios puntos ciegos y debilidades en este ámbito.

²⁷ Sería mejor hablar de extremas derechas en plural, dadas las diferencias y los conflictos a veces violentos que han podido tener lugar entre neopaganos, católicos conservadores, monárquicos, revolucionarios y neonazis, entre el Partido Nacionalista Francés Europeo y los argelinos procedentes de la OAS, etcétera.

RECONSTRUIR LOS LAZOS TERRENALES: hacia ecologías antifascistas

Contemplar la catástrofe ecológica desde la perspectiva del desarraigo significa hacer hincapié en el modo en que se experimenta la catástrofe desde el punto de vista del «habitante»: desde un conjunto de dimensiones propias del ser en su espacio vivido, a la vez materiales, relacionales e imaginarias, de carácter colectivo y sensible, desde territorios políticos que afectan también a la construcción de uno mismo y de la identidad colectiva. Es también una forma de dar sentido a los signos manifiestos de los efectos del desarraigo: las heridas aún abiertas vinculadas a los desplazamientos forzados y a las historias coloniales, los sentimientos de rabia y desolación ligados a la impotencia ante el deterioro de un entorno familiar²⁸ (la llamada «eco-ansiedad»), o los problemas de atención vinculados al desarrollo de la tecnología digital (una inmensa aliada del desarraigo). Todos ellos podrían verse también como manifestaciones de la urgente necesidad de restablecer vínculos que no se basen en la violencia, sino en la reparación de las violencias perpetuadas, repetidas y mantenidas en el actual estado de cosas.

Los cambios que necesitamos deben permitirnos restablecer los lazos terrenales entre nosotros y nuestro vínculo con la tierra, lejos de la resbaladiza pendiente del ecofascismo. Esto sólo es posible si primero nos deshacemos de la vieja creencia en el progreso y el desarrollo técnico. Hemos heredado para ello un conjunto de tradiciones libertarias, críticas con el progreso, y conscientes de los efectos a la vez grandiosos y catastróficos

²⁸ Baptiste Morizot, «Ce mal du pays sans exil. Les affects du mauvais temps qui vient», *Critique*, n.860-861, 2019.

del desarrollo industrial capitalista sobre nuestras relaciones humanas, desde Walter Benjamin, Bloch y Weil, pero también más cercanos dentro de la ecología social o libertaria, como Murray Bookchin. A su lado, una serie de historias dan testimonio de la posibilidad de crear una relación emancipadora con la forma de vivir la tierra, desde las experiencias anarquistas durante la Revolución española de 1936-1939 hasta las que nos llegan ahora desde Chiapas, y que reivindican también autoras como las feministas de la subsistencia²⁹.

Repensar, pues, y sobre todo reconstruir conjuntamente libertad y necesidad es el proyecto de la autonomía política, articulado en torno a una lucha por la emancipación social, política, material, intelectual y corporal y la búsqueda de una relativa autonomía material mediante el control de al menos una parte de los medios de subsistencia. Se trata de romper con la concepción moderna de la libertad como liberación de la necesidad, que ha llevado a socavar sus fundamentos materiales³⁰. Dado que hoy dependemos casi por completo de infraestructuras extractivistas y capitalistas, y que éstas son las mismas que sustentan nuestras relaciones actuales (desarraigadas) con la naturaleza, recuperar formas de autonomía parecería ser la mejor manera, si no la única, de volver a tejer otros mundos. Debemos reconsiderar no sólo las cuestiones de autonomía material, sino también y al mismo tiempo nuestra cultura, y las dimensiones

²⁹ Por ejemplo Geneviève Pruvost, *Quotidien politique*, 2022, La Découverte. La perspectiva de la subsistencia refleja fielmente lo que exponemos.

³⁰ Sobre esta cuestión: *Terre et Liberté. La quête d'autonomie et le fantasma de la délivrance*, d'Aurélien Berlan, éditions La Lenteur, 2022.

extramateriales de aquello a lo que se aspira: nuestras diferentes necesidades de enraizamiento, la multiplicidad de nuestras identidades, la creación de costumbres convivenciales o incluso la transmisión (también a través de formas rituales o simbólicas) entre una generación y las que la precedieron. ¿Qué podemos hacer con estas cuestiones, como la identidad, que, a nuestro alrededor, parecen beneficiar más a los identitarios que a las aspiraciones de autonomía y libertad terrenales?

Hay buenas razones para ser cautelosos con las cuestiones de identidad, pertenencia o enraizamiento. Hay que decir que los debates que inundan los medios de comunicación sobre este tema suelen estar protagonizados por identitarios, racistas y reaccionarios. Es importante recordar que existen muchas otras formas de declarar el apego a los territorios: por ejemplo, en las zonas ocupadas para defenderlas, como las ZAD, pero también en las regiones que reivindican su autonomía. Además, en los movimientos decoloniales, la reivindicación de una identidad, de un origen o de una pertenencia (antillana, por ejemplo) o incluso la identificación con un grupo (racializado, de género) no es en absoluto comparable a la de los identitarios, ya que de lo que se trata es de hacerse oír cuando se es invisible, y no de dominar (lo que puede molestar a algunos³¹). Por eso, eludir simplemente la cuestión de la identidad y dejársela a la extrema derecha no es del todo adecuado, al menos cuando se trata de nuestras experiencias de desarraigo.

En otras palabras, se trataría de auto-descolonizar nuestras identidades: la identidad como relato sobre uno mismo, sobre la propia historia y, por tanto, relato

³¹ A. Mahoudeau, *La Panique woke*, Editions Textuels, 2022.

del que extraer una fuerza subversiva. Tal vez habría que dejar de lado la palabra identidad, por prudencia, y sustituirla por *apegos* o incluso por *historia*, según desde dónde hablemos: la identidad, tal y como la concebimos aquí, no es la esencia de nosotros mismos, sino más bien aquello a lo que tendemos y a lo que aspiramos. Este trabajo, en cualquier caso, merece la pena hacerse, incluso y puede que aún más para quienes, como quien escribe este artículo, sean blancos y tengan los papeles de identidad en regla. Puede parecer extraño hablar de descolonización a este respecto, pero de lo que se trata es de reconocer que la supuesta «historia colectiva» de Occidente que domina nuestras escuelas y museos no es más que la de los sucesivos desarraigos del capitalismo, los efectos del colonialismo en los territorios colonizados pero también dentro de las fronteras de Europa, lo que ha dado lugar a una autopercepción hinchada de orgullo tanto como de olvido de nuestras tradiciones populares y revolucionarias. Lo que constituye el contenido de nuestras identidades no es una historia universal (marcada por la colonialidad), sino la historia de una multitud de mundos entrelazados y la lucha contra lo que los socava.

Así pues, incluso dentro de nuestras fronteras, nuestras identidades y nuestras narrativas no pueden limitarse a las del Estado francés y sus sucesivos regímenes, como tampoco pueden ser la narrativa del progreso lineal hacia una sociedad liberada de sus limitaciones naturales. En efecto, no existe realmente una única Historia de Francia, como tampoco existe una única Historia de la Humanidad desde el punto de vista del «habitante».

Hoy en día, son escasos los discursos sobre de dónde venimos que no caigan en una dudosa mezcla de fantasía rural y posturas retrógradas o incluso reaccionarias.

No obstante, si queremos romper con esta «cultura del desarraigo», necesitamos discursos que nos conecten, que nos vinculen a los territorios y que nos devuelvan al patrimonio vivo de estas identidades múltiples que el Estado ha homogeneizado. No se trata de buscar una identidad que tenga «una sola raíz» en el mismo suelo helado, sino identidades que extiendan «raíces hacia arriba» (Édouard Glissant). En otras palabras, identidades vivas creadoras de mundos múltiples, como han teorizado sólidamente desde las perspectivas decoloniales. Estas perspectivas siguen inspirando el trabajo teórico y práctico que nos proponemos emprender. Más que echar raíces, lo que podemos plantearnos es *construir un mundo* buscando formas interesantes de organización comunitaria, procurando que costumbres vivas como las danzas tradicionales no se conviertan en folclore, reapropiándonos de saberes situados (naturalistas, artesanales, de cuidados), fomentando la creatividad y la búsqueda de intensidad en la vida social, porque en definitiva son todas ellas las que permiten hacer multitud.

Los espacios de desarraigo son el producto de un proceso histórico y económico concebido para optimizar la circulación y la producción de valor. A pesar de todo, estos lugares desolados siguen albergando una vida colectiva ritualizada, historias, resistencias y prácticas de subsistencia, que dan lugar a sujetos de lucha. Todas estas historias son recursos que hay que movilizar hoy en la lucha contra el ecofascismo, junto con toda una serie de otros frentes de lucha que hay que librar, tanto en el plano ideológico³² como práctico³³. Quizá entonces avancemos realmente en la ruptura con la colonialidad que impregna nuestra forma de entender la pertenencia a un lugar. Quizás seamos más capaces de

ver la multiplicidad de figuras y rostros capaces de dar forma a las revoluciones ecológicas y terrenales en el corazón de nuestro presente.

³² Sobre las concepciones de la naturaleza que sustentan la mayor parte del discurso ecofascista, leer P. Madelin, *La tentation écofasciste : écologie et extrême-droite (à paraître en 2023)*, Ecosociétés.

³³ Cartografía de diferentes tendencias de la extrema-derecha en Francia por *La Horde*: <https://lahorde.samizdat.net>

9. Estrategia ecosocialista en tiempos turbulentos

Martín Lallana Santos

¿Por qué narices hablamos de ecosocialismo? ¿Acaso el socialismo no busca ya la regulación libre y consciente del metabolismo social? ¿Están incompletas las herramientas clásicas de análisis marxista para afrontar el periodo histórico actual? ¿Qué implicaciones sustanciales tiene la crisis ecológica para la organización y estrategia socialista?

A lo largo de este artículo trataremos de abordar algunos de los elementos centrales que definen el campo de la estrategia socialista en relación a la crisis ecológica. La tesis principal que queremos defender aquí es que el análisis marxista sigue siendo la mejor herramienta para afrontar esta situación cualitativamente diferente, mientras que la gravedad, urgencia e irreversibilidad de las consecuencias imponen unas tácticas y demandas transitorias específicas. La pregunta relevante no es si el capitalismo será o no capaz de resolver la crisis ecológica, sino cómo podemos resolver la crisis ecológica en la escala y tiempos necesarios al mismo tiempo que avanzamos en la construcción de un poder de clase que

sea capaz de superar el capitalismo. No nos valen, por tanto, respuestas evasivas en las que únicamente nos preocuparemos por el humo de las chimeneas cuando hayamos socializado la propiedad de las fábricas. Una estrategia socialista consciente de la gravedad de la crisis ecológica debe ser capaz de integrar en su horizonte de transformación radical el objetivo de evitar la extinción masiva de especies, la degradación de la fertilidad de los suelos, el agotamiento de determinados recursos naturales o la destrucción global asociada al caos climático. Debe hacerlo porque todos estos fenómenos suponen un ataque sobre las condiciones que harían posible la universalización de una vida digna para el conjunto de la humanidad. Pero también, y especialmente, debe hacerlo porque en esas luchas y conflictos específicos tienen la capacidad de generar un antagonismo entre la clase trabajadora y el poder capitalista, que puede ser especialmente fértil para avanzar hacia el socialismo. Tal y como afirmaban Joel Kovel y Michael Löwy en 2001:

«El ecosocialismo mantiene los objetivos emancipatorios del socialismo de primera época y rechaza tanto las metas reformistas, atenuadas, de la socialdemocracia, como las estructuras productivistas de las variantes burocráticas del socialismo. En cambio, insiste en redefinir tanto la vía como el objetivo de la producción socialista en un marco ecológico»¹

Es en este marco amplio desde el que entendemos el ecosocialismo, y desde el cual consideramos urgente y

¹ Joel Kovel y Michael Löwy (2001). *Manifiesto ecosocialista*. Disponible en: <https://systemicalternatives.org/2014/03/05/manifiesto-ecosocialista/>

necesario avanzar teóricamente sobre las implicaciones estratégicas asociadas. Para ello, en las próximas páginas recorreremos aspectos centrales relativos a la conceptualización de la crisis ecológica, la crisis del capitalismo global, las discusiones sobre el estado y la planificación, las demandas transitorias, el tiempo roto de la política y la organización.

¿A QUÉ NOS REFERIMOS CUANDO HABLAMOS DE CRISIS ECOLÓGICA?

Nos parece importante detenernos inicialmente para clarificar cuál es nuestra comprensión de los escenarios de degradación ecológica masiva que tenemos por delante. El bombardeo y la saturación de informes, publicaciones, noticias y discursos sobre dicha degradación muchas veces confunde más que clarifica. No es de extrañar que una parte importante de la percepción social asocie actualmente el ecologismo a cuestiones como reciclar, cerrar el grifo al lavarse los dientes o no tirar colillas al suelo. Del mismo modo, suele presentarse un tándem entre diagnóstico catastrófico junto a falsas soluciones guiadas por grandes empresas, como el unicornio de la economía circular, la quimera de la neutralidad climática, o el gamusino del vehículo eléctrico. Todo ello ocurre al mismo tiempo que las narrativas de transición verde se utilizan como justificación para los procesos de reajuste de la acumulación capitalista, implicando en muchos casos un ataque sobre el trabajo y una desposesión sobre los territorios. Una de las consecuencias lógicas es, por tanto, la generalización de la frustración y el rechazo ante todo lo que tiene que ver con la denominada transición ecológica.

Sin embargo, esto en ningún caso puede implicar un proyecto socialista que se desentienda de la crisis ecológica. Debemos partir de una comprensión propia, sólida, precisa y que apunte hacia los eslabones en los que antes puede estallar el conflicto. Un marco de análisis para aproximarse a ello se encuentra en el concepto de *fractura metabólica*, ya presente en la obra de Marx: «un desgarramiento insanable en la continuidad del metabolismo social, prescrito por las leyes naturales de la vida». Este concepto ha sido explorado por autores como John Bellamy Foster² o Kohei Saito³. Desde el Estado español, Joaquim Sempere⁴ habla de una triple fractura metabólica, marcada por: (1) el paso de una matriz energética renovables a una fósil, (2) la ruptura del ciclo biológico de producción alimentaria por la introducción masiva de fertilizantes químicos, y (3) el expolio mineral del subsuelo con el riesgo asociado de un agotamiento de los recursos. Esta triple ruptura provocaría una irreconciliable continuidad del actual modo de producción basado en la reproducción ampliada del capital con respecto a los límites ecológicos del planeta. Al mismo tiempo, establece unos objetivos específicos para el socialismo, persiguiendo reintegrar la actividad económica de la sociedad en los ciclos de regeneración de los ecosistemas que sostienen la vida. Las consecuencias que se derivan de esa *superación de los límites biofísicos* es lo que denominamos de forma genérica como *crisis ecológica*.

² John Bellamy Foster (2008). *La ecología de Marx: Materialismo y Naturaleza*. El Viejo Topo

³ Kohei Saito (2022), *La naturaleza contra el capital: El ecosocialismo de Karl Marx*. Bellaterra Edicions

⁴ Joaquim A Sempere (2018). *Las cenizas de prometeo: Transición energética y socialismo*. Pasado y Presente

Aspectos específicos como el cambio climático, la pérdida de biodiversidad o el agotamiento de suelo fértil son algunos de los síntomas. Sin embargo, una comprensión sólida y precisa debe ir bastante más allá.

En nuestra conceptualización, concebimos la crisis ecológica como una sucesión de crisis múltiples, sucesivas y enlazadas. Nos enfrentamos a un escenario que va a ir sumando capas de complejidad creciente. A medida que se va agotando el aceite que engrasa la circulación de capital, muchas partes empiezan a rechinar. No va a llegar ningún evento que simplifique todo el campo político, ni hay ningún elemento que vaya a dominar y guiar a todos los procesos, como podría ser el pico petróleo. Por relevantes, graves y profundos que sean algunos fenómenos, la realidad siempre va a mostrarse mucho más enmarañada. Esto pretende diferenciarse de una comprensión lineal y mecánica que culmina en un momento catastrófico en el que se certifica que ocurrió lo peor, lo cual se corresponde con la imagen que proyectan determinadas posiciones colapsistas, pero que también alimenta argumentos reformistas.

Esto quiere decir que la crisis ecológica no se suma simplemente a otros procesos violentos del desarrollo del capitalismo: más bien la crisis ecológica es una expresión de crisis del modelo de acumulación capitalista. La caída en la tasa de beneficio de los años 70 exige la ampliación de la explotación del trabajo humano y el expolio de la naturaleza, lo cual se logra a partir de la implantación del neoliberalismo global a finales de los años 80. Es eso lo que explica que en los últimos 30 años se hayan producido la mitad de las emisiones de gases de efecto invernadero de la modernidad. No es un despiste, y no podía evitarse sin desafiar al capital. En este

marco de comprensión, cualquier posibilidad de resolver la crisis ecológica pasa necesariamente por una transformación radical en el campo de las relaciones de producción.

Al mismo tiempo, debemos prestar atención a cómo cada una de estas crisis se mostrará bajo unas características específicas, que muchas veces se estructuran en torno a cuestiones que aparecen alejadas de las causas ecológicas de fondo. Podemos encontrar ejemplos como la inflación, la deuda o el giro autoritario, que responden a procesos propios pero que cada vez se van a ver más influenciados por los síntomas de la crisis ecológica⁵. En la mayoría de los casos, nos enfrentamos a una *expresión no-ambiental* de la crisis ecológica. En pocos casos se mostrará como algo *puro e ideal* en el que haya una línea clara que una las causas con las consecuencias. No porque sea todo muy confuso y borroso, sino porque esa línea no existe. Como decimos, no hay una cosa llamada crisis ecológica que se suma a otra cosa llamada desigualdad social, a otra llamada explotación laboral y a otra llamada opresión de género. La combinación única de todas ellas es la forma en la que aparece la actual crisis del capitalismo global ante nosotras. Esto debe ser comprendido como el resultado del proceso histórico que nos ha conducido hasta este punto, no como una realidad que viene dada de forma estática. Han existido previamente situaciones puntuales y localizadas de ruptura de los ciclos de regeneración natural bajo otras formas de organización social. A lo que nos enfrentamos actualmente, sin embargo, es al resultado específico de los procesos guiados durante los últimos dos siglos por la acumulación de capital, como la revolución industrial

⁵ Christopher Olk. *No hay estabilidad de precios en un planeta moribundo*. Viento Sur, 11 de octubre de 2022.

hacia fuentes energéticas fósiles, el imperialismo o la globalización. Su expresión y su superación, por tanto, será inseparable de los mismos.

Esto implica que, en muchos casos, los conflictos, estrallidos y revueltas sociales que se sucederán en el futuro no se darán bajo consignas puramente ecológicas o relativas a los límites biofísicos del planeta. Y, en muchos casos, paradójicamente, será justamente en aquellos conflictos sociales menos cercanos narrativamente a la crisis ecológica donde podremos encontrar los mimbres necesarios para construir las salidas políticas a las causas de la misma. La tarea revolucionaria, por tanto, se encuentra en saber intervenir en cada uno de esos conflictos buscando introducir una orientación ecososocialista en su desarrollo. En cada una de estas crisis se abren posibilidades de ruptura. Por tanto, los procesos de lucha colectiva que ahí se desarrollen tendrán una influencia sobre nuestra capacidad de abordar la siguiente crisis. Nuestra comprensión es la de un escenario acumulativo, en el que será el trabajo político y social de cada fase lo que determine la capacidad de una reorganización de nuestro mundo. Será justamente la acumulación de procesos en los que amplias mayorías populares entran en conflicto lo que permitirá un aprendizaje y una explicación de los fenómenos globales que posibilitará avanzar en la construcción de una alternativa.

Por último, consideramos que en ningún caso este proceso de degradación ecológica masiva y escasez de recursos establece escenarios en los que se acaben las posibilidades de una práctica política emancipadora y de justicia social. Sea lo grave que sea, alcance la violencia que alcance, la posibilidad y la obligación de llevar a cabo una lucha colectiva para mejorar las condiciones de vida de las clases desposeídas seguirá vigente.

TURBULENCIAS ECONÓMICAS

Reintegrar nuestro metabolismo social en los ciclos de regeneración de la naturaleza exige transformaciones radicales, a una escala y velocidad que apenas conocen precedentes en la historia reciente. Hablamos de transformaciones como sustituir el conjunto de tecnologías energéticas basadas en los combustibles fósiles por tecnologías que aprovechan las fuentes de energía renovable, reconfigurar las dependencias hacia el comercio y el transporte internacional, expandir masivamente sistemas de transporte público colectivo, dismantelar la industria cárnica y realizar una reforma agraria agroecológica, iniciar programas masivos de cuidado de ecosistemas, rehabilitar energéticamente los edificios o llevar a cabo una reorganización urbanística y territorial generalizada. Y todo esto debería ocurrir a nivel global en un margen temporal de apenas tres décadas para evitar superar los *puntos de no-retorno* que nos conducirían a unos niveles de catástrofe históricamente inimaginables.

Esto implica necesariamente que muchas, muchas, cosas deben moverse en la esfera económica. Sin embargo, pensar en esas transformaciones radicales sobre la esfera productiva de forma voluntarista y ajena a la realidad concreta sobre la que trabajamos es un error. Como afirmaba Marx en El 18 brumario de Luis Bonaparte:

«Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado. La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos»⁶

Estas palabras resuenan con especial dureza en el momento actual, donde nada nos gustaría más que poder hacer historia a nuestro libre arbitrio. A lo que nos enfrentamos, sin embargo, es a una realidad marcada por las dinámicas de un capitalismo global que se encuentra en una profunda crisis de acumulación. Esto no es algo que pueda ser ignorado, ni mucho menos sorteado. La crisis prolongada del capital, con una tasa de ganancia estancada desde hace décadas, define el campo en el que nos movemos. Esto tiene una serie de consecuencias inevitables para cualquier proyecto político que pretenda abordar la crisis ecológica.

Isidro López y Rubén Martínez, en su libro «La solución verde», destacan cuatro fenómenos que caracterizan la crisis del modo de producción a la que nos enfrentamos: (1) crisis de sobreproducción y caída tendencial de la tasa de beneficio, (2) represión salarial, (3) agotamiento del cambio tecnológico y la productividad del trabajo, (4) erosión de la inversión productiva⁷. Y, si algo requiere una profunda transición ecológica es, sin duda, enormes cantidades de inversión productiva. Nuestra economía, sin embargo, no se mueve por voluntades externas, sino guiada por una sencilla ley de hierro: el capital está obligado a producir más capital. En este contexto, la incapacidad experimentada a la hora de elevar la productividad del trabajo mediante el cambio tecnológico empuja a que el requisito para una reestructuración capitalista se encuentre en el recorte de los salarios.

⁶ Karl Marx (1852), *El 18 de brumario de Luis Bonaparte*. Disponible en: <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1850s/brumaire/brum1.htm>

⁷ Isidro López y Rubén Martínez (2021). *La solución verde: Crisis, Green New Deal y relaciones de propiedad capitalista*. La Hidra Cooperativa: Barcelona.

Al mismo tiempo, ante el estancamiento de la economía mundial el capital se ha desplazado masivamente hacia las finanzas adoptando un carácter cada vez más rentista. Este desplazamiento aumenta las dinámicas de expolio y desposesión. Encontramos ejemplos de ello en ejes clave para la reproducción social y sostenibilidad de la vida como son la vivienda, los suministros básicos y la alimentación, donde las dinámicas de extracción de valor por parte de los mercados financieros delimitan cada vez más su acceso. En este contexto, tal y como afirma Javier Moreno Zacarés: «la acumulación de capital se convierte en gran medida en un conflicto redistributivo de suma cero en el que la inversión huye a la seguridad del rentismo»⁸. Los proyectos políticos nekeynesianos que se agrupan actualmente en torno a la consigna del *Green New Deal* intentan desbloquear la inversión productiva del capital arrancando los recursos que actualmente están en manos de las finanzas. Esto, sin embargo, será bastante complicado ante las enormes dificultades a la hora de relanzar un ciclo expansivo de acumulación en el futuro próximo. El problema de fondo se encuentra en que apenas existen tendencias rentables que alimenten ese ciclo desde la esfera de la producción. Muestra de ello se encuentra en la escasa eficacia mostrada por las políticas de expansión cuantitativa de los bancos centrales, con efectos únicamente narcotizantes.

Esta incapacidad de relanzar una onda económica expansiva resulta especialmente problemática ante la urgente necesidad de una profunda transformación sobre las tecnologías energéticas. La denominada

⁸ Javier Moreno Zacarés (2021). *¿Euforia del rentista?.* *New Left Review* 129, 51-74. Disponible en: <https://newleftreview.es/issues/129/articles/euphoria-of-the-rentier-translation.pdf>

transición energética hace referencia a una verdadera revolución tecnológica, incluso superior a las ocurridas previamente en la historia. Sin embargo, aquí de nuevo encontramos cómo aquellas transformaciones tampoco ocurren al libre arbitrio. En su investigación sobre las ondas largas del desarrollo fósil, Andreas Malm, destaca cómo el capitalismo ha superado las fases económicas descendentes incrementando el consumo en base a energías fósil⁹. Los desarrollos tecnológicos asociados a cada fuente energética son conocidos con anterioridad, pero el desarrollo masivo que las lleva a ser dominantes se produce como parte de un ciclo económico ascendente. El paso de una matriz energética fósil a una renovable, sin embargo, implica también cambios sustanciales sobre el funcionamiento del modo de producción capitalista durante los últimos dos siglos. Ante esta constatación, Malm señala: «La pregunta que debe hacerse, entonces, es si la acumulación de capital en general y una fase de expansión renovada en particular son compatibles con un uso exclusivo del sol, el viento y el agua».

Ahondando en esta misma dimensión, Daniel Albarra-cín examina cómo relanzar un ciclo expansivo en el que se produzca un cambio sustancial del modelo productivo sólo ocurrirá ante la expectativa de beneficio por parte del capital¹⁰. Y eso, en las circunstancias actuales, únicamente parece posible mediante una intensificación formidable de la explotación y una expansión de los mercados en

⁹ Malm, A. (2021). *Ondas largas del desarrollo fósil: periodizando la energía y el capital*. ANTAGÓNICA. Revista De investigación Y crítica Social - ISSN 2718-613X, 2(4), 59-82.

¹⁰ Albarracín Sánchez, D. (2022). *Controversias socioeconómicas sobre la tecnología: ¿Una nueva onda larga expansiva gracias a la revolución digital?*. Revista Internacional De Pensamiento Político, 17(1), 435-456. <https://doi.org/10.46661/revintpensampolit.6810>

nuevas esferas de la vida. Es decir: mayor explotación de las fuerzas de reproducción, mayor expolio de los recursos naturales y mayor aumento de las desigualdades.

Todos estos elementos complejizan el terreno económico sobre el que nos movemos, y presentan serios límites a todos aquellos proyectos políticos que pretendan navegar estas turbulencias sin asumir una estrategia de ruptura con el capital. La crisis ecológica se enmarca en la actual crisis de acumulación, tensiona sus límites y aumenta la urgencia para escapar de ella. Pretender solucionarla en su interior, más allá de ser probablemente imposible, nos hace perder un valiosísimo tiempo. Sin embargo, que no sea posible solucionarla no implica que no vayamos a experimentar múltiples intentos de refloatar la acumulación capitalista bajo la justificación verde. Tal y como afirman Isidro López y Rubén Martínez:

«En el fondo de todas las estrategias, regulaciones y procesos hay un mismo problema por resolver: la extracción de plusvalor y el saqueo gratuito de recursos naturales, energía y trabajo humano no remunerado ha entrado en una espiral de encarecimiento y por momentos de inviabilidad que está poniendo en apuros la reproducción ampliada del capital. Desde hace varias décadas, este proceso produce más costes que ventajas a la mayoría de la población mundial. Una de las expresiones de esa forma de valor negativo a la que ha llegado el capitalismo histórico es el calentamiento global que amenaza la vida en la Tierra, pero antes y de forma más inmediata es una amenaza para la propia acumulación capitalista. Es precisamente frente a la imposibilidad de mantener a flote la tasa de beneficio y frente a la clara materialización de las contradicciones capital-naturaleza por lo que las fuerzas

capitalistas plantean su solución verde»

El proyecto de un ecosocialismo revolucionario debe ser capaz de desmarcarse de falsas soluciones, comprendido los límites impuestos por la búsqueda incesante de acumulación de capital, y formular respuestas de ruptura capaces de superarlas.

ESTADO CAPITALISTA Y PLANIFICACIÓN

La magnitud y urgencia de la crisis ecológica vuelve a situar al estado y la planificación en el centro de la discusión política. La escala y la velocidad a la que deben realizarse transformaciones necesarias hacen cada vez más evidente la insuficiencia de las soluciones de mercado. En julio de 2021, un artículo de opinión del *Financial Times* afirmaba:

«Hacer frente al cambio climático exige transformar al menos cinco sistemas de abastecimiento: energía, transporte, edificios, industria y agricultura. El mecanismo de precios tiene dificultades para coordinar una transformación rápida a esta escala. [...]

¿Cuál es la alternativa? En lugar de esperar a que se pronuncie el mercado, un organismo de planificación –cuya composición y rendición de cuentas requieren un cuidadoso examen– debería formular planes para cada uno de los cinco sistemas, que luego deberían traducirse en criterios a nivel de proyecto para inversiones sostenibles»¹¹

¹¹ Max Krahé. *For sustainable finance to work, we will need central planning*. *Financial Times*, 11 julio 2021. Disponible en: <https://www.ft.com/content/54237547-4e83-471c-8dd1-8a8dcebc0382>

Las referencias históricas que se suelen tomar, sin embargo, no se encuentran en el Gosplan soviético ni el Proyecto Synco chileno, sino en el *New Deal* estadounidense y el Plan Monnet francés. No hablamos, por tanto, de una planificación democrática de la economía a través de la cual se organice la producción y reproducción de la vida de forma liberada de los imperativos del capital. Lo que se plantea es la denominada *planificación indicativa*, respetuosa con el mercado y subordinada a los intereses de las fracciones dominantes del capital, que pone al servicio de la acumulación ingentes cantidades de recursos públicos. De esta forma, se hace referencia a la aplicación de determinados paquetes de políticas públicas más o menos ambiciosos, con una caja de herramientas principalmente formada por inversión pública, regulación y el trío de política fiscal, monetaria e industrial. Este planteamiento, cada vez más extendido, se encuentra en el corazón de numerosas propuestas políticas de transición ecológica. No nos interesa aquí analizar los planteamientos elaborados directamente por los guardianes de la burguesía, como puede ser el *Green Deal* de la Unión Europea. Pero sí que tiene cierto interés problematizar con las hipótesis sobre el margen de acción del Estado en la transición ecológica con las que trabajan diferentes proyectos de izquierdas.

Ampliar masivamente el transporte público colectivo, llevar a cabo una reforma agraria agroecológica e incrementar los puestos de trabajo públicos para la prevención de incendios son tres propuestas ampliamente compartidas por todas aquellas fuerzas de izquierdas que asumen la gravedad de la crisis ecológica. Para hacer esto posible suele asumirse como necesaria la aplicación de cierto poder estatal. A partir de una constatación lógica,

sin embargo, se pasa demasiado rápido a caer en la tentación del fetichismo del Estado. Así, se presenta al aparato del estado capitalista como una herramienta neutra con la que habría que comprometerse para transformar la sociedad. La tarea para llevar a cabo una transición ecológica socialmente justa, por tanto, sería la de ganar posiciones institucionales suficientes como para impulsar esas transformaciones desde el aparato del estado. Bajo esta hipótesis, los movimientos sociales, sindicatos y experiencias de autoorganización pueden ser útiles, está bien que existan, pero lo principal y prioritario se encuentra en la disputa electoral.

Una estrategia política ecosocialista debe distanciarse de esas concepciones y debe partir de una comprensión de la naturaleza del Estado capitalista actualmente existente. El Estado no es un conjunto de aparatos neutros que pueden ser ocupados y utilizados para cualquier fin deseado. En términos generales, el Estado tiene la función de actuar como capitalista colectivo: preservando los intereses del conjunto de la acumulación de capital, aunque eso vaya momentáneamente en contra de los intereses de sectores capitalistas concretos. Así mismo, hay dos elementos concretos que delimitan considerablemente el margen de actuación estatal hoy en día: la crisis de rentabilidad del capitalismo global y el grado de internacionalización de los circuitos de acumulación. Esto cuestiona seriamente la posibilidad de cualquier estrategia que fíe la transformación de la sociedad únicamente a un Estado fuerte que domine al mercado y garantice la redistribución de riqueza.

El grado de ambición sobre las políticas públicas que puedan impulsarse en un momento concreto no está determinado únicamente por la aritmética parlamentaria,

sino fundamentalmente por las relaciones de producción capitalista. En último término, el regulador es la ley del valor, no el Estado. La apuesta por una socialdemocracia verde, por tanto, necesita que al capital le vaya bien para poder aplicar su programa. Mientras se presentan a sí mismos como la única opción realista y capaz de hacerse cargo de la urgencia de la crisis ecológica, manejan una caja de herramientas con la que difícilmente se puede llevar a cabo las transformaciones necesarias. Un ejemplo de ello lo encontramos en un estudio reciente, que señalaba cómo una reducción de la jornada laboral sin ruptura con la acumulación capitalista requeriría una gobernanza que asegure la tasa de ganancia del sector privado y la estabilidad macroeconómica¹². Rechazar el conflicto, por tanto, supone un compromiso con el capital y asumir el papel de gestionar las miserias del neoliberalismo, o de la forma específica que tome el capitalismo en un momento dado. Y, tanto en el presente como previsiblemente en el futuro, no nos vamos a encontrar con una nueva edad de oro del capitalismo que permita ejecutar un fuerte programa de reformas ecosociales desde el Estado sin contar con episodios de fuerte conflictividad y ruptura.

Esto debe llevarnos a una estrategia ecosocialista basada en un proyecto con autonomía política y organizativa respecto al Estado. Un proyecto que sitúe la centralidad del trabajo político en las experiencias de autoorganización de la clase trabajadora, manteniendo en todo momento un horizonte de ruptura revolucionaria. Aquí no caben atajos políticos o intelectuales: aquello

¹² Basil Oberholzer (2023). *Post-growth transition, working time reduction, and the question of profits*. *Ecological Economics*, 206, 107748. <https://doi.org/10.1016/j.ecolecon.2023.107748>.

que nos abrirá una mínima posibilidad de lograr las transformaciones radicales para remediar la crisis ecológica se encuentra en la fortaleza de las experiencias de poder popular al margen de la institución. La debilidad de la que partimos no cambia esa realidad. Al mismo tiempo, debe ser un proyecto con capacidad de mostrar los límites de la gestión del Estado capitalista para hacer evidente la necesidad de su superación. Pues, es justamente cuando las capacidades del viejo aparato estatal se muestran paralizadas, dislocadas e incapaces de cumplir su función cuando emerge la legitimidad social de las estructuras e instituciones autónomas con las que las clases populares responden de forma democrática a las tareas y necesidades cotidianas, asentando su autoridad social.

Tensionar al máximo la actuación del Estado en un sentido ecosocial es algo que se puede conseguir a través de varias vías. Las que más nos interesan son aquellas demandas transitorias que sean capaces de agrupar la mayor fuerza social, política y organizativa. Perseguir la gratuidad de un servicio público o la expropiación de grandes propietarios de vivienda, por ejemplo, puede llevarse a cabo a través de iniciativas legislativas o a través de un proceso de autoorganización, movilización y confrontación sostenida en el tiempo. En el primer caso, el fracaso de la iniciativa será una anécdota de los tele-diarios. En el segundo caso, sin embargo, tanto el éxito como el fracaso supondrá un fortalecimiento del poder de la clase trabajadora, un aumento de su legitimidad y la base fértil de aprendizaje sobre la que construir experiencias futuras. Esto en ningún caso quiere decir que dé igual que el movimiento salga victorioso o derrotado, lo cual es radicalmente falso. No obstante, la existencia de un proceso de esas características asegura la pervivencia

de un poso, un sedimento, unos cimientos sobre los que retomar y fortalecer la tarea de la emancipación. La lucha por las reformas en el marco del Estado, por tanto, no desaparece de nuestra estrategia. Una lucha por reformas que buscan debilitar el equilibrio del sistema, agudizar sus contradicciones, intensificar sus crisis y elevar la lucha de clases a niveles cada vez más intensos¹³.

Todo esto debe ayudarnos a reconstruir sobre el conflicto los imaginarios de un futuro radicalmente diferente. Debe ayudarnos a recuperar la cuestión de la autogestión, la planificación y la democracia socialista¹⁴. Debe rechazar los estrechos límites de una planificación basada en las políticas públicas que no rompen con la acumulación capitalista. Y, por último debe señalar al mercado como el parásito que es y mostrar la actualidad, viabilidad y eficacia los métodos bajo los cuáles podríamos organizar democráticamente la producción y reproducción bajo un modelo ecosocialista¹⁵.

LAS DEMANDAS TRANSITORIAS Y EL TIEMPO ROTO

«[...] se reconoce que la catástrofe es inminente, que está ya muy cerca, que es preciso mantener contra ella una lucha desesperada, que el pueblo debe hacer "esfuerzos heroicos" para conjurar el desastre, etc. Todo el mundo lo dice. Todo el mundo lo reconoce. Todo el mundo lo hace constar. Pero no se toma ninguna medida.»¹⁶

¹³ Mark Engler y Paul Engler. *Las reformas no reformistas de André Gorz*. Jacobin Latinoamérica,

¹⁴ Ernest Mandel. *En defensa de la planificación socialista*. Inprecor, nº71, septiembre 1989. Disponible en Viento Sur.

¹⁵ Cibcom. *Cerrar la fractura: por una planificación ecológica del metabolismo universal*.

¹⁶ V.I. Lenin (1976). *La catástrofe que nos amenaza y cómo luchar contra ella*. O. C., T. 26, p. 429. Madrid: Akal Editor.

Escribía Lenin en septiembre de 1917. Las comparaciones históricas descontextualizadas son odiosas en la mayoría de ocasiones. Sin embargo, aquí podemos encontrar inspiración sobre un elemento compartido: el momento en el que lo revolucionario se muestra como la solución más lógica. Tal y como hemos recorrido en páginas anteriores, conocemos bien cuáles son las acciones que deben ser emprendidas de inmediato para remediar las causas de la crisis ecológica, pero vemos día tras día cómo nada ocurre mientras la catástrofe es inminente. Esta inacción, muchas veces denunciada como falta de voluntad política por parte de los gobernantes, es una demostración de la incapacidad estructural a la hora de ir en contra de las dinámicas de acumulación capitalista desde la gestión institucional. Al mismo tiempo, partimos de una realidad social con una comprensión generalizada de la política como aquello acotado a ese ámbito institucional. La conjugación de todo ello resulta en un espacio de lucha en el cual la incompreensión sobre los límites de acción del Estado nos aporta un terreno fértil en el que podrán crecer y fortalecerse las experiencias organizativas ecosocialistas.

Como consecuencia, una de las tareas estratégicas de la organización ecosocialista, se encuentra en identificar aquellas demandas ampliamente comprendidas y compartidas por mayorías sociales, que en momentos determinados de crisis puede dar el paso a involucrarse en la organización y movilización de masas. En muchos casos, se tratará de demandas que pretendan arrancar transformaciones al Estado capitalista mientras debilitan su dominación y fortalecen a las estructuras de clase. Como un régimen laboral más favorable, la expropiación de algún sector estratégico o la mejora

de servicios públicos. Esto no es contradictorio con el objetivo de construir un proyecto con autonomía política y organizativa respecto al Estado, pues la prioridad se mantiene en todo momento en las experiencias de poder popular. La tarea se encuentra justamente en identificar aquellas brechas que actualmente pueden resultar más fértiles para impulsar conflictos que asuman el programa ecosocialista de ruptura.

La crisis ecológica, en ese sentido, nos aporta un amplio abanico de posibilidades, una cadena con eslabones oxidados sobre los que golpear. Decenas de momentos en los que los límites de la gestión capitalista resultan incomprensibles ante la magnitud de la catástrofe, y lo revolucionario puede emerger como la solución lógica. Nos referimos a aquellos espacios en los que el conflicto capital-vida se siente con mayor crudeza, aquellos en los que las falsas soluciones de una gestión verde y bondadosa del neoliberalismo se van a percibir de forma más cristalina. En concreto, podemos destacar tres espacios prioritarios de intervención. En primer lugar, aquellos sectores laborales que se van a ver seriamente afectados por la reorganización de la producción industrial durante los próximos años. Podemos hablar concretamente de la automoción, que es bastante improbable que se mantenga funcionando como hasta ahora durante la próxima década. En segundo lugar, aquellos conflictos relacionados con las condiciones que hacen posible la reproducción social, desde suministros básicos, alimentación, vivienda y servicios públicos –elementos fundamentales para la organización de la vida diaria– hasta los cuerpos de las fuerzas de reproducción y su trabajo de sostenibilidad de la vida¹⁷. Así, hablamos de los conflictos que se den en el marco de la

inflación y el endeudamiento, pero también de aquellos sobre zonas de explotación como el trabajo doméstico. En tercer lugar, aquellas brechas derivadas de las dinámicas de desposesión territorial y de mercantilización de los recursos naturales. En estos términos situaríamos los conflictos que se derivan de nuevas olas extractivas, de la proliferación de zonas de sacrificio globales, de la mercantilización del acceso a bienes comunes, y de la reconfiguración territorial del capital fósil.

A lo largo de estos pasos, el proyecto ecosocialista debe ser capaz de proyectar futuros mejores, ilusionantes y esperanzadores. Resulta honesto hablar de mejoras inmediatas en la vida de las clases populares al mismo tiempo que asumimos la gravedad de la situación y los límites biofísicos del planeta. Hay tres elementos clave del discurso que deben articular esta proyección de futuros: (1) formas colectivas de satisfacer las necesidades, (2) redistribución y valorización de los cuidados de la vida, y (3) conquistas sobre el tiempo libre y formas de trabajo no alienantes. Esto debe contrastar con la desafección y estado de ánimo general actual, con un convencimiento de que todo futuro posible será peor, que alimenta salidas estériles o directamente reaccionarias.

Todas estas tareas deben llevarse a cabo sin caer en lo que podríamos denominar como un *ecosocialismo fuera de tiempo*: aquel que confía la acumulación incremental de pequeñas victorias aquello que hará posible la urgente transformación radical de la sociedad que nos impone la crisis ecológica. Si nos creemos la gravedad del diagnóstico no podemos concebir las próximas décadas como

¹⁷ Stefanía Barca. *Fuerzas de reproducción. El ecofeminismo socialista y la lucha por deshacer el Antropoceno*. Viento Sur, 30 de diciembre de 2022.

un camino despejado en el que todo transcurrirá sin sobresaltos. Nos enfrentamos más bien a unos tiempos rotos, llenos de nudos, bifurcaciones y giros bruscos. Como bien señalaba Daniel Bensaïd, el tiempo roto de la estrategia leninista es un tiempo ritmado por la lucha e interrumpido por la crisis¹⁸. Esto adquiere especial relevancia bajo la crisis ecológica. Los puntos de no-retorno del cambio climático, los fenómenos meteorológicos extremos o la combinación de desigualdades sociales y escasez de recursos, son expresiones de la crisis ecológica que nos aseguran un futuro próximo marcado por las turbulencias y la inestabilidad. Es justamente en ese tiempo roto donde tenemos una mínima posibilidad de lograr las transformaciones necesarias para una salida socialmente justa de la crisis ecológica. La radicalidad del diagnóstico debe coincidir con la radicalidad de la práctica política. Con un siglo de diferencia, debemos leer los últimos informes del IPCC que hablan de reducciones drásticas de emisiones de CO2 en apenas tres décadas junto a las anotaciones de Lenin en las que afirmaba *La gradualidad no explica nada sin saltos. ¡Saltos! ¡Saltos! ¡Saltos!*

Debemos trabajar incansablemente en el aquí y ahora, intervenir en los conflictos que se abran a nuestro alcance, fortalecer con paciencia experiencias organizativas, adquirir legitimidad social a lo largo de la práctica concreta y enraizada en el territorio. Pero también debemos permanecer disponibles a la improvisación del acontecimiento, siendo conscientes que será justamente en los momentos de crisis donde se abran las posibilidades de ruptura revolucionaria. Crisis coyunturales, como una

¹⁸ Daniel Bensaïd (2002). *¡Saltos! ¡Saltos! ¡Saltos!*. Disponible en: Marxist.org

sequía prolongada o un encarecimiento de la energía, a partir de las cuales aprovechar para empujar con fuerza las demandas transitorias, ampliamente comprendidas y defendidas, que permitan saltos de escala en la organización y movilización de las clases populares. Pero también crisis en las que el descontento y la rabia social acumulada se expresan en forma de estallidos espontáneos, en forma de revuelta, con gran masividad pero sin un horizonte político definido ni dotados de estructuras intermedias que vayan más allá de lo necesario para movilizarse o abordar los retos inmediatos. En ese sentido, la estrategia ecosocialista también debe ser capaz de responder a la pregunta de cómo convertir la forma-revuelta y las crisis orgánicas que se van a suceder e intensificar bajo la crisis ecológica en crisis revolucionarias, en las que grandes masas actúen de forma consciente en confrontación con el poder existente y hacia una construcción de poder popular propio.

ORGANIZACIÓN Y ESTRATEGIA ECOSOCIALISTA

¿Cuáles son, por tanto, las novedades específicas que introduce la crisis ecológica ante la estrategia socialista? Fundamentalmente, la novedad se encuentra en la premura y ritmo marcado por la gravedad del diagnóstico. Tal y como afirman Kai Heron y Jodi Dean:

«Ya no tenemos el lujo de la espontaneidad. Para que el cambio climático no intensifique la opresión y acelere la extinción, tenemos que construir y unimos a organizaciones adecuadas al reto de pensar y actuar en transición»¹⁹

¹⁹ Heron, Kai y Dean, Jodi (2022). *Leninismo climático y transición revolucionaria. Organización y antiimperialismo en tiempos catastróficos*. *Viento Sur* n.º 183.

Esto debe llevarnos a asumir las tareas que se derivan de la emergencia ecosocial como hilo conductor de la política revolucionaria durante este siglo. En este sentido, podemos apuntar de forma esquemática tres marcos amplios en los que se agrupan las tareas políticas del presente. Se trata de tres marcos inseparables y que no se entienden de forma aislada, por lo que deben abordarse conjuntamente y alimentarse entre sí.

En primer lugar, construir organizaciones socialistas adecuadas para estrategias de ruptura revolucionaria. Debemos asumir que esta es una lucha de muy largo aliento. De hecho, no podemos hablar más de *la lucha ecológica*. Sino más de cómo la crisis ecológica a partir de ahora determina y condiciona todo el escenario de la lucha política emancipatoria, es la niebla que lo empapa todo. A partir de eso, debemos ser conscientes de que necesitamos mucho más que tres o cuatro manifestaciones masivas, y movimientos espontáneos que crecen y bajan como la espuma. Necesitamos estructuras estables de organización. Espacios colectivos en los que poder mantener reflexiones estratégicas que nos expliquen los motivos de las victorias y derrotas que vamos a acumular. Lugares desde los que impulsar nuevas iniciativas, con los que fortalecer conflictos y en los que refugiarse en los momentos en los que todo lo demás se caiga a pedazos. Asumir ese compromiso militante será imprescindible para afrontar el futuro.

En segundo lugar, componer e improvisar sobre la práctica. Los diagnósticos de la crisis ecológica no nos dibujan una imagen nítida de cómo será el futuro próximo. La complejidad de los procesos biofísicos y la imprevisibilidad de los procesos sociales hace que las consecuencias no sean mecánicas. Sin embargo, aunque no tengamos una bola de cristal, sí que conocemos

lo suficiente de la crisis ecológica como para estar preparadas y actuar con audacia política en las múltiples crisis y conflictos que se van a suceder. Sabemos que en el futuro próximo van a desarrollarse situaciones como incendios masivos, sequías, crisis energéticas, crisis alimentarias, cierres y despidos masivos en centros de trabajo, millones de refugiadas climáticas. A partir de ello, debemos anticiparnos, planificar y aprovechar las coyunturas convulsas del futuro para sumar apoyos masivos a nuestras propuestas de transformación radical de la sociedad. Fortalecer la organización de los sindicatos agrarios de izquierdas en aquellos lugares que se vayan a ver más afectados por la sequía, tejer confianzas previas entre trabajadores y organizaciones políticas en base a propuestas de reconversión para industrias que sabemos que van a cerrar, preparar campañas y acciones que puedan desplegarse rápidamente ante los previsibles incendios del futuro y que orienten la rabia acumulada hacia empresas energéticas fósiles. Esto se dice más fácil de lo que se hace, pero debemos lanzarnos a la práctica para ir ganando experiencia al respecto. Gimnasia revolucionaria para el tiempo roto de la crisis ecológica.

En tercer lugar, lograr que el ecologismo deje de ser una lucha sectorial. Tal y como hemos dicho, la crisis ecológica determina y condiciona todo el escenario de la lucha política emancipatoria. Por tanto, debemos dejar de enfrentarnos a ello como si fuera una lucha sectorial, y abordarla en toda su amplitud y complejidad. Esto implica que el monopolio de la organización sobre la cuestión ecosocial no va a estar en manos de los colectivos, organizaciones y movimientos «puramente» ecologistas. De lo que se trata es de impulsar y construir un bloque ecosocialista popular. Y esto no implica una

alianza moral o una sopa de siglas inoperativa. El motivo de actuar conjuntamente se encuentra en la realidad compleja a la que nos enfrentamos. Si los fondos de inversión que dominan a las grandes petroleras son los mismos que obtienen una parte importante de sus beneficios en el sector inmobiliario, lograr una regulación fuerte de los alquileres y una expropiación de viviendas a los especuladores supone un avance para la lucha climática. Por ese, y por muchos otros motivos.

Esto debe ser llevado a cabo de forma no sectaria, comprendiendo la situación de debilidad social, política y organizativa de la que partimos. De aquí se derivan dos vías fundamentales. Por un lado, militantes y núcleos ecosocialistas deben sumergirse en los procesos básicos de conflicto, bajar al barro y colaborar en la construcción del tejido de resistencia popular, marcado por un amplio mestizaje y niveles de conciencia desigual. La militancia ecosocialista debe entenderse en el sentido leninista, como «tribuno popular, que sabe reaccionar contra toda manifestación de arbitrariedad y de opresión, dondequiera que se produzca y cualquiera que sea la capa o la clase social a que afecte»²⁰. Tener una elaborada comprensión de la crisis ecológica y los medios necesarios para combatirla en ningún caso es incompatible con involucrarse y fortalecer la oposición vecinal hacia la ampliación de un aeropuerto o una incineradora. Ganar legitimidad, cultivar todos los terrenos, y «aprovechar el menor detalle para exponer ante todos sus convicciones socialistas y sus reivindicaciones democráticas, para explicar a todos y a cada uno la importancia histórico-mundial de la lucha emancipadora del proletariado».

²⁰ V.I. Lenin (1902). *¿Qué hacer?*.

Por otro lado, debemos establecer y fortalecer alianzas entre los diferentes espacios que conformarían aquel bloque ecosocialista popular. Señalamos tres elementos que deberían estar presentes en esa construcción de alianzas: (1) Espacios estables de coordinación entre organizaciones que asuman una estrategia de ruptura. Más allá de eventos puntuales, necesitamos mantener espacios de encuentro en los que tejer confianzas, ganar experiencia y reconocer qué aporta quién. ¿Por qué entre las organizaciones que asuman una estrategia de ruptura? Porque necesitamos partir de una mínima claridad estratégica sobre la necesaria superación del capitalismo para que este tipo de espacios sean realmente útiles. (2) Discusión estratégica. No podemos continuar pensando obsesionalmente sobre estas cuestiones de forma prácticamente aislada. Necesitamos poner en común discusiones estratégicas entre militantes y activistas de múltiples organizaciones, espacios y movimientos. Necesitamos compartir dudas y contagiarnos de las propuestas y experiencias del resto de personas organizadas. Necesitamos identificar colectivamente qué huecos no estamos logrando cubrir, y qué frentes políticos debemos reforzar. (3) Unidad de acción, diversidad de tácticas. A partir de las tareas y herramientas anteriores, debemos ser capaces de golpear juntas desde diferentes frentes. Por ir a un ejemplo concreto, se capaces de responder conjuntamente en una situación de crisis energética: demandas transitorias hacia la institución para asegurar transporte público gratuito y suministro básico garantizado en hogares, campañas que coordinen el impago de facturas energéticas, ocupaciones y acciones de desobediencia civil en las sedes de empresas eléctricas, huelgas laborales en los servicios de buses urbanos.

Estos apuntes, probablemente incompletos y no del todo precisos, deberán someterse a examen y actualización a partir de los resultados de la experiencia práctica concreta. Como siempre, tenemos pocas certezas acerca del éxito en la lucha de clases. La crisis ecológica, sin embargo, establece un elemento sobre el que no cabe duda: no nos adentramos a unas décadas de *calma chicha*, así que la estrategia socialista de este siglo tendrá que navegar sobre unos tiempos enormemente turbulentos. Eso, como siempre, esconde riesgos mayúsculos. Pero también permite abrir una y otra vez el campo de lo posible. Cada lucha, cada conflicto y cada experiencia de poder popular será la semilla de las siguientes. La estrategia ecosocialista, por tanto, debe lanzarse a ese mar agitado y asumir con decisión las tareas revolucionarias de nuestro momento histórico.

BOLETÍN

Levantamientos
de la tierra

1. *Les Soulèvements de la Terre*

Stéphanie Chiron

En las mega retenciones de agua en Sainte Soline, las obras de expansión de París, la construcción de una nueva autopista entre Castre y Toulouse, la línea de tren de alta velocidad Lyon-Turin, por la defensa del bosque en Rouen o de los humedales... *Les Soulèvements de la Terre* movilizan para instalar un nuevo equilibrio de poder frente a la agroindustria, multinacionales y autoridades políticas.

***¡NO BASSARAN!:* CONFLUIR EN LA LUCHA**

Desde el 25 de febrero de 2023, *Les Soulèvements de la Terre* han entrado en la quinta temporada de un calendario de acciones que empezó hace dos años, al salir de las medidas sanitarias más restrictivas del COVID, con un primer llamamiento para la recuperación de tierras fértiles, para defender un modelo de agricultura extensiva o de auto-consumo y parar la *artificialisation des sols* (la artificialización de los suelos). Con acciones abiertamente anticapitalistas, se estructuran sobre una base formada

por las luchas locales y la creación de sinergias entre los colectivos que trabajaban en el terreno, organizaciones de dimensión nacional como el sindicato *La Confédération paysanne* y movimientos como *Youth For Climate* y *Extinction Rebellion* que pusieron de nuevo el uso de la desobediencia civil, y su mediatización, en el centro de sus reivindicaciones.

Herederos de un modelo de organización impulsado por las ZAD y en particular de la ZAD de Notre-Dame-des-Landes¹, donde tuvieron lugar los primeros encuentros a principios de 2021, Les Soulèvements de la Terre no se constituyen como un movimiento o una organización sino como una apelación en la que se encuentran fuerzas que confluyen con los mismos objetivos. Cada lucha tiene su propia organización y son, en muchas ocasiones, los colectivos locales quienes lanzan el llamamiento a la movilización. Así resume Julien Le Guet, portavoz de la asociación «Bassines, non merci» creada en 2017, el espíritu con el que se encuentran, en un artículo del 30 de diciembre de 2022 del periódico *Reporterre*: «lo más bonito de nuestro movimiento es una comprensión *reciproque* y el respeto de la cultura de los demás.

¹ La ZAD de Notre-Dame-des-Landes es la primera *Zona a Défender* (ZAD) que se creó en Francia. Se formó tras varias décadas de resistencia de la población local para hacer frente a la construcción de un aeropuerto, cerca de Nantes, en una zona de humedales en el oeste del país. Tras la reactivación del proyecto en 2008, los colectivos locales decidieron lanzar un llamamiento a la ocupación facilitando la llegada y instalación de numerosas personas. Esta experiencia, tanto de vida como de lucha, dio lugar a la creación de muchas otras ZAD en Francia, en Bélgica y Suiza, en los 15 últimos años.

Cf *Las ZAD, pensar la ocupación en Francia en el siglo XXI*, in *Revista soberanía Alimentaria Biodiversidad y Culturas* n°43 Primavera 2022.

No todo el mundo tiene las mismas modalidades de acción pero se persigue objetivos comunes. Eso implica cierta tolerancia²».

Esa forma de estructurarse es, sin duda, fruto de una reflexión que se dio en numerosos espacios al salir de las movilizaciones sociales que tuvieron lugar en 2016 en contra de la reforma laboral, donde se lamentaba la falta de convergencia entre los suburbios y la capital, los sindicatos y los colectivos altermondialistas. La palabra *converger* (confluir) se convirtió entonces en una de las más escuchadas en los encuentros militantes a la hora de concebir las futuras movilizaciones.

De ese modo, la multiplicidad de actores presentes en cada lucha proporciona a *Les Soulèvements de la Terre* una multitud de estrategias y de formas de actuar para irrumpir en todo tipo de espacios. En Sainte Soline, por ejemplo, la convocatoria se extendía en un fin de semana los 24, 25 y 26 de marzo donde se celebraron en pueblos cercanos, antes y después de la concentración alrededor de la *mega bassine* (mega reserva de agua), un Foro internacional sobre la defensa del agua con delegaciones de distintos países y continentes, conciertos, una mesa redonda sobre la agro industria y unos paseos por el campo. Como en muchas otras ocasiones, el encuentro se concibió como un momento donde celebrar el placer de estar reunidos y reunidas, y crear espacios de formación, de intercambios y de vida colectiva.

² Artículo del 30 de diciembre de 2022 del periódico *Reporterre*: «*Le plus beau dans notre mouvement, c'est cette compréhension réciproque et le respect de la culture de l'autre. Tout le monde n'a pas les mêmes modalités d'action, mais on poursuit des buts communs. Cela implique une certaine tolérance*»

Al contrario, el 5 de marzo de 2022 à Villefranche sur Saône, un grupo vestidos de pie a cabeza con un conjunto blanco, intervino escribiendo lemas en las calles de la ciudad hasta llegar a los edificios de Bayer Monsanto, para apoyar a los *Faucheurs volontaires* (Segadores de campos de transgénicos) concentrados allí tras una semana de acciones de bloqueo, como lo resumen varios videos de la campaña «Ciao Monsanto. Bye bye Bayer» para «desarmar su industria asesina³» disponibles en youtube.

Entonces, cada lucha es autónoma y cuenta con la movilización de una amplia red de actrices y actores de la lucha social y medioambiental que se juntan bajo una coordinación conjunta que pone sus conocimientos y su saber-hacer al servicio de acciones comunes que utilizan entre otras vías la ocupación, el sabotaje o el bloqueo de infraestructuras. Y es en gran parte donde reside su fuerza, fruto de centenares de experiencias colectivas que se multiplicaron en Francia a lo largo de los últimos 20 años. Por eso también, *Les Soulèvements de la terre* han conseguido superar las disensiones y movilizar cada vez más gente como fue el caso en Sainte Soline donde se reunieron, según las cifras del comunicado, publicado en el canal Telegram el día 26 de marzo, unas 30 000 personas desde muchos lugares distintos.

Cabe apuntar además que, desde que empezó la movilización por la defensa de las pensiones en enero de 2023, *Les Soulèvements de la terre*, como la mayoría de las organizaciones opuestas al proyecto⁴, pusieron en evidencia la relación entre la política del gobierno de Emmanuel Macron y la destrucción general de lo vivo,

³ Videos «Ciao Monsanto. Bye, bye Bayer» disponibles en youtube

⁴ Sindicato Solidaires: «Planète, retraites: même combat» en solidaires.org

remarcando así la confluencia generalizada conseguida por primera vez bajo el lema *Fin du mois, fin du monde, même combat*. Además de un apoyo verbal, desde varios colectivos y sindicatos comprometidos en *Les Soulèvements de la terre*, como la *Confédération Paysanne*, se organizaron, a un nivel concreto, comedores para huelguistas y entregas de productos campesinos en las fábricas ocupadas y puntos de bloqueo, como lo relata Léna Lazare en una entrevista a *Reporterre*: «Los vínculos entre el mundo campesino y el movimiento social existen. Hay comedores de huelga, entregas gratuitas de hortalizas, acciones solidarias y bases de apoyo mutuo que son fuertes y que se necesitaría reforzar⁵».

HABITER LES TERRITOIRES EN LUTTE: en defensa del campesinado

Siguiendo la experiencia de las ZAD, *Les Soulèvements de la Terre* responden a una necesidad de romper con dinámicas de organizaciones sindicales y militantes, desvinculadas de la vida cotidiana de una gran parte de la población y cuya toma de decisiones se centraliza en París. Así mismo, siguen afirmando la existencia de un movimiento ecologista anticapitalista de gran envergadura, descentralizado y creativo, anclado en la vida local de los territorios, que consigue representar una fuerza frente al poder mediático de la agroindustria, del sindicato agrícola FNSEA y de lobbies como el de Jean-Marc

⁵ Entrevista de Léna Lazare del 24 de marzo de 2023 en el periódico *Reporterre*: «*Les liens entre le monde paysan et le mouvement social existent. Il y a des cantines de grève, des livraisons de légumes gratuites, des solidarités et des bases d'entraide qui sont fortes et qu'il faudrait renforcer.*» y «Reforma de la jubilación: cuando los campesinos alimentan los huelguistas» ambas en línea.

Jancovici que defiende una ecología tecnológica, favorable por ejemplo al desarrollo de la industria nuclear⁶.

En los llamamientos publicados en la página web⁷ al inicio de cada nueva temporada, se refleja la voluntad de reapropiarse de las periferias, de las zonas rurales o peri-urbanas, donde precisamente está actualmente en juego la cuestión del desarrollo de grandes proyectos de edificación como en las obras del Grand Paris, y la consiguiente preparación de los Juegos Olímpicos 2024, o en las tierras fértiles de Les Vaîtes, a la salida de la ciudad de Besançon, donde 34 ha de huertos y de campo están amenazadas por la construcción de un eco-barrio: «En esta lucha, ayer como hoy, se entrelazan la defensa de lo vivo, la cuestión social y la cuestión campesina⁸» explica el programa de la tercera temporada.

Como Sainte Soline, son muchas entonces las localidades rurales o peri-urbanas, y sus habitantes, que están saliendo del anonimato, Saint Colomban contra una macro cantera de arena de las empresas Lafarge y GSM, Le Pertuis para parar la expulsión de unos agricultores, Montbert en contra de un nuevo almacén de Amazon, y un largo etc. Así, desde el apoyo mutuo y la solidaridad, a escala de lo local, *Les Soulèvements de la terre* difunden otra imagen del mundo rural y de la sociedad civil, lejos de la resignación. Además, ofrecen otro modelo de vida, una vida colectiva, combativa, festiva y creativa: «El bosque *Euroise* [nota de traducción: el bosque está

⁶ Serie de artículos en *Reporterre*, *Qui est Jean-Marc Jancovici? L'enquête de Reporterre* del 27 de mayo de 2021. Disponible en línea.

⁷ lessoulevementsdelaterre.org

⁸ «*Dans cette lutte, hier comme aujourd'hui, s'entremêlent défense du vivant, question sociale et question paysanne*». (Programa en su página web)

situado en el departamento de l'Eure] nos llama. Al lado de sus habitantes, os invitamos a escribir otra historia, una historia del compartir, de juegos en los árboles, de abejorreo colectivo. ¡Para que viva el bosque y cortarles la autopista!⁹»

Habitar los territorios en lucha, desde el punto de vista de lo colectivo, es también aprender a convivir y a compartir los espacios. En este sentido, las experiencias de vida en las diferentes ZAD, así como las numerosas aportaciones de los colectivos durante los momentos de encuentro, han puesto en evidencia los cuidados como el tema central de una reflexión en constante construcción. Previamente al encuentro de Sainte-Soline, por ejemplo, se lanzó una serie de iniciativas destinadas a asegurar el bien estar físico y mental de las personas que se presentarían en la manifestación y el encuentro, por el canal Telegram «Infos Generales 25 mars». Así, comunicando sobre temas que hasta ahora no aparecían en primera fila de las preocupaciones, se creó el grupo *Base arrière* (Retaguardia): «[RETAGUARDIA] busca reflexionar sobre la vida interna del campamento, para que todo vaya lo mejor posible con un interés especial en la inclusión. Esperemos con este intento CUIDAR: de nosotros, de nuestras practicas, de nuestros colectivos, de nuestras relaciones. No queremos asignar los cuidados a entidades especializadas sino CONSTRUIR UNA POSTURA COLECTIVA CUIDADOSA EN NUESTRAS LUCHAS¹⁰». *Base arrière* coordinó entonces un conjunto de grupos

⁹ «La forêt euroise nous appelle. Aux côtés de ses habitant-es, nous vous invitons à venir écrire une autre histoire, une histoire de partage, de jeux dans les arbres, de bourdonnements collectifs. Pour que vive la forêt, et leur barrer l'autoroute!»

dedicados a las cuestiones médicas, legales, antiviolencia sexistas y sexuales, al apoyo psicológico y a personas con hándicap y un espacio de guardería, entre otros. Para establecer un contacto directo con cada grupo, se puso además a disposición de la gente un número de teléfono.

Paralelamente al canal Telegram, *Base arrière* comunicó también a través de varios medios. Una charla realizada por zoom se difundió a través del podcast *Avis de tempête*¹¹ en *Arte Radio* y el canal twitch «Au poste» del periodista David Dufresne¹². Por otro lado, las noticias que le llegaron a lo largo del evento, estuvieron relevadas en una emisora efímera, *MégaRadio*¹³, especialmente creada por la ocasión, siguiendo el modelo de radios emblemáticas de grandes luchas por la defensa de los territorios rurales, como *Radio Klaxon* en la ZAD de Notre-Dame-des-Landes o *Radio Larzac* en 2003. Porque, como lo contaba la charla previa al encuentro de los 24, 25 y 26 de marzo de 2023, en las precedentes acciones la violencia policial ya estaba llegando a niveles extremos, el mensaje en todos estos espacios de comunicación era claro: «¡Cuidaros!»

¹⁰ «Elle [La BASE ARRIÈRE] cherche à réfléchir à la vie interne du camp, afin que celle-ci se passe au mieux dans un souci d'inclusion. Nous espérons à travers cette tentative PRENDRE SOIN: de nous, de nos pratiques, de nos collectifs, de nos relations. Nous ne voulons pas assigner le soin à des entités spécialisées mais CONSTRUIRE UNE POSTURE COLLECTIVE SOIGNANTE DANS NOS LUTTES».

¹¹ Podcasts *Avis de tempête* en audioblog.arteradio.com

¹² David Dufresne es el director del documental *Un pays qui se tient sage* («Monopoly of violence»)

¹³ MégaRadio: <https://lessoulevementsdelaterre.org/blog/mega-radio-la-radio-qui-lutte-contre-les-megabassines>

TOUT LE MONDE DÉTESTE LA POLICE: LA REPRESIÓN

La violencia con la que las tropas de antidisturbios reprimieron la manifestación de Sainte Soline el sábado 25 de marzo de 2023 es, sin duda, el resultado de más de 15 años de una política de seguridad interior destinada a imponer un orden social capaz de acallar las movilizaciones. Desde 2007, con el gobierno de Nicolas Sarkozy, la policía dispone de cada vez más poder que, en un primer momento, se expresó en los barrios periféricos de las grandes aglomeraciones francesas. En las ZAD, la ocupación de nuevas Zonas a Defender, bajo el modelo de Notre-Dame-des-Landes, dio lugar a enfrentamientos donde las fuerzas policiales utilizaban armas de guerra como la granada OF-F1, que lanzó un *gendarme* el 26 de octubre de 2014 en Sivens en dirección de un grupo de manifestantes matando en el instante al joven estudiante, Rémi Fraisse¹⁴.

Tras los atentados de 2015, el gobierno socialista de François Hollande pone a la disposición de los servicios de información internos una serie de medidas y una ley anti-terrorista¹⁵ que van a permitirles actuar con más legitimidad en contra de los colectivos que manifiestan en París durante la COP21. Así, al empezar las primeras movilizaciones, veinticuatro personas están obligadas por orden judicial a quedarse en su casa, sospechadas de pertenecer a un «oscuro movimiento radical¹⁶». En la capital, como en los territorios descentralizados,

¹⁴ *Le Monde*

¹⁵ <https://www.gouvernement.fr/tous-les-moyens-sont-mis-en-oeuvre-pour-protéger-les-français-contre-le-terrorisme>

¹⁶ <https://www.rtl.fr/actu/economie-consommation/cop-21-24-militants-assignes-a-residence-7780670147>

se confirma entonces la estrategia que se va a generalizar durante toda la movilización social de 2016 en contra de la reforma laboral, donde la represión policial se impone de manera cada vez más brutal con técnicas de guerrilla urbana. Frente a las violencias policiales se organiza la resistencia y aparecen varias iniciativas como los «medics» que intervinieron por ejemplo para aportar los primeros auxilios el 26 de mayo de 2016 a Romain Dussaux, fotógrafo, que venía de recibir una granada DBD95 y que fue secuestrado en un furgón por la policía que espero más de una hora antes de llamar a los servicios de emergencia¹⁷.

En la ZAD de Bure, el gobierno de Emmanuel Macron no se podía permitir perder un nuevo territorio tras el abandono del proyecto de aeropuerto en Notre-Dame-des-Landes el 17 de enero de 2018. La presión policial, un dispositivo de vigilancia de la población en todo el departamento a través de cámaras, las amenazas de acciones legales en contra de la población local para limitar el apoyo a los «zadistes», entre otras medidas destinadas a asustar a toda persona entrando en la Zona a Defender, aceleraron el abandono progresivo del bosque de Mandres-en-Barrois destinado al enterramiento de desechos nucleares. El juicio, donde siete personas estaban acusadas de asociación de malhechores, reveló miles de horas de escuchas telefónicas, entre ellas conversaciones entre ciertas personas acusadas y sus abogados en clara violación del derecho a la defensa¹⁸.

¹⁷ <https://blogs.mediapart.fr/raymond-macherele/blog/070616/questions-pour-romain-dussaux-sorti-du-coma>

¹⁸ Cf *Las ZAD, pensar la ocupación en Francia en el siglo XXI*, in *Revista soberanía Alimentaria Biodiversidad y Culturas* n°43 Primavera 2022

Durante las primeras temporadas de *Les Soulèvements de la terre*, los medios de comunicación han sido muy cautelosos a la hora de dar eco a sus acciones, acciones que sin embargo hubieran podido encajar perfectamente en los titulares de los periódicos por su dimensión espectacular como fue la invasión de las instalaciones del fabricante internacional de cemento, Lafarge en julio de 2021¹⁹.

Sin embargo, con la intensificación de las acciones, el gobierno ha puesto en marcha una amplia campaña de contrainformación y criminalización de la movilización ecologista en general, en los medios de comunicación. En *France Culture*, una emisora pública, en el programa *De cause à effet* del 26 de marzo de 2022, el periodista Marc Lomazzi, adjunto redactor jefe del periódico *Le Parisien*, propiedad de Bernard Arnault, primera fortuna mundial en la clasificación Forbes 2023, explica: «Es posible, y la guerra en Ucrania y sus consecuencias económicas en especial sobre los precios de la energía o de la alimentación podría ser el detonante de ello, que mañana tengamos un movimiento extremadamente violento, no de chalecos amarillos sino de chalecos verdes de personas de los barrios populares que se rebelen. Y un tercer peligro es claramente la convergencia de la ecología radical y la ultraizquierda. Lo vimos con las ZAD y lo vemos actualmente en un movimiento como *Les Soulèvements de la Terre* y no es excluido que mañana tengamos grupo de activistas ultra minoritarios pero que decidan de pasar a la acción, y a la acción directa». A lo que contesta Eric Denécé, director del Centro francés de investigación sobre los servicios de inteligencia, autor del libro *Ecoterrorismo. Altermundialización, ecología, animalismo*.

¹⁹ <https://www.youtube.com/watch?v=sfcSSpIcDgc>

«De la contestación a la violencia: Lo que me impacta es que se ha convertido en una religión. [...] Es muy difícil de prever su evolución²⁰». Además, es importante apuntar que la declaración de Marc Lomazzi deja caer un paralelo, sin nombrarlo de manera explícita, entre una supuesta amenaza de un grupo «ultra» minoritario que podría pasar a la acción directa y el grupo *Action Directe* que cometió varios atentados en los años 80, como el asesinato del presidente Director General de Renault, George Besse el 17 de noviembre de 1986.

Por otro lado, esta misma expresión de «ecoterrorismo» fue utilizada después por el Ministro del Interior Gérard Darmanin, el 31 de octubre de 2022²¹ tras una acción de *Les Soulèvements de la terre* en Sainte Soline cuya represión apuntaba, según el colectivo *Bassines, non merci*, a una voluntad de herir físicamente a las personas que estaban manifestando²².

Unos días antes de la entrevista en *France Culture*, el 19 de marzo de 2022, Julien Le Guet, portavoz del colectivo *Bassines, non merci!*, descubrió una instalación de video vigilancia delante de la casa de su padre²³ y el 19 de enero de 2023 un localizador GPS debajo de su coche. Para el colectivo y *Les Soulèvements de la terre*, se trata sin duda de una operación de la célula *Déméter*, creada en 2019 a petición del sindicato agrícola FNSEA, que permite a los grandes productores de la agroindustria beneficiar de una protección policial para sus instalaciones.

²⁰ Programa «De cause à effet» titulado *Écoterrorisme: l'écologie radicale est-elle un danger ou une nécessité* en Radio France.

²¹ <https://www.youtube.com/watch?v=Wx5u8v4kbM8>

²² Video resumen de la manifestación del 29 de octubre de 2022 del colectivo *Bassines, non merci!* disponible en Youtube.

²³ Reportaje de France 3 Aquitaine

En esta línea, estos últimos años, las tensiones se agudizaron entre el mundo de la agroindustria y defensores de los territorios, que han tenido que enfrentarse a múltiples agresiones²⁴. Además, periodistas como Morgane Large y Inés Léraud, que investigan desde hace años sobre el *lobby* de la agroindustria en Bretaña, recibieron en varias ocasiones amenazas e intentos de intimidación. Por otra parte, tras la manifestación del 25 de marzo de 2023 en Sainte Soline, la FNSEA, a través de una de sus antenas departamentales, ha pedido la exclusión de *La Confédération Paysanne* de todos los organismos oficiales al nivel nacional y el fin de las subvenciones para sus miembros.

NOUS SOMMES LES SOULÈVEMENTS DE LA TERRE

Los últimos acontecimientos vividos en Sainte Soline marcarán las futuras acciones por la defensa de los territorios en los próximos años. Por la brutalidad de la represión del estado francés pero también por el amplio movimiento que se creó para apoyar a las víctimas de las violencias policiales y por la reacción de la opinión pública que suscitó la intervención de Gérard Darmanin, Ministro de Interior, en los medios de comunicación *mainstream*, pidiendo la disolución de *Les Soulèvements de la terre*. Así, el 8 de abril, 45 personalidades como el economista Frédéric Lordon o la periodista canadiense Naomi Klein se unieron para dar eco a la llamada de solidaridad lanzada por *Les Soulèvements de la terre*: «El movimiento de *Les Soulèvements de la Terre* no se puede disolver No se ilegaliza un movimiento, no se ilegaliza una revuelta.

²⁴ Periodico *Reporterre* <https://reporterre.net>

Llamamos a todas y todos a reunirse para convertir esta tentativa de asfixia en una tentativa obsoleta. Somos todas y todos, en conjunto, *Les Soulèvements de la terre*²⁵». La petición ha reunido hasta ahora 97.965 firmas²⁶. Y a la iniciativa de la Revista *Soberanía Alimentaria Biodiversidad y Culturas*, más de 110 colectivos respondieron al llamamiento de apoyo en España²⁷.

El 12 de abril, los medios de comunicación alternativos *Reporterre* y *Blast* organizaron en un teatro en París un gran encuentro retransmitido en directo por *youtube* con personalidades francesas y internacionales que afirmaron durante más de 2 horas su determinación a seguir la lucha. En el escenario se sucedieron por ejemplo Françoise Verges, reconocida militante feminista anticolonial, la militante ecologista Corinne Morel Darleux autora del ensayo *Mejor hundirse en la belleza que flotar sin gracia*, Cyril Dion director del documental *Mañana*, sindicatos como *Solidaires*, diputados y colectivos internacionales como *La Vía Campesina*.

Además, un llamamiento para la creación de comités locales de *Les Soulèvements de la terre* en los territorios está reuniendo actualmente 140 propuestas en 90 localidades. Los textos publicados en la web prometen más organización, con un anclaje más local todavía,

²⁵ «*Les Soulèvements de la terre ne peut pas être dissout car il est multiple et vivant. On ne dissout pas un mouvement, on ne dissout pas une révolte. Nous appelons toutes et tous à nous rejoindre pour rendre caduque cette tentative d'étouffement. Nous sommes, toutes et tous ensemble, les Soulèvements de la Terre*».

²⁶ <https://lessoulevementsdelaterre.org/es-es/blog/nous-sommes-les-soulevements-de-la-terre>

²⁷ Revista *Soberanía Alimentaria Biodiversidad y Culturas*, «Solidaridad de los movimientos campesinos y ecologistas del Estado español con la movilización francesa contra el acaparamiento de agua»

para estar lo más cerca de las luchas y crear sinergias más eficaces: «Por todas partes, reuniones hablarán abiertamente de cómo luchar en contra del hormigón, en contra de las mega reservas de agua, en contra de los que envenenan lo vivo²⁸».

Y como prueba de que *Les Soulèvements de la terre* siguen vivos, se publicó el calendario de la temporada 5 que prevé una serie de acciones hasta el verano, en el bosque de Rouen los 6, 7 y 8 de mayo, las canteras de arena de Saint Colombran los 10 y 11 de junio, en el trazado entre Lyon y Turin del TAV los 17 y 18 de junio y un gran encuentro festivo la primera semana de agosto en las tierras simbólicas de Le Larzac.

²⁸ « *Partout des réunions parleront ouvertement de comment lutter contre le béton, contre les mégabassines, contre ceux qui empoisonnent le vivant* ».

2. *Fin du mois, fin du monde, meme combat*

Ginés Cervantes,
militante sindical en *Solidaires*, Francia

Este lema que se popularizó durante las protestas de los chalecos amarillos en Francia, resume perfectamente la necesidad de confluencia que se impone en el contexto actual de nuestras sociedades, ya que no podemos contentarnos con la mera resistencia al sistema capitalista. Las luchas contra la privatización de los servicios públicos, contra los planes de despidos y las deslocalizaciones son decisivas, pero deben ir acompañadas de propuestas de ruptura del modo de desarrollo, producción y consumo, basado en el productivismo. El viejo dogma del crecimiento como único horizonte para la lucha del movimiento social está en crisis. El sindicalismo combativo y su defensa de los intereses inmediatos de los asalariados no puede pasar por alto las consecuencias de los daños del productivismo o del fin programado de los recursos naturales y de los bienes comunes. Sólo una ruptura ecológica con la economía y la sociedad de mercado permitirá avanzar en la lucha eficaz contra el desempleo y mejorar las condiciones de vida y de trabajo. No protegeremos a los trabajadores si la economía en su conjunto

no se reorienta hacia otro modo de producción basado en un decrecimiento elegido, en un sistema de transporte y una ordenación del territorio basado en la des-metropolización y construido sobre una agroecología que rompe con la industria agroalimentaria socialmente útil.

De este modo, la ecología no debe ser patrimonio únicamente de las clases acomodadas de los centros urbanos, sino que debe traspasar las fronteras sociales y geográficas para incluir a las primeras víctimas de los efectos del capitalismo: asalariados, parados, agricultores, precarios, pensionistas, trabajadores pobres. Una de las lecciones de la lucha de los Chalecos Amarillos en Francia, movimiento social desencadenado en respuesta a la subida de los precios de los carburantes y para protestar contra la injusticia fiscal, es que la «transición ecológica» no debe ser pagada por la clase obrera y los sectores populares. La clase trabajadora en su más amplia acepción debe afrontar nuevas medidas que empeoran condiciones de vida y de trabajo. Así pues, resulta evidente que es en y desde las empresas desde donde debemos llevar las reivindicaciones y las luchas relativas a la salud y el medio ambiente, la organización del trabajo, la redistribución de la riqueza y el reparto capital-trabajo.

ECO SINDICALISMO, una historia del movimiento obrero

La ecología está presente en el movimiento obrero desde su nacimiento. La idea de que los obreros siempre habrían considerado la cuestión del medio ambiente y la ecología ajena a sus aspiraciones es falsa. La ecología obrera siempre ha estado presente en primera línea. Las luchas en Andalucía en torno a las minas de Río Tinto, o en Inglaterra las huelgas de las mujeres contra la

ceguera en las fábricas textiles: desde los comienzos de la revolución industrial, la clase obrera ha sabido intuitivamente que su supervivencia está en juego. Primero por las consecuencias del maquinismo, luego por la aparición de enfermedades profesionales como la silicosis o las relacionadas con el plomo, el amianto, el fósforo... Por último, las consecuencias sobre el ecosistema urbano que rodea a las fábricas y minas en las que han vivido los obreros y sus familias. Si se han olvidado las luchas y los movimientos que han forjado desde el principio la historia del movimiento obrero, pero también de la ecología, es porque este movimiento fue sepultado bajo la ideología productivista. Más tarde, las experiencias del socialismo real contribuyeron a instalar este imaginario productivista mientras que los *Treinta Gloriosos* consolidaron esa idea de que fuera del crecimiento, no hay salvación. La ecología aparece entonces como enemigo del empleo, del bienestar, del progreso social o incluso y del salario, pero ya a principios de los años ochenta, en los Estados Unidos, inventaron la noción de justicia medioambiental y ecología de liberación, a través de la lucha contra las discriminaciones sociales, étnicas y medioambientales que sufrían de lleno, especialmente en los suburbios de Chicago y Detroit.

HOY, MAS NECESARIO QUE NUNCA

Hoy en día se impone cada vez más la idea de que el sindicalismo debe adaptarse a los cambios en el modo de producción y consumo. Estamos en la cuarta revolución industrial marcada por la digitalización y el cambio climático. El sindicalismo debe poner en el centro de su acción el eco-sindicalismo, noción que puede definirse

como la asunción de la ecología en todas sus dimensiones por el sindicalismo y viceversa, como la integración por la ecología de la defensa de los intereses de los trabajadores.

Entre los retos principales de esta corriente, los de la relocalización de las actividades económicas y del empleo, la reconversión ecológica de la economía, la contaminación industrial que afecta tanto a los asalariados como a los vecinos (salud medioambiental) o la crisis climática y ecológica provocada por las consecuencias del productivismo se encuentran entre las más importantes. El eco-sindicalismo reivindica un enfoque anticapitalista de la transición. Por ejemplo: la extensión del sector público (transporte público gratuito), la expropiación del sector fósil (condición para una transición rápida hacia las renovables), la reducción radical del tiempo de trabajo, sin pérdida de salario (condición para conciliar la disminución de la producción y el empleo). En resumen, el eco-sindicalismo defiende tanto los intereses colectivos de los trabajadores como los de la humanidad y la Naturaleza.

LA EXPERIENCIA FRANCESA «PLUS JAMAIS ÇA»

En Francia, en los últimos años, tras el ciclo político abierto con las movilizaciones de los llamados Chalecos Amarillos, varias experiencias y debates internos en organizaciones sindicales nos invitan a pensar que un cambio de paradigma empieza a producirse con el nacimiento de una confluencia eco sindical. Y a pesar de sus límites y contradicciones, ésta merece toda nuestra atención.

Las cosas se aceleraron en 2018 y 2019. Con la multiplicación de episodios climáticos «excepcionales», las grandes marchas por el clima y la movilización de los

chalecos amarillos, se trataba de materializar el nuevo eslogan «Fin de mundo, fin de mes, misma lucha». *Solidaires* presionó para que los intersindicales nacionales tomaran posiciones sobre las cuestiones medioambientales y climáticas, lo que fue casi imposible con FO, pero tuvo su impacto en FSU y CGT. Así pues, la coordinación «Plus Jamais Ca», fue creada por 8 sindicatos y asociaciones medioambientales que, a principios de 2020, lanzaron un llamamiento por la justicia social y el clima: Amigos de la Tierra, ATTAC, la Confederación Campesina, la CGT, *Solidaires*, la FSU, *Greenpeace*, *Oxfam*.

«Convencidos de la falsa oposición entre la preservación del planeta y la creación de empleo, hemos decidido llevar juntos propuestas fuertes de ruptura con el sistema capitalista y movilizarnos para apoyar y, si es posible, impulsar luchas de terreno. Las causas de la ruptura social y de la destrucción del medio ambiente son las mismas: el modelo económico actual. Existen alternativas al capitalismo neoliberal, productivista y autoritario: son creíbles, deseables, alcanzables y las defendemos juntos.»

De este modo y como primera lucha conjunta, en 2021 los trabajadores de la refinería Total Grandpuits llevaron a cabo una movilización contra un plan de despidos que amenazaba a 700 empleos bajo el pretexto de la conversión de la refinería hacia las energías renovables. La especificidad de la lucha de Total Grandpuits vino protagonizada por esta convergencia que se produjo entre el movimiento obrero y el movimiento ecologista: por primera vez, el *greenwashing* utilizado por Total para legitimar su plan de despidos fue denunciado conjuntamente por la CGT, Amigos de la Tierra y *Greenpeace*.

Y por primera vez se elaboraba de forma conjunta un plan de reconversión ecológica. Este punto de inflexión fue decisivo porque la patronal y el Estado que, desde siempre, oponen economía y ecología, empleo y medio ambiente, crecimiento y decrecimiento elegido, se enfrentaban a un frente común entre los trabajadores de la refinería y el movimiento ecológico. Este conflicto que duro meses con los trabajadores en huelga de producción y planteó una cuestión ecológica decisiva: luchar por el empleo, pero también por cambiar la producción.

Otra gran victoria de esta coordinación eco sindical, convertida hoy en el emblema de su estrategia, tuvo lugar tras tres años de lucha en la Chapelle-Darblay, la única fábrica francesa capaz de producir papel de periódico y de embalaje 100% reciclado. Antes de la decisión de los accionistas del cierre de la central y de su deslocalización en 2020, la fábrica de Chapelle-Darblay era pionera de la economía circular: reciclaba los residuos de casi un tercio del papel francés. Era una actividad esencial y rentable, pero no suficiente para el gusto de su antiguo propietario, el grupo finlandés UPM, que decidió en el verano despedir a sus 230 empleados y dismantelar las instalaciones. Se trataba de una aberración tanto social como medioambiental ya que a partir de ese momento la gestión de residuos papeleros se exportaría o dejaría de llevarse a cabo. El sindicato mayoritario presente en la empresa (CGT) tuvo un papel decisivo en la contestación de esta decisión y junto con la coordinadora «Plus Jamais Ca» protagonizaron una movilización histórica y como culmen a esta larga lucha social y ecológica, la ciudad de Ruán firmó el acta de venta a un consorcio de industriales, entre ellos Véolia, que se comprometía a salvaguardar la integridad de la herramienta industrial y a volver a

contratar a la gran mayoría de los empleados que desearan volver.

No obstante, este trabajo unitario reveló tensiones en las organizaciones sindicales. Así, en la CGT, un cierto número de productivistas, del lado de los ferroviarios o de los trabajadores de la energía, por ejemplo, que no ven la importancia de la lucha ecologista para nuestra clase, atacaron al entonces secretario general de su confederación, Philippe Martinez, sobre este tema. En *Solidaires*, sólo *Solidaires-Industrie* critica abiertamente la participación en el PJC por marcar «la transformación del sindicato en ONG» y el paso de lo «social a lo societario».

A día de hoy la alianza PJC sigue siendo frágil. La confianza entre las organizaciones se construye a largo plazo y la preponderancia del papel de los sindicatos en la creación y animación alimenta temores de hegemonía laborista. Pero a pesar de sus contradicciones en la gestión interna o de las limitaciones en la resolución de conflictos, esta alianza supone una esperanza ante la emergencia de luchas ambientales, ecologistas y labores.

NANTES, UN GERMEN DE CONFLUENCIAS

Quizás una de las luchas más emblemáticas de Francia en defensa del territorio y contra las lógicas productivistas y de globalización tuvo lugar en una pequeña localidad al norte de Nantes. La movilización de Notre Dame des Landes impidió la construcción de un macro aeropuerto, que pretendía convertirse en el segundo más importante del país, dando una salida atlántica al movimiento de masas y atrayendo un tipo de turismo insostenible e innecesario. Durante casi cincuenta años, esta ZAD (*zone à defender*) ha evolucionado, adaptándose a

los diferentes contextos, para convertirse poco a poco en el símbolo de los grandes proyectos destructores de terrenos agrícolas y naturales.

Tras años de idas y venidas con el Gobierno, de promesas incumplidas, de pausas del proyecto, pero también de creación de tejido local con el nacimiento de múltiples asociaciones vecinales y de agricultores, en 2016 se creó el Colectivo Sindical contra el Aeropuerto de Nantes. Esto supuso un antes y un después en la convergencia entre grupos ecologistas, organizaciones ciudadanas y sindicatos. Las reticencias dentro de algunos sectores dentro de la CGT con gran influencia del PCF no impidieron que saliera adelante esta coordinación (CNT, *Solidaires* y CGT) de apoyo a los trabajadores de la empresa encargada de llevar a cabo las obras, que se oponían a realizar estos trabajos:

«Para nosotros, defender la ZAD es también revivir la tradición histórica de lucha, la alianza entre trabajadores del campo y de la ciudad durante Mayo del 68 y otros movimientos, fue esta solidaridad entre agricultores y trabajadores la que permitió importantes avances sociales. Defender la ZAD es también para nosotros apoyar un experimento de emancipación del capitalismo y de las relaciones de mercado. Desde hace varios años, los habitantes de la ZAD se han reapropiado de la gestión de la tierra y de la cuestión de la producción. En el ámbito de la agricultura, la construcción y la artesanía, han creado cultivos de hortalizas y legumbres, cereales, un molino harinero, panaderías, una herrería, talleres de carpintería y costura, y mecánicos para el mantenimiento de tractores y herramientas agrícolas... Los habitantes de la ZAD experimentan un mundo más humano y más libre [...]. Esta necesidad

conciérne también a muchos asalariados y militantes que sufren a diario en el trabajo, la precariedad cada vez mayor de una organización del trabajo que se nos escapa... Cada vez somos más los que ya no encontramos sentido a nuestro trabajo... Este mundo de explotación y alienación contra el que luchan ellos es también contra el que luchamos nosotros, a diario.»

Otro de los grandes proyectos de la región es el llevado a cabo en la central térmica de Cordemais, al oeste de la ciudad. El objetivo del proyecto Ecomcombust, ideado y defendido por los empleados de la fábrica, es convertir su central térmica, en una central de biomasa. De este proyecto depende la supervivencia de la empresa, además de los 500 empleos directos y 1000 empleos en total, con los de EDF y los del resto de prestatarios de servicios. Después de siete años de trabajo, de lucha para construir esta reconversión por parte de los trabajadores y de la mano de la CGT, se ha obtenido un acuerdo con el Gobierno. Esta nueva unidad de producción sustituirá progresivamente el carbón utilizado por la central eléctrica por un combustible fabricado a partir de residuos de madera de muebles, conocida como «madera B». El expediente De este modo, el mantenimiento de la planta no sólo no eliminará ningún puesto de trabajo, sino que se crearan entre 60 y 80 empleos.

Esta tradición de confluencia eco sindical ha dado como resultado una multiplicidad de grupos y colectivos locales donde sindicalistas de base y activistas ecologistas comparten mesas de dialogo y construyen estrategias comunes. Este es el caso del grupo de trabajo eco sindical CGT del sur de Nantes. En él, una serie de militantes implicados en la estrategia eco sindical llevan

a cabo un trabajo de reflexión sobre el lugar que debe ocupar el sindicalismo hoy en día dentro de la lucha contra el cambio climático, la sequía, o la escasez de materiales. En las diversas jornadas organizadas por este grupo, se han podido juntar trabajadores de la empresa nacional de aeronáutica, empleados del sector primario o del sector energético con miembros de jóvenes ecologistas y organizaciones medioambientales. Debatir y compartir impresiones asumiendo las carencias y encontrando lugares comunes para construir un futuro común.

LAS BASES SON EL CAMBIO

El sindicalismo tiene todavía un papel importante que desempeñar en el centro de los procesos de producción para vincular las reivindicaciones sociales y ecológicas, frente a una economía y una crisis climática globalizada, pero para ello también debe gestionar sus contradicciones internas. Pero si esta reflexión sobre la reapropiación del trabajo y de sus herramientas es indispensable, tropieza siempre con la cuestión central del capital. Quien lo controla tiene el derecho de vida o muerte sobre la empresa. Así, cuando se anunció el cierre de la fábrica de neumáticos Bridgestone de Béthune en 2020 y el despido de 850 empleados, SUD-Chimie propuso una reconversión de la herramienta industrial que sería ecológica y socialmente útil: dedicarse a la fabricación de lonas para el aislamiento térmico de los edificios. Pero ni la patronal ni el Estado quisieron esta solución y, además de la masa cre social, se desperdició el saber hacer industrial.

Debemos continuar el debate entre ecología política y sindicalismo. Es posible construir una alternativa positiva a la crisis sobre la base de propuestas sociales

ecologistas: trabajar todos y de otro modo para vivir mejor, renta mínima y máxima, contratos de reconversión industrial, especialmente en el sector del automóvil y de las industrias del carbón, control de los usuarios, de los vecinos y de los asalariados sobre la organización del trabajo y los riesgos industriales, relocalización de las actividades, redistribución de las riquezas, creación de millones de empleos verdes no deslocalizados, apoyo a las iniciativas de economía solidaria, reducción masiva del tiempo de trabajo, defensa y desarrollo de los servicios públicos son algunos de los ejes esenciales que pueden y deben debatirse en los lugares de trabajo. Debemos compartir y dar a conocer las experiencias de las cooperativas obreras, de las redes de vigilancia y prevención contra las enfermedades profesionales y los accidentes de trabajo, de los nuevos colectivos de trabajo «uberizados», de las luchas en los sectores de los residuos, de la limpieza, de las empresas carbonizadas o químicas, confrontadas directamente a las consecuencias de la crisis ecológica y de las contaminaciones industriales.

Pero al mismo tiempo es necesaria una visión mas transversal dentro del sindicalismo combativo como se bien se está llevando a cabo en el seno de la unión de sindicatos *Solidaires*. En junio de 2021 tuvo lugar una jornada de «reconversión social y ecológica», con la participación de muchos de los sindicatos afectados (Químicos, Ferroviarios, Industria, Correos, Aerolíneas, Amazon, etc.) mostrando la voluntad de poner las cosas en marcha, a pesar de las contradicciones que pueden existir entre la inmediatez de los salarios y las consecuencias a medio plazo de la producción. Es de admirar el rol de la federación Químicos tomando las riendas del debate. Los compañeros aceptan cada vez más claramente que

trabajan en un sector extremadamente contaminante y con escasa o nula finalidad social. Se trata de distinguir lo que es indispensable de lo que no sirve para nada y además acelera la degradación de nuestros ecosistemas. De igual modo debemos reflexionar sobre la reconversión de las empresas hacia una producción útil, pero contando con los trabajadores como protagonistas del cambio. La experiencia de la *Confédération Paysanne* será igualmente valiosa, ya que este sindicato campesino ha estado desde hace mucho tiempo a la vanguardia de la reflexión y de la lucha frente a la influencia del agronegocio sobre la agricultura partiendo de la acción concreta de los principales afectados. El eco-sindicalismo pretende hacer emerger una corriente de ideas entre los sindicalistas conscientes de los problemas sociales ecológicos cualesquiera que sean sus confederaciones. La necesidad de una nueva etapa de confluencia se vislumbra como la solución mas adecuada ante el imperativo socio ecológico que nos acontece. La coordinación entre organizaciones sindicales y colectivos en defensa del territorio como *Les Soulevements de la Terre* son un claro ejemplo que nos hace entrever el camino ya que no hay trabajo en un planeta muerto.

3. Sobre el ataque a los «levantamientos de la tierra» en Francia

Adrián Almazán

El 25 de marzo, 30.000 personas se dan cita en el distrito rural francés de Sainte-Soline bajo la bandera de los *Soulèvements de la terre* (levantamientos o sublevaciones de la tierra, diríamos en castellano). Columnas de manifestantes repletas de niños, coloridos animales totémicos, fanfarrias, máscaras de gas y escudos chocan frontalmente contra una línea policial que defiende con profusión de armamento... el vacío. Granadas, cañones de agua y gases lacrimógenos para salvaguardar el enorme hueco abierto por el proyecto de una megabalsa de riego. Armas de guerra para defender un cráter —indestructible por definición e insuperable símbolo de la barbarie de la agricultura industrial— de los *cutters* con los que el movimiento se propone liberar el agua. Tras 5.015 proyectiles disparados en algo más de hora y media, es decir, casi un proyectil por segundo, tantos como en todo 2009, el balance es de 200 manifestantes heridos, 40 gravemente mutilados y dos en coma (por suerte a día de hoy ya despiertos).

Aunque sin demasiada intensidad, y en muchos casos desfigurado por la ambigüedad populista de los medios de comunicación, el huracán que la jornada de Sainte-Soline creó en el Estado francés comienza a alcanzar también nuestras costas. Algunas personas dentro y fuera del ámbito ecologista han comenzado a preguntarse: ¿qué son los levantamientos de la tierra? ¿De dónde han salido? ¿Cómo es posible unir a 30.000 personas bajo la bandera del ecologismo, el anticapitalismo, el feminismo, la crítica colonial o el sabotaje al desarrollismo? ¿Deberíamos imitarlos?

ANTES DE SAINTE-SOLINE

Un primer paso imprescindible para responder a estas preguntas es comprender que la «batalla de Sainte-Soline» no es flor de un día, sino el punto culminante de una campaña de movilización y alianzas que el pasado marzo cumplía ya casi dos años de vida. En marzo de 2021, jóvenes rebeldes, habitantes comprometidos con la defensa de sus territorios y campesinos publicaban el «Llamamiento de los levantamientos de la tierra». En él se reivindicaba la necesidad imperiosa de tres gestos. El primero, «tirar del freno de emergencia» y dismantelar las industrias tóxicas que destruyen la tierra. La tierra tanto en su sentido agrícola como en aquel que la comprende como el hogar de la vida, su condición de posibilidad, como Gaia. El segundo, reapropiarse de dicha tierra para convertirla en un común que haga posible la defensa del campesinado y su expansión. Y el tercero, ocupar los lugares de decisión en los que en la próxima década se dirimirá el destino de los terrenos que la desaparición de granjas dejará a merced de la agroindustria y los especuladores.

Este llamamiento se convirtió en el pistoletazo de salida de una dinámica de movilizaciones que incluyó todo tipo de acciones: desde la defensa de terrenos agrícolas urbanos amenazados por la edificación hasta sabotajes a las industrias del cemento, pasando por la destrucción de megabalsas, los bloqueos de carreteras en construcción o la defensa de zonas boscosas y humedales. El esquema es siempre el mismo. Al inicio de cada temporada anual se designan una serie de territorios amenazados que, mes a mes, serán el escenario de encuentros *in situ*. Los miembros de los levantamientos, simbiotizándose con los colectivos locales y amplificando sus capacidades, ponen en pie un campamento temporal para recibir a personas venidas de todos los rincones de Francia y organizan movilizaciones en los lugares amenazados que, en la mayor parte de los casos, culminan con una acción de sabotaje («desarme», en sus términos) colectiva y festiva.

Sindicalistas campesinos de la *Confédération Paysanne*, militantes autónomos, naturalistas combativos, feministas, jóvenes del movimiento climático, defensores del territorio... Todos/as ellos/as se han venido dando cita mes tras mes, siendo testigos de un aumento exponencial de su potencia y apoyos. Si en las primeras acciones de 2021 los levantamientos atraían a unos pocos cientos de personas, en 2022 su número escaló hasta acercarse a los miles, catapultándose hasta las decenas de miles que protagonizaron la batalla de Sainte-Soline.

REAPROPIACIÓN DE LA TIERRA

No obstante, la dinámica ofensiva de los levantamientos no es más que una de las tres patas estratégicas con las que esta nueva constelación de movimientos en defensa de la tierra lleva dos años dando cuerpo a los tres gestos que reivindicaron en su manifiesto. Tan importante como la defensa de la tierra y el «desarme» del capitalismo industrial son la reapropiación de la tierra y la reconstrucción de una capacidad autónoma de subsistencia.

La primera es la tarea que se ha impuesto el colectivo *Reprise de terres* (toma de tierras). Este aglutina a habitantes de territorios en lucha y de proyectos agroecológicos, investigadoras y militantes ecologistas, hortelanas urbanas, campesinos o sindicalistas agrarios. Un colectivo plural atravesado también por multitud de perspectivas: militantes, campesinas, feministas, urbanas, decoloniales... Todos ellos comparten una constatación y una inquietud. La constatación: durante los próximos diez años la mitad de los/as agricultores/as franceses/as se jubilarán, lo que supondrá que aproximadamente un cuarto de todas las tierras agrícolas del país tendrá que cambiar de manos y, si nadie se opone a ello, también de uso. La inquietud: que todas ellas acaben en manos de especuladores, urbanistas, ingenieros, constructores o agroindustriales que pongan en marcha un nuevo cercamiento masivo y prosigan metódicamente con una destrucción de la tierra que nos empuja a marchas forzadas hacia el precipicio.

Frente a este riesgo, el colectivo *Reprise de terres* insta a construir un movimiento masivo de recuperación y defensa de los terrenos agrícolas. Compras, expropiaciones, tenencia comunal... Lo que sea necesario para

frenar en seco el proyecto desarrollista y conseguir que en 2050 uno, dos o hasta tres millones de nuevos campesinos hayan puesto en marcha proyectos agroecológicos en el territorio. Estos no tendrían únicamente en sus manos la posibilidad de avanzar hacia la autonomía alimentaria y económica, sino también la posibilidad de defender la vida de Gaia. Tanto favoreciendo un manejo campesino compatible con la biodiversidad como directamente liberando tierras que pudieran reasilvestrarse y quedar en manos de nuestros compañeros vivientes. Agroecología y reasilvestramiento, por tanto, caminan de la mano en la propuesta de este colectivo.

REAPROPIACIÓN DE LOS SABERES

La tercera pata estratégica, como decíamos, pone su foco en la necesidad de una reconstrucción y reapropiación de la subsistencia, de la capacidad social autónoma de sostener la vida, libre por tanto del yugo de un salario con el que comprar mercancías y capaz de reapropiarse al menos de parte de los servicios que brinda hoy el Estado. Sin duda la base de esta subsistencia tiene que ser la tierra, sin la cual la vida, humana y no humana, es imposible.

Pero el colectivo *Reprise de savoirs* (Reapropiación de saberes) nos propone ir más allá. Si a día de hoy nos resulta casi impensable oponernos a los desmanes de la industria (contaminación, urbanización, desigualdad Norte-Sur, agresión a Gaia) es sobre todo porque, como auguró Ivan Illich hace ya más de 50 años, nos hemos vuelto absolutamente dependientes de ella. ¿Qué comunidad es hoy capaz de construir o mantener su casa, fabricar su ropa, cultivar sus alimentos, cuidar a los cercanos, etc.? Rota la cadena de transmisión

del conocimiento heredado y capturada la innovación por expertos alineados con los intereses del capitalismo industrial, los habitantes de los países del centro del mundo nos vemos condenados a ser espectadores impotentes de la catástrofe industrial.

El colectivo *Reprise de savoirs* nos propone revertir este estado de impotencia y comenzar a reaprender todo aquello que necesitamos para garantizar nuestra subsistencia colectivamente. Para ello lleva ya varios veranos organizando talleres en diferentes puntos de Francia dedicados a la cantería, la albañilería, el cultivo de alimentos, el horneado de pan, el cuidado desde una perspectiva ecofeminista o la carpintería, entre otros. En lo que llevamos de año, son ya 21 los talleres celebrados y planeados. Estos espacios aspiran a ofrecer a la población urbana una oportunidad de habitar temporalmente comunidades rurales y, junto a otros, profundizar en sus conocimientos para la autonomía. Un gesto que, quizá, despierte el deseo de abandonar los trabajos que son hoy cómplices del capitalismo industrial para sustituirlos por oficios orientados a la subsistencia. Ese gesto de «deserción feliz», como algunos lo llaman, ocupa ya el centro del trabajo de al menos tres colectivos en el Estado francés.

DE LA TIERRA A LA TIERRA

Esta anatomía somera permite ya no solo capturar la exuberancia estratégica de este nuevo movimiento social, sino también constatar hasta qué punto está siendo capaz de avanzar en la integración, encarnación y operativización de todo el universo conceptual que el pensamiento ecologista lleva varias décadas construyendo.

Autonomía, comunes, ecofeminismo, Estado, Gaia, ludismo o viviente son solo algunos de los términos que podemos encontrar en los documentos políticos del movimiento, entre los que destaca el libro *On ne dissout pas un soulèvement*. Este pequeño diccionario, que constituye lo más cercano a un manifiesto político que el movimiento ha construido, recoge una cuarentena de voces entre las que se incluyen algunos de los nombres propios cruciales del pensamiento político francés contemporáneo: Descola, Baschet, Stengers, Berlan, Pruvost, Desportes, Jarrige, Izoard, Azam, etc.

Es indudable que no podemos entender ni la naturaleza de este movimiento ni su éxito al margen de este ejercicio de territorialización y asimilación de la crítica ecologista y su aparataje conceptual. De hecho, quizá uno de sus gestos políticos clave ha sido pasar de la defensa de la Tierra en abstracto, tan propia del movimiento climático o de algunos sectores del movimiento ecologista, a la defensa de la tierra con minúscula. Es esta tierra la que puede ser a la vez hogar de la vida de Gaia y escenario de los conflictos económicos más importantes que desgarran el capitalismo contemporáneo. La tierra, así, permite acercar y anudar, en términos del movimiento, la lucha contra «el fin del mundo» y la lucha «por llegar a fin de mes».

COMPOSICIÓN COMO POTENCIA ESTRATÉGICA

No obstante, desde mi punto de vista, la clave del éxito de los levantamientos a la hora de afectar el debate público, y la práctica del ecologismo, el anticapitalismo, el feminismo, la crítica a la colonialidad y el antidesarrollismo, reside más bien en su madurez y generosidad estratégica.

Resulta de enorme interés ver cómo en el libro antes citado las entradas de plumas ilustres conviven con reflexiones estratégicas de todos los actores que vienen agrupándose bajo la bandera de los levantamientos de la tierra. El *leit motiv* de todas ellas coincide: nuestro discurso y nuestra práctica, aislados, son incapaces de hacerle frente a la destructividad del capitalismo industrial. Ni el sabotaje y la acción directa de los colectivos autónomos, ni el sindicalismo agrario o la defensa jurídica del territorio, ni la desobediencia civil del movimiento climático, ni la producción de conocimiento científico de los naturalistas han sido capaces de evitar quedar atrapados en diferentes trampas: la marginalidad y la represión, en el primer caso; el bloqueo institucional, en el segundo; la trituración mediática, en el tercero; o la impotencia, en el último.

¿Y cómo superar estos límites? No tratando de hegemónizar una estrategia sobre todas las demás, apostando a que su crecimiento cuantitativo será capaz de solventar sus insuficiencias cualitativas. Tampoco aliándose o construyendo un frente en el que cada bando se une temporalmente en un equilibrio inestable que obliga a dedicar gran parte de la energía a guardar la retaguardia y defender el territorio político propio de las intromisiones del resto. Para superar colectiva y virtuosamente esos límites los levantamientos de la tierra, de la mano de Blue Monk en su contribución a *On ne dissout pas un soulèvement*, nos invitan a «componer».

Las acciones políticas que este nuevo movimiento está poniendo en marcha se parecen a la composición de una partitura musical, en la que se forma «una extraña unidad que no puede más que declinarse en plural». Componer no es lo mismo que unificar o formar un frente militar. Para que tenga éxito la composición tiene

que respetar e impulsar la pluralidad en el marco de una escucha atenta capaz de simbiotizar las fortalezas de cada movimiento para operar un cambio de escala y superar las diferentes impotencias individuales. Sustituir la cacofonía o la oposición binaria por el sutil arte del acuerdo y el apaño. Sólo en ese marco puede llegar a surgir, como en el *Blue Note* del jazz, una armonía a partir de la disonancia.

Es esta composición la que está permitiendo una fortaleza sin precedentes y una capacidad de acción ampliada de los levantamientos de la tierra. Compuestas, cada estrategia se co-legítima y puede masificarse. Cientos de personas abrazan el sabotaje, pero también las fracciones más radicales del movimiento dejan de dedicar el grueso de su energía a la denuncia del reformismo o la ingenuidad de la guerrilla científica del naturalismo. Las luchas en plural abandonan su balcanización endémica y se metamorfosean en una única lucha por la tierra que incluye la defensa de la biodiversidad, la acción sindical, la reconstrucción agroecológica, la autodefensa feminista, el sabotaje o la acción directa no violenta.

Además, la escucha que implica la composición obliga a poner el cuerpo en el centro. Depende de que se tejan con éxito lazos afectivos y solidaridades cruzadas. La composición no puede generarse más que en un territorio concreto, encarnada en colectivos y personas específicas. De ahí que los levantamientos no se puedan separar del trabajo cotidiano de sus grupos locales, en los que se desarrolla la alquimia del encuentro y de la confianza. Todo ello en el marco de una centralidad de los cuidados, sin los cuales esta composición sería o efímera o directamente imposible.

LA REPRESIÓN CONTRA LOS LEVANTAMIENTOS

A la vista de lo expuesto, personalmente no me cabe duda de que por supuesto el movimiento contestatario en el Estado español podría enriquecerse mucho si incorporara las reflexiones y aprendizajes que, desde mi punto de vista, han permitido a los levantamientos llegar hasta el punto de visibilidad, capacidad e influencia política-cultural en el que se encuentran en la actualidad. No sé si deberíamos imitarlos, pero desde luego este nuevo movimiento supone un soplo de aire fresco con el potencial de permitirnos poner en marcha una ofensiva mucho más decidida que la actual contra la destructividad del capitalismo industrial en este Siglo de la Gran Prueba. Es más, diría que es el ejemplo perfecto de aquello que muchos de nosotros entendemos por decrecimiento y del tipo de estrategia necesaria para construirlo.

No obstante, antes de pensar en «recrear» este movimiento tenemos que tener en cuenta dos cosas. Por un lado, los levantamientos están siendo objeto de una violencia represiva sin precedentes por parte del Estado francés. Por supuesto, bajo la forma de dispositivos policiales monstruosos que, en las últimas convocatorias, han llegado incluso a alcanzar en número la mitad del total de personas manifestantes, haciendo así en gran medida imposible el despliegue de las acciones del movimiento y continuando con la deriva militarista y la violencia explícita contra los manifestantes que se vivió en Sainte-Soline. Pero Macron tampoco ha dudado en utilizar todo el poder de represión burocrática con el que cuenta el Estado para tratar, casi a la desesperada, de ahogar este grito de la naturaleza que se defiende.

El 21 de junio el gobierno francés decretó oficialmente la ilegalización de los levantamientos de la tierra, de todos sus miembros y de la participación en cualquiera de sus acciones. Un movimiento que vino precedido, el día anterior, por la detención en sus propias casas de más de 15 activistas que habían participado previamente en las acciones del movimiento. Es así como el Gobierno francés pretende acabar de un plumazo con una red que ya cuenta con más de 110.000 miembros registrados, 180 comités locales y el apoyo de cientos de miles de personas y de cientos de colectivos y sindicatos. Como el propio movimiento ha señalado en el manifiesto de apoyo antirrepresivo que sigue abierto a firmas, el Gobierno se entrega a la infructuosa e imposible tarea de disolver un levantamiento, ya que *ce qui repousse partout ne peut être dissous* («no se puede disolver lo que brota por doquier»). Un empeño que no por imposible deja de ser doloroso e impactante para decenas de vidas hoy, y quién sabe si cientos en el futuro cercano.

LAS ZAD Y EL MUNDO RURAL: la singularidad francesa

Por otro lado, es innegable que las condiciones de partida del movimiento contestatario francés en el momento en que los levantamientos se pusieron en marcha eran en muchos aspectos cruciales profundamente distintas a las del movimiento del Estado español hoy. No es este el lugar de realizar un análisis en profundidad de estas diferencias y similitudes, pero sin duda dos ingredientes básicos en el proceso que ha dado lugar a este nuevo movimiento se encuentran lamentablemente ausentes en nuestro territorio.

El primero sería el movimiento de las Zonas a Defender, que ha protagonizado la práctica y las reflexiones del movimiento en defensa del territorio del Estado francés durante la última década. Como ya tratamos de relatar junto con Helios Escalante hace cinco años, este nuevo modelo de lucha exitoso contra el capitalismo industrial supone todo un punto de inflexión. Primero, porque en la práctica ha sido ya un laboratorio de las prácticas de territorialización y composición que antes relatábamos. Segundo, porque ha devuelto al movimiento la ilusión y la fuerza de la victoria, que quedó encarnada paradigmáticamente en la paralización de la construcción de un nuevo aeropuerto para Nantes en las tierras de la ZAD de Nôtre Dame des Landes, a día de hoy un espacio dedicado a la subsistencia gestionado comunitariamente.

Un segundo elemento profundamente diferencial entre el Estado francés y el español, que da en parte también cuenta del éxito de las ZADs en el pasado, es la fisionomía de su mundo rural. Mientras que la construcción territorial franquista se basó en el vaciamiento y la destrucción sistemática del mundo rural –que utiliza hoy los grandes proyectos energéticos donde en el pasado utilizó las tecnologías hidráulicas–, el capitalismo francés no requirió en el siglo xx un aplastamiento tan completo de su mundo rural para expandirse y crecer. Eso ha llevado a la existencia en este inicio del siglo xxi de una estructura productiva y sociológica rural mucho más fuerte y organizada que la del Estado español. Existen, además, mecanismos de protección de la tierra agrícola infinitamente más robustos que los nuestros, al fin y al cabo pensados y diseñados por los protagonistas de la burbuja inmobiliaria. Además, Francia cuenta con una población rural mucho mayor, una dinámica

de repoblación rural más robusta y, sobre todo, con la existencia de un sindicalismo agrario contestatario, el de la *Confédération Paysanne*, con una escala y presencia territorial inconcebibles de este lado de los Pirineos. Parece evidente que sin todo lo anterior la posibilidad efectiva de defender el territorio que los levantamientos están desplegando se vería sensiblemente mermada.

No obstante, lo que los levantamientos nos enseñan es que hoy más que nunca necesitamos un ecologismo social radical que ponga en el centro la defensa de la tierra, precondition de la autonomía social y material. Nos permiten imaginar acciones más allá de la construcción de hegemonía electoral vía guerrilla comunicativa. Nos demuestran que se equivocan los que opinan que el ecologismo ya no puede permitirse soñar con la libertad y tiene que conformarse con quedar encerrado en el estrecho y embarrado cuadrilátero de la política institucional. Es más, lejos de toda ilusión populista, nos muestra en actos que ningún Estado va a dejar de ser lo que siempre ha sido: un aparato represivo que desplegará su violencia «legítima» contra cualquiera que, para defender la tierra, ataque a los intereses del capitalismo industrial. Si levantamos la mirada del suelo y prestamos atención a lo que está sucediendo apenas a unos cientos de kilómetros de nuestras casas, podremos ver que, al contrario de lo que muchos nos quieren hacer creer, asumir con toda rotundidad la gravedad de la actual crisis ecosocial, la posibilidad real de un «fin del mundo» que supondría inevitablemente el «fin de la vida humana», no tiene por qué ser sinónimo de inacción ni abono para el nihilismo, sino una invitación que haga germinar un decrecimiento rebelde y comunal que aterrice nuestras luchas por la vida.

**contra
cultura**